

La grande y fuerte Babilonia

Ensayo acerca del libro del Apocalipsis



J.A.
FORTEA

Editorial  Dos latidos

Benasque, España

Título: La grande y fuerte Babilonia

© Copyright José Antonio Fortea Cucurull

Todos los derechos reservados

fort939@gmail.com

Impreso por Instituto Misionero Hijos de San Pablo

Carrera 16A No. 161A-04

Bogotá, D.C., Colombia

ISBN: 978-958-669-969-3

Primera edición, 2017

Publicación en formato digital en enero 2018

www.fortea.ws

Versión para tablet

La
GRANDE y FUERTE
Babilonia

Ensayo sobre el Libro del Apocalipsis



José Antonio
FORTEA

Índice

Prólogo, prólogo al fin del mundo 1

Esquema general del libro

El atrio 12

Los siete sellos 20

Las siete trompetas 39

Las siete copas 65

El Armagedón y el gran combate escatológico 84

El Reino de los mil años 92

Batalla de Gog 103

La Jerusalén Celeste 114

Temas esenciales

Apocalipsis primario frente a microapocalipsis 121

Los cuatro principales apocalipsis bíblicos 134

El Apocalipsis de Joel 146

El Anticristo y el Templo de Dios 150

Los dos testigos 161

Referencias numéricas y cronología 166

Los 144.000 sellados 172

La Bestia de las siete cabezas 181

La Bestia de los dos cuernos 188

Cuestiones particulares

La mentalidad apocalíptica 195

¿Puede un Papa llegar a ser el Anticristo? 204

El reencuentro del Arca de la Alianza 206

Otros temas menores 212

Epílogo 220

Prólogo, prólogo al fin del mundo



LOS CUATRO RÍOS que en el comienzo del Génesis riegan el Jardín del Edén, tras muchas bifurcaciones, tras muchos meandros, desembocan en el río de la Nueva Jerusalén: *Entonces el ángel me mostró el río del agua de vida, brillante como el cristal, fluyendo desde el Trono de Dios y del Cordero* (Ap 22, 1).

No ha sido mi deseo hacer un tratado comprehensivo acerca del Libro del Apocalipsis. Mi obra no tiene la intención de ser una recopilación de todas las tesis interpretativas de ese texto sagrado. Esta obra no es un manual, por tanto, sino que se presenta como una serie de reflexiones adicionales para aquellos que ya conocen la literatura acerca de este texto bíblico. Aunque *La grande y fuerte Babilonia* podrá ser leída con fruto por aquellos lectores para los que el presente título supone la primera aproximación al texto de San Juan, será mejor aprovechado por los que ya conocen bien otros comentarios y tratados de tipo más general.

En el presente libro trato de interpretar los símbolos del Apocalipsis; intento desentrañar el texto en sus detalles. Pero me gustaría pensar ahora, una vez acabado de escribir el libro, que lo mejor de mi trabajo ha sido la síntesis que ofrezco del Apocalipsis, mi intento de meditar el libro entero como unidad.

Al tratar de levantar la tapa de misterio que cubre, vela y oculta el arcón cerrado que es este libro de profecías, soy consciente de la responsabilidad que eso conlleva. No es lo mismo

escribir un artículo sobre algún aspecto parcial del libro de Ester o de un rito del Levítico, que escribir acerca del libro que describe el fin del mundo. Cuando uno piensa que, sobre todo en el ámbito protestante (aunque no sólo), hay personas que han malvendido sus bienes porque pensaban que la Parusía era inminente, individuos que han abandonado sus puestos de trabajo y se han trasladado a lugares que creían más seguros, uno se da cuenta de la responsabilidad que supone dar luz acerca de este tema. La semana pasada me enteré de la tragedia de una familia que había hecho tal cosa en España por haber puesto su confianza en las interpretaciones de un geólogo metido a exegeta a ratos libres. Lamentable. Si mi libro puede evitar desastres personales de esta clase, me sentiré feliz.

El Apocalipsis no es un libro sobre un imperio o una dinastía. Es una obra sobre el mundo, sobre la batalla de las batallas. No trata del final de un reino, sino que trata del Final con mayúscula, del término perfecto de todo, del Final que pone conclusión a todo. Si hay un texto épico, realmente es éste. Todos los textos bíblicos anteriores desembocan en este texto joánico. (En el presente libro, cuando hable del *texto joánico*, me referiré al texto joánico del Apocalipsis; no al del Evangelio de San Juan ni a las tres cartas del mismo apóstol). El Libro del Apocalipsis presupone todos los libros bíblicos anteriores, y concluye todos ellos. De ahí la imagen con la que he comenzado este libro: los cuatro ríos que en el comienzo del Génesis riegan las praderas y colinas del Jardín del Edén tras ramificarse, tras muchas curvas, desembocan en el río de la Nueva Jerusalén. La Biblia nos enseña a leer la Biblia. La Biblia nos enseña a leer el Apocalipsis.

Ese río del segundo capítulo del Génesis tiene un significado simbólico, pero pienso que era también un río material. El río del

último capítulo del Apocalipsis tiene también un significado simbólico, pero también pienso que será un río físico en ese nuevo mundo en el que habitarán los cuerpos resucitados. El primer río simbólico del primer Edén llega al Nuevo Edén. Y ese *río de agua brillante como el cristal* es símbolo de Cristo. El Génesis desemboca en el Apocalipsis tras todos los libros bíblicos anteriores.

Las bifurcaciones interpretativas del texto del Apocalipsis son también una enseñanza. No olvidemos que cuanto más concreto hubiera sido el libro de san Juan, más se hubiera comportado como motor generador de falsas identificaciones. Cuanto más el libro hubiera precisado de forma física sus predicciones, más visionarios hubieran visto con toda seguridad que se refería a tal personaje, a tal lugar, a tal acontecimiento.

Por eso, el texto de los tres septenarios resulta magistral en su capacidad para revelar y desvelar con una belleza literaria insuperable, pero haciéndolo de modo que dejase a los visionarios sin asideros concretos físicos, sin asideros temporales o de identificación concreta de personajes. ¿Cómo revelar sin crear un peligroso caldo de cultivo de visionarios desatados?

¿Cómo crear un libro para confortar a la última generación del mundo, pero que fuese igual de útil para todas las generaciones de cristianos? La Biblia no convenía que cargase con todo un libro de páginas inútiles durante toda la Historia hasta el final. El Apocalipsis no podía ser un peso muerto en la Biblia, que sólo germinase al final. El libro debía ser perfectamente útil para la primera generación de cristianos como para la última. El resultado de esta magistral voluntad divina es el Libro del Apocalipsis. Libro que, en mi opinión, literariamente hablando, es el más bello de todos los libros de la Sagrada Escritura.

Bajo un criterio totalmente personal, desde un punto de vista estrictamente literario, considero que el más bello libro de todo el Antiguo Testamento es esa joya que conocemos bajo el título de Eclesiastés. Mientras que el más bello libro del Nuevo Testamento es el Apocalipsis: una admirable piedra labrada para sellar algo tan sagrado como la Palabra de Dios, una conclusión perfecta. Insuperables palabras para cerrar la Palabra de Dios.

I parte

Esquema general del libro



INTERNÉMONOS AHORA CON RESPETO en el texto sagrado. Vaya por delante que cuando en esta obra escribo “Apocalipsis”, me refiero al libro. Y cuando escribo “apocalipsis”, me refiero a la sucesión de hechos apocalípticos. En las siguientes páginas, voy a ir examinando, parte a parte, la estructura esencial del libro entero. Los grandes temas que se tocan en esta obra de san Juan son los siguientes:

1. Atrio
2. Cartas
3. Plagas
4. Visiones celestiales (intercaladas a lo largo de las plagas)
5. El Armagedón
6. El reino de mil años
7. La batalla de Gog y Magog¹
8. Venida de Cristo a la Tierra, resurrección universal y Juicio Final
9. La Nueva Jerusalén

Fácilmente podría hacerse una división más simbólica del libro, por ejemplo, en siete partes. Pero eso supondría la intervención de un mayor subjetivismo por mi parte. Algún autor ha querido ver este libro como un texto articulado en siete septenarios. La pretensión me parece legítima, debía intentarse por la belleza de la idea. Pero no veo que el libro favorezca para nada esta pretensión.

El Apocalipsis sólo contiene un septenario de cartas y tres septenarios de plagas. Considerar el Apocalipsis como un

¹ En casi todos los libros, siempre que se menciona la Batalla de Gog, se suele añadir “y Magog”. Pero “ma” significa “tierra”. No considero que sea necesario siempre decir “la batalla de Gog y de la tierra de Gog”. Basta con mencionar al príncipe. Sirva esta aclaración para toda esta obra.

septenario de septenarios (tesis que tiene algo de difusión hoy día) sólo se logra si el lector impone a toda costa ese esquema previo y fuerza su encaje a base de dividir artificialmente el texto. La realidad es que el texto cuenta con estos grandes grupos temáticos mencionados y sólo con estos, el resto son subgrupos.

Dentro de estos temas, es a la parte de las plagas a las que san Juan le va a conceder mayor extensión y, por tanto, mayor importancia. ¿Por qué? Pues porque es la parte de las plagas la que va a revelar detalles concretos para que los cristianos puedan discernir si se hallan en la época del fin del mundo o no. Al fin y al cabo, este libro que concluye la Biblia trata de eso.

Alguien me dirá (en tono de predicador) que el libro del Apocalipsis de lo que trata es del triunfo de Dios al final de la Historia; incluso me dirá que trata del amor de Dios, y cosas piadosas por el estilo. Pero eso no es así: el libro trata de las plagas, castigos y catástrofes del fin del mundo; aunque después todo se corone con el triunfo de Dios. El Autor podría haber coronado la Biblia con un libro acerca del amor de Dios. Pero, de hecho, no ha sido así. Aunque finalice su obra hablando de la Jerusalén Celeste. Debemos buscar el por qué de ello, el mensaje que encierra esto. Pero no podemos prescindir del texto, para siempre hacer encajar lo que dice el Apocalipsis con lo que pensamos.

El Apocalipsis ciertamente otorga las claves para entender el sentido de la Historia y también nos revela el triunfo final de Dios. Pero si observamos lo detallada que resulta la narración de las plagas, comprenderemos que es un libro que tiene tres fines:

1. Discernir
2. Consolar
3. Recordar las verdades teológicas

Es decir, el texto joánico tiene no un solo fin, sino tres fines.

Otorgar discernimiento: Lo primero de todo que se busca es que las generaciones de cristianos puedan discernir. Es decir, observando el tiempo presente y contrastándolo con el libro, podremos ponderar si estamos o no en la época descrita en esas páginas. El texto joánico es una revelación con la cual se podrá responder a la pregunta: ¿es éste el tiempo final? Si la respuesta es sí, entonces el libro pasa a ser también un libro que consuela.

Ofrecer consolación: Se trata de un libro pensado para que la generación que viva en ese tiempo final se sienta identificada, sienta que se trata de un mensaje enviado para ellos, y su fe en la victoria definitiva se refuerce. Consolación que les vendrá también porque el libro se convertirá en una especie de reloj o calendario o lista de sucesos que les permitirá saber cuántos pasos les quedan hasta la victoria definitiva. Todas las generaciones que vivan apocalipsis parciales podrán consolarse leyendo la gran consolación de Dios dada a los últimos cristianos.

Recordar las verdades teológicas: Tanto el comienzo del libro como el final, así como los retazos de visiones celestiales del Trono, son un recuerdo de la centralidad de Cristo, de su omnipotencia, etc. El libro es un gran Credo. Las verdades de la fe (no todas) se van sucediendo a base de visiones y narraciones. En ese sentido, el libro constituye también un gran sermón.

Estos tres fines urden la trama del tapiz que es el Apocalipsis. Todo el libro es una combinación de textos en orden a lograr estos tres propósitos. Como se ve, el Apocalipsis cumple la misma función en el Nuevo Testamento que fue cumplida por los libros de los profetas en el Antiguo. Los profetas anunciaron la venida del Mesías. Si un Juan, el Bautista, anunció la primera venida, otro Juan, el de Zebedeo, es el gran profeta que anuncia la segunda venida del Mesías.

Si Isaías desvela lo que serán los tiempos mesiánicos, el apóstol san Juan revela lo que será el final de ese tiempo mesiánico. Los profetas profetizan de antemano el final del Reino de Judá, san Juan profetiza el final del Reino de Dios. Isaías, Jeremías, Ezequiel y todos predicen los tiempos mesiánicos, pero también ellos pueden ser releídos como profetas del Apocalipsis. Los detalles del final de Jerusalén y su reino, nos están hablando de los detalles del final del mundo. Como si la caída de Jerusalén fuera símbolo y parábola de la caída del mundo al final de los tiempos. Entre todos

ellos, el profeta Daniel descuella. Jesucristo cita a Daniel como profeta del apocalipsis del pueblo judío, y san Juan lo vuelve a “citar” como profeta del apocalipsis del pueblo de la Nueva Alianza. Jesucristo lo hace al hablar de la *abominación de la desolación*, san Juan lo hace al hablar de las Bestias. El criterio interpretativo referido a Daniel, vale para todos los demás profetas. La enseñanza (de Cristo y su apóstol) nos enseña a cómo debemos releer y encajar a los otros profetas como partes de una unidad.

Desde un punto de vista lógico, los profetas son la última parte del Antiguo Testamento; esto es muy razonable que sea así. El primer testamento comienza afirmando LO QUE ES (quién es Dios, la existencia de la otra vida, los Mandamientos, etc), para acabar profetizando LO QUE VA A SER (cómo será el Mesías, cómo será la era mesiánica, etc). Siguiendo el mismo esquema, el Apocalipsis también debe culminar los escritos del Nuevo Testamento de esa misma manera: tras lo que es, se acaba con lo que va a ser.

Los profetas acaban la revelación veterotestamentaria anunciando las profecías del castigo por los pecados y la venida del Mesías. San Juan acaba el Nuevo Testamento exactamente de la misma manera, con esa misma dualidad, no se puede pedir más simetría entre ambos testamentos. En medio de esa urdimbre dual, tanto los profetas como san Juan, van a recordar una serie de verdades teológicas esenciales a través de visiones celestiales.

Tras lo que he dicho antes, no sólo existe esa simetría, sino que, además, el Nuevo Testamento nos lleva a una relectura del Antiguo. Con lo cual todo acaba formando una impresionante unidad sólo posible de crear por la Mano de Dios.

Algunos han propuesto lecturas históricas preteristas o meramente espirituales del texto que niegan el carácter profético de ese libro. En esas lecturas, hay mucho de verdad, siempre y cuando que no neguemos que el Apocalipsis es, en su sentido primario, un libro profético. Es decir, ante todo, es un libro que nos vaticina hechos venideros.

A la cuestión de cómo leer ese libro que culmina el Nuevo Testamento, la respuesta es clara: debe leerse como se lee a los profetas que culminan el Antiguo Testamento. La lectura de los profetas nos enseña a leer ese libro neotestamentario. Nunca insistiremos bastante en que el Apocalipsis (en su género literario y en su propósito, en sus imágenes y en sus comparaciones) forma una perfecta continuidad con todos los escritos proféticos del Antiguo Testamento. Las mismas oscuridades que encontramos, por ejemplo, en Habacuc o Joel, las encontramos en el texto joánico, texto que, no lo olvidemos, fue escrito por un judío lector de los profetas. Las reglas que valen para leer a los libros proféticos valen para leer el texto de san Juan.

Por lo tanto, hay que desechar ciertas lecturas imaginativas que no tienen nada que ver con el tenor interpretativo que nos enseñan las mismas Escrituras. Porque es cierto, lo repito, que la Biblia nos enseña a leer la Biblia. La lectura debe estar muy pegada al texto, porque una cosa es leer y otra crear. La lectura más sencilla suele ser la más verdadera.

Procedo a analizar el libro, parte a parte. Pero recordemos, todo el tiempo, que no debemos perder de vista la visión panorámica. Si nos sumergimos en el libro leyéndolo versículo a versículo con todo el detalle posible, el texto podría aparecer bajo la apariencia de una larguísima sucesión de hechos, como un prolijo elenco de profecías, una detrás de otra. Si sobrevolamos por

encima del detalle y nos fijamos en los grandes núcleos temáticos, el programa general que rige el texto queda claro.

El atrio



SE COMIENZA CON CRISTO, colocando a Cristo en el centro de ese comienzo. Principia así el libro y el libro acabará con Cristo de nuevo en el centro del final. A lo largo del libro, esta verdad de la centralidad de Dios se recordará de tanto en tanto. ¿Y qué hace Cristo en ese atrio? Nos da un largo sermón distribuido en siete cartas.

El hecho del envío de las cartas resulta de gran interés. Porque tras la escritura del Apocalipsis una iglesia como la radicada en Laodicea poseía el Evangelio y, además, una carta enviada por Jesucristo de forma expresa para ellos. No debemos olvidar que cada una de las comunidades mencionadas en los primeros capítulos del Apocalipsis acabaron recibiendo esas cartas. Es fácil imaginar la sorpresa con que se debió dar la noticia a los cristianos de Sardes de que habían recibido una carta de Jesucristo para ellos enviada por la intermediación del apóstol san Juan.

¿Cada comunidad recibió una carta separada? Durante muchos años fui de la opinión de que la carta a Laodicea, por ejemplo, nunca fue enviada como una carta física, como un papiro que consignara el texto dedicado únicamente a ellos. Pensaba que les llegaría a ellos como parte de un texto más amplio, el de todo el libro; que les llegaría el mensaje integrado en un mensaje más extenso; que su carta vino inserta en una parte de otra carta si consideramos el Libro del Apocalipsis como una carta enviada por Jesús a la Iglesia. No nos olvidemos de la primera línea del

Apocalipsis: *Revelación de Jesucristo, que Dios le dio para mostrar a sus siervos* (Ap 1, 1a). Si cada una de las siete iglesias recibe una carta. El Apocalipsis puede ser leído como una carta suplementaria de Jesús que se une al anuncio esencial que es el Evangelio.

Pero después he cambiado de opinión acerca de si cada iglesia recibió esta carta de forma individualizada, antes de la composición de todo el texto joánico. Cada carta indica directrices muy concretas para cada grupo de cristianos en particular. No pienso que san Juan esperase a enviar la carta a que su escriba acabase siete copias de su libro íntegro. Considero que el apóstol se tomaría totalmente en serio el encargo de enviar ese mensaje a cada una de las siete iglesias. Insisto, imaginémonos el impacto al recibir una comunidad una misiva como éstas.

De ningún modo debemos pensar que san Juan mencionara a las iglesias por su nombre como una mera figura literaria. Tampoco san Juan debió pensar que tras escribir el libro entero, antes o después, ya les acabaría llegando a ellos el Apocalipsis íntegro con las cartas dirigidas a ellas y que, entonces, ya las leerían. Sin duda, el apóstol fue el primero en tomarse muy en serio cada una de las palabras que aparecen en la *Revelación de Jesucristo*. Y cuanto antes enviaría las consignas de su Señor a sus siervos.

Eso sin desdoro de que las siete cartas conforman una gran carta enviada a la Iglesia de todos los tiempos. Si el Evangelio nos muestra a un Jesús de Nazaret predicando un “buen anuncio” (euangelion) de amor, las siete cartas nos muestran a un Cristo sobre el trono centrado en cuestiones eclesiales. Hay un Jesús pobre y sencillo predicando el Reino caminando por Israel. Y hay otro Jesús magnífico, verdadero Rey, que aparece aquí como gobernante de sus iglesias; caminando no por Israel, sino entre sus iglesias. *Vi en medio de los candeleros como a un Hijo de Hombre*

(Ap 1, 12). Son dos visiones de Jesucristo totalmente diversas, las dos verdaderas, las dos descritas por el mismo apóstol en su evangelio y en su apocalipsis.

Los cuatro evangelios forman un anuncio completo, no incompleto: es el anuncio perfecto del Reino. El Apocalipsis es una carta suplementaria. Su Autor, Dios, sabía que la mayor parte de los cristianos a lo largo de los siglos no leerían nunca este libro final de la Biblia. Sabrían de este libro poco más que su existencia, unas cuantas generalidades conocidas por menciones en sermones y pinturas en los templos. Dios sabía que la mayor parte de los cristianos conocerían de memoria algunas parábolas, que también conocerían de memoria, algunas enseñanzas salidas de la boca de Jesús. Pero Dios sabía que casi nadie sabría repetir ningún pasaje concreto del Apocalipsis. Los cristianos acerca del Apocalipsis conocerían el mensaje de forma genérica, resumida. De esta manera se cumple que los cristianos conocen más o menos la Buena Nueva (euangelion), pero pocos la revelación (apocalipsis) suplementaria. Este hecho es razonable, pues una cosa es lo esencial y otra lo suplementario.

Cada carta se envía a un ángel de una comunidad. Este ángel es el obispo que presidía cada iglesia.

1. Porque los humanos no envían cartas a los ángeles; eso es un hecho desconocido en todas las páginas de la Escritura.
2. Porque *angelos* significa enviado. Y las Escrituras sí que usan ese término para referirse a Jesucristo como Ángel de Yahveh, y a san Juan Bautista (Lc 7, 27; Mal 3, 1).

Cierto que las cartas podrían enviarse al obispo o al presbítero que había en esas ciudades. Pero parece más claro que se envíen a los obispos, porque la tradición afirma que Juan lo escribió en su destierro de Patmos. Ese destierro de ningún modo se sitúa cercano al comienzo de su ministerio apostólico. Dado que esas siete

iglesias debían ser las más importantes del Asia Menor, resulta lógico pensar que las más importantes a la mitad (o final) de la vida de Juan ya contaban con obispos. Además, habla de un ángel por iglesia. Resulta difícil pensar que ninguna de las principales iglesias no contara, al menos como excepción, aunque fuera de modo transitorio, con al menos dos presbíteros. Apóstol (apostolos) significa *enviado, mensajero*; lo mismo que *angelos*. Este comienzo del Apocalipsis indicaría una nomenclatura distinta de la de san Pablo. A los obispos y a los apóstoles se les llamaría *mensajeros*. Pero a unos bajo el nombre *apostoloi* y a otros como *angeloi*.

El Apocalipsis es como una carta enviada a la Iglesia, al estilo de las siete dirigidas a siete iglesias concretas. Una extensa carta de anuncio de castigos, plagas y desastres que se une al mensaje de amor y salvación que es el anuncio del Reino de los cielos del Evangelio.

Alguien podrá criticar mi continua calificación del Apocalipsis como un elenco de plagas. Afirmarán: ¡El Apocalipsis es mucho más que eso! Tienen razón, el texto joánico también es una glorificación de Dios. Pero la mayor parte del libro es lo que es; otra cosa es que queramos ver otras cosas. Hay un hecho que escapa a toda controversia: sin contabilizar las cuatro páginas dedicadas a las siete cartas, hay que señalar que son catorce páginas de castigos frente a una sola página relatando la Jerusalén celestial. Hablo de una página en una Biblia de tamaño normal. Es una medida poco precisa, la de una página, pero servirá para hacerse una idea más visual de lo que hablo.

Aun contabilizando en el cómputo la parte de las cartas, $\frac{3}{4}$ partes del texto están dedicadas a las plagas y castigos. No estoy

restando importancia escatológica al triunfo final con el que acaba la Biblia. Me limito a llamar la atención de que la reflexión teológica debe partir del hecho irrefutable de que lo específico de este libro joánico, su núcleo textual, son los elencos de plagas.

Si no queremos negarnos a la realidad textual, leyendo lo que queremos leer, podríamos decir que el Nuevo Testamento se abre con una buena noticia (eu-angelion) y se cierra con una mala noticia: las plagas, castigos y sufrimientos de la Humanidad, la persecución de los cristianos, la destrucción de la creación natural. La semana de la creación del Génesis se cierra con el triple septenario de la destrucción de esa creación. Por supuesto, esa mala-noticia (kakosangelion) se corona con el triunfo perfecto, absoluto, definitivo de Dios y de los que siguen a Dios. Pero todo es una sucesión de malos anuncios hasta que llega la nueva creación.

Esto nos lleva a que podemos entender la entera Sagrada Escritura como la historia de las tres creaciones de Dios:

Creación material: el hombre caminará en tinieblas hasta que Dios decide hacer la luz.

Creación espiritual: primero el Pueblo de la Antigua Alianza, después de la nueva.

Nueva creación material y espiritual: nuevo Jardín del Edén y Nueva Jerusalén

El Libro del Apocalipsis podría haber empezado directamente con las plagas, pero conforma un conjunto más equilibrado abriendo el texto con el atrio que se coloca en su principio. Así se comienza con un sermón formado por siete sermones, las siete cartas. Un sermón que, en el fondo, condensa toda la Historia de la Iglesia hasta que llegue el tiempo del fin del mundo. Es decir, las virtudes y pecados de estas siete comunidades condensan los errores, aciertos, triunfos, desviaciones y derrotas de las iglesias a lo largo de los milenios.

De esta manera, antes de describir la etapa final de la Historia, se nos resume la Historia de la Iglesia. Y así el Apocalipsis nos describiría la Historia de la Iglesia y el final de la Historia.

El Atrio comienza con Cristo y acaba con la visión del Trono de Dios.

1. Cristo
2. Mensaje de Cristo: las cartas
3. Trono

Es como si dijera que todo lo que va a suceder después está bajo control, que el Mal nunca tuvo ninguna posibilidad de vencer. Aun así, esos tiempos son tan crueles que esta verdad del Trono va a tener que ser recordada varias veces (con las visiones celestiales de san Juan) en mitad de los sufrimientos.

El primer versículo del capítulo primero, es decir, el pórtico del Apocalipsis, se abre de esta manera:

Revelación de Jesucristo, al cual Dios se la entregó para mostrar a sus siervos las cosas que deberán suceder en breve (Ap 1, 1).

Lo primero de todo, no lo olvidemos, este libro no supone una antítesis respecto al evangelio de amor de Jesús. Es Cristo el Autor de uno y otro libro. Creemos en un Dios de la salvación y del castigo, un solo Dios que salva y condena, que cura y castiga.

Hay dos palabras problemáticas en el primer versículo del Apocalipsis: ¿cómo interpretar el anuncio en Ap 1, 1 de que las profecías deberían suceder *en breve*? (En breve: “en tajei”, en velocidad, en rapidez). Lo cual se repite dos versículos después: *el tiempo está cerca* (Ap 1, 3). Aquí no vale decir, con el salmo, que

para Dios *un día es como mil años*. Si el criterio fuera ése, de un plumazo habríamos barrido cualquier inteligibilidad de todas las referencias temporales en las profecías de la Biblia. Si Dios dice que algo va a suceder *en breve*, se refiere a que es dentro de poco tiempo para nosotros, porque nos habla a nosotros.

Así que, justo al principio del libro, se nos revela que el libro debe ser leído por todas las generaciones de cristianos. No es un libro útil sólo para el final. Lo que se va a describir en este libro es lo que va a suceder desde la primera generación de cristianos hasta la última. Es un libro en el que podemos ver infinidad de pequeños apocalipsis a lo largo de la Historia. Las profecías se cumplirán íntegramente al final, pero parcialmente en cada generación.

Tomada la Historia entera desde san Juan hasta justo antes del comienzo de las plagas en la generación final, el libro se habrá cumplido íntegramente no de forma literal, pero sí de forma esencial. Las plagas comenzarán a caer sobre la sociedad y las persecuciones sobre los cristianos desde la época de san Juan. Pero todas las plagas repartidas en la Historia se abatirán condensadas en la última generación. Hay un cumplimiento esencial a lo largo de la Historia, y un cumplimiento literal (hasta en sus más pequeños detalles) en la última generación; hay un cumplimiento repartido y otro condensado. Con lo cual es totalmente cierto lo que se dice en el Apocalipsis de que esas profecías se comenzaron a cumplir *en breve*.

No deseo detenerme en un análisis pormenorizado de las siete cartas, para no perder esa visión general de este libro. El año pasado dediqué una hora de predicación, dividida en cuatro sermones, a estas siete cartas del Apocalipsis. Las cartas son un gran sermón de Cristo acerca de la vida eclesial, pero la presente obra tiene el

propósito de centrarse en las plagas. Así que pasamos directamente a ellas.

Aunque antes de abandonar esta parte del libro quiero detenerme en un detalle mínimo: el candelabro de los siete brazos va a desaparecer, como el Templo mismo, como la misma Jerusalén. En su lugar habrá siete candeleros. Hay que imaginar estos candeleros como esos pies de bronce (que se han conservado en pinturas y museos) de los que cuelgan varias lámparas de aceite; velas en esta época no. Candelabros distintos, lámparas distintas. La unicidad de un solo candelabro de un solo pueblo elegido, el hebreo, ahora ha sido sustituida por la multiplicidad de candeleros diversos entre sí en altura, en ornato, en número de lámparas. Las mismas lámparas que sostiene cada candelero son distintas en hechura y forma.

Los siete sellos



EN LOS SINÓPTICOS aparece lo que podríamos denominar el Apocalipsis del Evangelio. No digo que sean tres textos apocalípticos, porque realmente son tan iguales que podemos hablar casi de un solo discurso repetido tres veces. Lo esencial del resumen que Jesús hace de los acontecimientos del fin del mundo es que habrá guerras como nunca antes las hubo:

Entonces les dijo: se levantará nación contra nación, y reino contra reino (Lc 21, 10).

Sucedarán determinados desastres terrenos y signos celestes:

Y habrá grandes terremotos, y en diferentes lugares hambres y pestes; y habrá terror y grandes señales del cielo (Lc 21, 11).

Un signo y culminación de toda esta maldad será la abominación de la desolación:

Así, cuando veáis la abominación de la desolación en el lugar santo... (Mt 24, 15).

Habrà persecuciones contra los cristianos:

Pero antes de todas estas cosas os echarán mano, y os perseguirán, y os entregarán a las sinagogas y a las cárceles, y seréis llevados ante reyes y ante gobernadores por causa de mi nombre (Lc 21, 12).

Algún otro pasaje añade algún detalle menor como la furia del mar:

Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas (Lc 21, 25).

Las palabras de Jesús se pueden leer como un resumen de todo el Apocalipsis de Juan. El texto joánico se puede reducir a esta esencia sinóptica, a estos ocho signos: persecuciones, la abominación de la desolación, terremotos, hambre, peste, guerra, señales en el cielo y que el mar se saldrá de sus límites. Ése es el resumen y compendio de todo el relato del fin del mundo. El desenvolvimiento de los siete sellos de San Juan, en el fondo, es una extensión del apocalipsis sinóptico. Jesús podría habernos dado treinta, cincuenta, detalles concretos acerca de los hechos del fin del mundo. Pero nos dio ocho, sólo ocho, signos determinados.

Vayamos ahora a los detalles del texto joánico al hablar de esta primera serie de catástrofes que son la apertura de los siete sellos. Los sellos de los que habla san Juan hay que imaginarlos como sellos de lacre, una gomorresina que ya se usaba para este fin mucho antes de esta época. El *biblion* (diminutivo de *biblos*) que *ha sido sellado con siete sellos* (Ap 5, 1) hay que entenderlo, porque era lo usual, como escrito sobre papiro. En esa época no era usual escribir sobre pergamino. Y las tablas sólo servían para escribir algo rápidamente antes de transcribirlo sobre papiro. Otros soportes como las planchas de bronce o la piedra no se pueden aplicar aquí, pues no se pueden sellar. Por lo tanto, lo que entendía cualquier lector de esa época era que se había escrito sobre papiro.

Todos los autores que he consultado imaginan este *librito* como un rollo. Pero no se menciona la palabra “rollo” en ningún momento, sino la palabra *biblion*. Aunque hay infinidad de representaciones pictóricas de este rollo, los artistas no tienen en cuenta que para echar el lacre líquido sobre el borde de un rollo hay que doblarlo de forma plana. De otra manera, el líquido escurriría totalmente por la superficie curva, por más cuidado que se ponga en la operación. No es posible detener el lacre líquido sobre la

superficie combada de un rollo. Además, posteriormente, cuando el lacre se enfriase un poco, tampoco se podría sellar sin aplastar completamente el rollo. Luego el librito hay que imaginarlo como una página de papiro doblado de forma rectangular. Pliego plano y rectangular para que haya espacio para siete sellos. Por más pliegues que tenga un papiro, al final hay dos bordes que son los que se unen con los sellos. Analicemos este septenario.

primer sello

Había un caballo blanco y el que lo montaba tenía un arco.
Se le dio una corona y salió como vencedor y para seguir venciendo
(Ap 6, 2).

Aquí se profetiza la guerra. Pero, puesto que el siguiente sello también simboliza la guerra y se le da una espada al jinete, sin duda el primer sello expresa una modalidad específica de guerra. El arco como símbolo de la guerra a distancia, como símbolo de lo que se lanza en el aire. El arco podría tener connotaciones de guerra balística, es decir, de una guerra con misiles.

En el siglo I les debió parecer increíble que se pudiera hacer la guerra sólo con el arco. Pero ahora, bajo la interpretación que he dado, nos parece lo más natural. Tengamos en cuenta esto, porque hay otros elementos del Apocalipsis que nos pueden parecer imposibles ahora, y que en su momento parecerán totalmente naturales.

segundo sello

Entonces salió otro caballo, el rojo. Al que lo montaba se le concedió quitar de la tierra la paz, para que se degollaran unos a otros; se le dio una espada grande (Ap. 6, 4).

A mi entender, este sello marca que la guerra continúa ahora ya con la infantería, simbolizada con la espada. La primera parte de la guerra (simbolizada por el jinete del caballo blanco) era más limitada, porque es del segundo jinete del que se afirma que *se le concedió quitar de la tierra la paz*. Siempre ha habido guerras en el mundo, así que el signo del que habla Jesús en el apocalipsis sinóptico es una guerra mucho más extendida de lo que hasta ahora hemos visto.

Dado que la II Guerra Mundial no fue el Apocalipsis, este segundo sello implica una guerra de mayores dimensiones que ésta. De todas maneras, en el segundo sello, todavía no se ha producido un choque brutal, total, entre las dos superpotencias del mundo. Porque eso se producirá más adelante cuando el Apocalipsis nos habla del Armagedón: la gran batalla entre el poder de Occidente y el de Oriente. Sea dicho de paso, muchas personas equivocadamente pronuncian este nombre como “Armajedón”. Pero el texto joánico escribe este nombre como aparece más arriba.

tercer sello

Había un caballo negro. El que lo montaba tenía en la mano una balanza. Y oí como una voz en medio de los cuatro vivientes que decía: Un litro de trigo por denario, tres litros de cebada por denario (Ap 6, 5):

La guerra produce el hambre. El precio del alimento se vuelve exorbitado. El color blanco del primer jinete me sugiere una guerra limpia, tecnológica. El líder de la gran potencia atacante aparece como vencedor y sólo como vencedor, es como si no se hubiera manchado las manos. La nación atacante no se mancha. En un primer momento, los atacantes piensan que todo va a quedar allí, en una agresión a distancia. Pero finalmente aparece el color rojo del siguiente caballo: hay que mancharse de sangre. La nación atacante se ve obligada a enviar la infantería. El tercer color es el del luto. Los atacantes se ven golpeados por el hambre. Los colores indican una progresión a peor en este avance de los sellos.

Dado que es un signo del fin del mundo, no hablamos de pequeños conflictos armados, sino probablemente de una serie de guerras extendidas por el Orbe. Guerras que no serán una guerra total entre las dos más grandes potencias, ya que la gran confrontación tendrá lugar en el Armagedón, la confrontación ya sí frontal de las dos grandes potencias y los aliados de ambas. Ese Armagedón sucederá más adelante en el texto joánico.

Luego este sello hay que entenderlo tal vez como una sucesión de muchas guerras pequeñas regionales extendidas por el mapamundi. Esta suma de conflictos será de tales dimensiones que por eso esas guerras son un signo. Siempre ha habido guerras en la Historia, pero éstas son un signo, porque el mundo estará en guerra.

Esas conflagraciones producen un colapso económico, una detención del comercio internacional. En un mundo globalizado, interconectado, en el que los inversores entran en pánico, es lógico entender que una generalización de la guerra produzca un crack como el de 1929. De ahí que al jinete del caballo rojo le siga el hundimiento económico y el hambre. Es imposible que el comercio no se paralice en mayor o menor medida en mitad de una conflagración de carácter mundial.

Pero no causes daño al aceite y al vino (Ap 6, 6).

Sin embargo, por alguna, razón el aceite y el vino no suben de precio como los otros alimentos. Sin duda es un detalle que en sí no tiene mucha importancia, pero sí que la tiene como elemento identificador. Muchos pequeños detalles específicos como éste se hallan desperdigados por el libro, para permitir identificar que se trata del verdadero Apocalipsis. En el contexto de la apertura de los sellos, veo muy difícil la posibilidad de que el aceite y el vino sean símbolo de otras realidades y que este sello no deba interpretarse de forma literal.

Aunque sostengo la interpretación literal de este detalle, puestos a buscar un simbolismo añadido (es decir, que se añade a la verdad de que el aceite y el vino no subirán dramáticamente de precio), hay que decir que el aceite es símbolo de la santidad, y el vino de la Eucaristía. Quizá también se nos quiera decir que en esta fase, todavía no se perseguirá ni la santidad ni la celebración de la misa. De ahí la expresión *no causes daño*, de momento no se tiene permiso para eso.

cuarto sello

Había un caballo verdoso, el que lo montaba se llamaba Muerte, y el Hades le seguía (Ap 6, 8a).

Hasta ahora en la gran potencia atacante ha habido gente que pasa hambre, pero hasta este momento no se había producido la muerte a gran escala. Cuando esos hambrientos comienzan a morir en masa es cuando se considera que comienza a abrirse este cuarto sello. Obsérvese que este sello podría considerarse parte de los anteriores, pero es consecuencia de ellos y ocurre algo después de que comience la guerra y el hambre.

La palabra griega *hades* originalmente designaba para los griegos la oscura región del inframundo donde penaban los muertos. Será el modo en el que los Evangelios designarán el reino ultratumba de oscuridad frente al reino de salvación. Cuando se dice que el Hades sigue a la Muerte, no significa que todos vayan al infierno, sino a penar a las regiones inferiores. Confío en que tras un tiempo de purgatorio, incluso en esta época, la mayoría logre la salvación eterna.

El mensaje que ofrecen este jinete y el que lo sigue es claro: la mortandad que se produce por los desastres anteriores tiene como consecuencia el que muchos no van a ir a la morada de consuelo y salvación, sino de oscuridad y sufrimiento.

El color del caballo de la Muerte es *jlorós* que puede traducirse por verdoso, pero también por amarillento y pálido. Resulta acertado que san Juan use esa palabra griega ambigua, porque los cadáveres pueden tomar cualquiera de esos tonos tras la muerte.

Se les dio poder sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con la espada, con el hambre, con la muerte y con las fieras de la tierra (Ap 6, 8b).

Aquí se nos revela por primera vez cuál es la dimensión de esa guerra y las catástrofes subsiguientes. Aquí se nos desvela la medida de la tragedia: estos desastres se abaten sobre una cuarta parte de la tierra. Ésa es una diferencia respecto a las tribulaciones de tiempos previos a lo largo de la Historia: esta vez las aflicciones tienen un carácter verdaderamente universal. Pero no se dice en ese sello que muere la cuarta parte de los hombres, sino que los tres jinetes se abaten sobre la cuarta parte de la tierra, lo cual no es lo mismo. Se nos habla de extensión, no de cantidad todavía.

Muchas traducciones de la Biblia vierten la palabra *zánatos* como “peste”. La palabra hebrea *deber*, “peste”, es traducida por los LXX como *zánatos* en varios pasajes. Así que aunque literalmente en ese versículo se dice *muerte*, la intención es referirse a la peste.

Además, aunque la palabra *peste* no se mencione en el Apocalipsis, en el apocalipsis evangélico sí que aparece. ¿La peste será una consecuencia de la pobreza o será parte de esa guerra provocada por algún arma biológica? Me inclino a pensar lo segundo: porque el hambre produce enfermedad, pero no peste.

¿Y qué hay que entender por las *fieras*? Por las fieras de la tierra tal vez se deba entender la plaga de langostas con cabeza de mujer de la que se habla en otro septenario. Si no fuera eso, habría que entender algún tipo de animal modificado genéticamente que se convirtiera en una plaga. Porque las fieras tradicionales (leones, lobos, osos, serpientes) no podrían reproducirse de un modo tan vertiginoso como para convertirse en parte integrante de las plagas que asolan la entera Humanidad. De todas las posibilidades, pienso que la verdadera es que las fieras sean la plaga de langostas con cabeza de mujer de las que se habla más adelante y que analizaré con extensión después.

quinto sello

Vi debajo del altar las almas de los degollados a causa de la Palabra de Dios y del testimonio que mantuvieron (Ap 6, 9).

Este sello nos revela que habrá una persecución contra el cristianismo. Y que esa persecución será cruenta, puesto que se producen mártires. No son una cantidad pequeña de mártires, puesto que su número llega a constituir un sello. Y los siete sellos

son, está claro, los grandes jalones de esta época, los grandes hitos catastróficos de esa generación.

El altar que ve en visión san Juan debió ser el único altar que él reconocía como puro: el altar de bronce del Templo de Jerusalén. Los otros altares de mármol de los paganos, más pequeños, muy distintos en su forma respecto al del Templo, los consideraría impuros, idolátricos, algo execrable. Así que el altar de los cielos que ve no debía ser como esos altares abominables. Al hablar del altar, cualquier forma llamativa que no conociese le hubiera sorprendido y lo hubiera reflejado en la descripción. Dado que simplemente menciona al altar sin añadir nada, la visión era del que conocía. Además, no dice que vio almas debajo de “un” altar, sino debajo de “el” altar (ipokato tou thisiastēriou). Pues el altar puro y santo era uno y solo uno.

¿Pero por qué los ve a los mártires debajo del altar? ¿Por qué no los ve sobre el altar? En Jerusalén, delante del altar del atrio era donde se mataba al cordero, al buey o al ternero para ponerlo después sobre la reja de bronce encima del fuego. A los animales se los degollaba sobre el suelo no lejos del altar. No lejos porque así lo prescribía el Levítico: *en el lugar donde la ofrenda es quemada* (Lev 4, 33). Después, allí, se procedía al despiece. La zona donde se mataba a los animales estaba, sin duda, perfectamente enlosada. De lo contrario, eso se hubiera transformado en un lodazal de sangre.

No hay ninguna duda de que los levitas con frecuencia echaban agua sobre ese enlosado para limpiarlo. El enlosado estaría inclinado para que la sangre fuera arrastrada con facilidad. Esa sangre mezclada con agua era drenada por varios agujeros o canalillos que la conducirían a una de las muchas cavidades bajo la explanada, cavidad que llevaría esa agua al Valle Cedrón. Pero el

Levítico expresamente ordenaba que *el sacerdote (...) derramará el resto de su sangre en la base del altar* (Lev 4, 34).

Así que la sangre de los animales sacrificados pasaba por un canal bajo el amplio altar de bronce, pues estamos hablando de sacrificios que, en determinadas festividades del año, eran continuos, se sucedían todo el día sin interrupción desde el amanecer al atardecer. Eso implica mucha sangre en ese lugar. La sangre derramada por el sacerdote oferente en la base del altar se desaguaba por agujeros o canales abiertos. Y lo más seguro es que toda la sangre del lugar de la matanza se hiciera correr por un canal bajo el altar, porque el Levítico prescribía no que se derramara en esa base “algo” de la sangre de la víctima ofrecida sino *el resto de su sangre*.

Este hecho de la sangre pasando bajo el altar era para los judíos un hecho cargado de simbolismo: *Porque la vida de la carne está en la sangre. Y Yo te la he dado para hacer la purificación de vuestras vidas sobre el altar* (Lev 17, 11). Antes de que hubiera tan gran cantidad de sacrificios, la sangre era derramada toda ella sobre el altar de modo manual y se quedaba allí. En el desierto, eso se podía hacer así, porque no eran tantos los sacrificios. Pero en la fase final del segundo Templo, probablemente ya antes del siglo I, se hizo completamente necesario acondicionar una conducción que llevara fuera tantos litros de sangre. Y esa pequeña canalización pasaba bajo el altar, por la razón bíblica aducida: *Derramará el resto de su sangre en la base del altar* (Lev 4, 34).

Si eso era así en el Templo de Herodes, se entiende perfectamente este versículo del Apocalipsis. Los cuerpos de los mártires se quedaban sobre la tierra sujetos a la profanación y a la corrupción, pero la sangre (léase “vida”) de estos reposaba bajo el

altar celestial del Reino de los Cielos, justo ante Dios como sacrificio agradable.

sexto sello

Se produjo un violento terremoto (Ap 6, 12).

Los grandes terremotos son uno de los grandes signos del fin del mundo, pues ya aparece este rasgo en los Sinópticos, siendo que allí se ofrece una lista reducida de signos. Está claro que para que esto sea un signo los terremotos tienen que ser sustancialmente más grandes que los usuales de nuestra época o de los siglos pasados. Si no, no serían un rasgo identificativo. Esto vale para la guerra y para cualquier otro desastre.

Demuestran muy poco sentido común aquellas personas que cada año nos auguran el fin del mundo por el hecho de que haya algunos terremotos peores que el año precedente o haya empezado alguna nueva guerra. Para que sean un signo tendrían que ser radicalmente más terribles que los que han acaecido hasta ahora.

Y tampoco bastaría con un gran terremoto o una gran guerra. Esas tribulaciones tienen que ir acompañados del desenvolvimiento de los otros hechos profetizados. Como dice el refrán: *una golondrina no hace verano*. Cuando viene la primavera, vienen muchas golondrinas. Cuando sea el fin del mundo, vendrá no un signo, sino muchos signos; y después, finalmente, todos los signos paulatinamente. El Apocalipsis es un conjunto de sucesos que son advertencias de que se está en el tiempo profetizado. Lo repito, demuestra poca comprensión de las Escrituras aquél que ve el fin del mundo en la conjunción de dos o tres desastres de dimensiones bastante normales estadísticamente hablando.

Eso demuestra poco sentido común, y alguien que tiene poco entendimiento no es la persona adecuada para hacer una ponderada y juiciosa interpretación de las profecías de este libro del Apocalipsis. Justamente las personas menos adecuadas suelen ser las que manifiestan un interés más desmedido por convencer a todos de que ellas son las que han descifrado lo que no han descubierto todos los sabios de la Iglesia.

Una cosa está clara, todos los que han interpretado hasta ahora el libro y nos avisaron con todas sus fuerzas de la inminencia del fin estaban equivocados. Todos. Eso debería ser una advertencia y una poderosa invitación a la humildad y a la precaución con que debemos proceder a la lectura e interpretación de las profecías.

Y el sol se puso negro como un paño de crin y la luna toda como sangre, y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra (Ap 6, 12).

Estos signos en el cielo pueden tener una causa inexplicable (de pronto brillan menos) o pueden tener una explicación física más fácil. Si es lo segundo, por ejemplo, el sol puede perder su brillo no porque el mismo astro pierda fuerza, lo cual haría que el planeta Tierra se congelase, sino que parece más razonable pensar que la contaminación de la atmósfera (quizá por las mismas bombas de la guerra) cause que pierda ese brillo.

Eso explicaría que suceda lo mismo con las estrellas. Y sería esa contaminación la que explicaría la coloración de la luna también. No es que la luna misma cambie de color, sino que vista a través del aire contaminado aparecería con ese color rojo. En un primer momento, cuando esas sustancias se expandan en la atmósfera el sol puede quedar, incluso, totalmente oscurecido en una gran parte de la tierra. Por eso el texto joánico profetiza que se

puso negro. Pero más adelante, san Juan nos dice (sin dar más explicaciones) que perdió parte de su fuerza: luego primero se oscurece del todo (por un tiempo breve, visto desde una región determinada), después se queda sin su fuerza (por más tiempo, en vastas regiones de la tierra).

Alguno podría defender la lectura de que el sol que pierde su brillo es sólo un modo poético de referirse a la tristeza de esos días. Pero contra esa lectura está el hecho de que el primer signo de ese versículo son los terremotos, es decir, un evento físico. Además, Jesús habla de signos en el cielo. Luego eso indica que realmente habrá eventos extraordinarios en el cielo físico. Por supuesto que podemos dar esa interpretación poética de la tristeza, pero sin negar el hecho literal de un astro físico que pierde su fuerza.

**Y todos los montes y las islas fueron removidos de sus asientos
(Ap 6, 14).**

Alguno puede defender la lectura de que los montes pueden ser símbolo de los poderosos de este mundo. Pero esa interpretación no encajaría tanto con las islas. Las cuales en el mundo simbólico bíblico no son símbolo de nada. En la Biblia, las islas son siempre y sólo islas.

Por tanto, los terremotos serán tan impresionantes (por eso son una señal del apocalipsis) que algunos montes literalmente se desplazarán de sus lugares y algunas islas se hundirán. Eso nos da la medida de la magnitud de los terremotos de los que se habla. Por eso Jesús puso los terremotos como un signo de esta época final. Alguno puede criticar una exégesis tan literal de los sellos, pero el apocalipsis sinóptico conduce, ciertamente, a lo literal y físico.

Y los reyes de la tierra, los magnates, los tribunos, los ricos, los poderosos y todos, esclavos o libres, se ocultaron en las cuevas y en las peñas de los montes” (Ap 6 15).

Aquí podemos ver profetizado el hecho de que todos los que pueden (y especialmente los ricos y poderosos) se ven forzados a protegerse en refugios subterráneos excavados en las rocas. No parece lógico ir a refugios bajo tierra por los terremotos. Este pasaje muestra un mundo en el que la guerra y la contaminación continúan.

Porque ha llegado el gran Día de su ira (Ap 6, 17).

Estamos en el tiempo posterior a la apertura del sexto sello que es una combinación de signos en el cielo y contaminación atmosférica masiva. El Día de la ira de Dios ha llegado. Dicho de otro modo, el enfado del Creador contra la Humanidad se manifiesta en lo que verán los hombres sobre la tierra. El Día de la Ira es la culminación de los castigos. La apertura de los sellos anteriores era manifestación de la ira divina. Pero llega ahora el Día de la Ira por antonomasia.

Vi a cuatro ángeles de pie en los cuatro extremos de la tierra, que sujetaban los cuatro vientos de la tierra, para que no soplara el viento ni sobre la tierra ni sobre el mar ni sobre ningún árbol (Ap 7, 1).

Éste no parece que sea ningún signo simbólico. ¿Qué podría querer expresar? La lectura sencilla del texto indica que realmente se detendrá todo viento en la tierra. Aquí nos encontramos con otro detalle menor en cuanto a su importancia, pero muy identificativo: ¿cómo es posible que se detengan todos los vientos de la tierra? En

eso radica la razón de que aparezca aquí, pues los cristianos habrán sido tan atacados para convencerles de la falsedad de su fe, que necesitarán signos que les conforten. Cada signo que se verifica supondrá un consuelo. Y más en este momento supremo de prueba en que todo parecerá perdido y, una y otra vez, serán tentados por los que queden vivos para que piensen que su fe era una quimera, un cuento de hadas.

No causéis daño ni a la tierra ni al mar ni a los árboles, hasta que marquemos con el sello la frente de los siervos de nuestro Dios. Y oí el número de los marcados con el sello: ciento cuarenta y cuatro mil, de todas las tribus de los hijos de Israel (Ap 7, 3-4).

Este versículo, sin duda, está descolocado de su lugar. No parece lógico preservar a los árboles justo al final, justo antes de la apertura del último sello. Esto se refuerza por el hecho de que en la primera trompeta (que después será analizada) el castigo de Dios ya acaba con una parte sustancial de la vegetación: *La tercera parte de la tierra quedó abrasada, toda hierba verde quedó abrasada* (Ap 8, 7).

Dígase otro tanto respecto al mar: en otros septenarios la destrucción que cae sobre el mar sucede antes del Día de la Ira. Mientras que en este septenario ya se ha dicho antes que *ha llegado el Día de la Ira*. Todo esto induce a pensar que el libro nos revela los hechos, pero no siempre el orden temporal en que suceden.

Con ese versículo se produce un hecho que se repite en todo este libro: las intercalaciones. San Juan iba dictando, iba escribiendo lo que rememoraba de sus visiones. En ese momento del dictado, se acordó de esa visión y se incluyó en el texto. No había huecos en el escrito del papiro para interpolar unas líneas.

Puede parecer que estas intercalaciones son una imperfección del texto, pero sucede lo mismo en los Evangelios: la sucesión temporal no es igual en los cuatro. En los Evangelios lo importante son los hechos, pocas veces se establecen conexiones temporales que unan los hechos narrados.

En el texto del Apocalipsis sucede de forma parecida (no en vano es el mismo autor que el del evangelio), el Apóstol quiere conservar todas las visiones, que no se pierda ninguna. Pero todo se va escribiendo con el apóstol sentado y dictando lentamente, probablemente con los ojos cerrados, rememorando. No se hacen esquemas previos o se escribe a trozos el texto en papiros independientes para después organizar el contenido.

La misma evidente ruptura de la línea temporal forma parte del mensaje de este texto. Hay partes que muestran una sucesión temporal progresiva, ordenada. Hay otros párrafos que son acotaciones, interpolaciones; porque nada debe perderse.

Lo cual indica que incluso el versículo respecto a la detención del viento probablemente también sea una interpolación temporal y que suceda antes del Día de la Ira. Esto ya lo captó en el siglo XIII Stephen Langton, el profesor de la Universidad de París que dividió la Biblia en capítulos. Este clérigo coloca el comienzo del capítulo 7 justo en el versículo de los vientos, y el inicio del capítulo 8 cuando el texto regresa a la sucesión de los sellos, en ese caso la apertura del séptimo sello. Es decir, la división de capítulos la realiza Langton dando por supuesto que el capítulo 7 es un paréntesis en el septenario.

Y oí el número de los marcados con el sello: ciento cuarenta y cuatro mil sellados, de todas las tribus de los hijos de Israel (Ap 7, 4).

Evidentemente, este pasaje es simbólico. De ningún modo significa que esa época se salva sólo ese número, como alguna secta ha enseñado. Que todo ese pasaje es un símbolo se ve claramente en que sólo se mencionan los descendientes de las tribus hebreas y no de toda la Humanidad. Ni siquiera se puede interpretar como que ese sea el número de hebreos salvados en esa época, pues de cada tribu vienen ante el Trono sólo 12.000 *vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos* (Ap 7, 9). Resulta imposible que el número de marcados o martirizados siga un patrón numérico, cuando es una realidad totalmente personal dependiente del libre albedrío. El análisis de este complejo pasaje requiere mucha más extensión. Dejo ese análisis para el final de esta obra.

séptimo sello

Cuando el Cordero abrió el séptimo sello,
se hizo silencio en el cielo, como una media hora (Ap 8, 1).

Mi interpretación de este sello es que pienso que este silencio es el silencio de un planeta tras la guerra total con la explosión de todos los misiles. Si hay una guerra total, una guerra de aniquilación de la superpotencia contraria, se puede esperar que, por lo menos, una de las dos superpotencias, justo antes del final, use todos los medios a su alcance para destruir al otro. Eso significará lanzar todos los misiles nucleares de los que disponga. La dinámica de una guerra total llevará a ese punto: si no gano yo, que no gane nadie. En la desesperación de ese momento, con los

ánimos tan exaltados por la retórica de la guerra, cualquier cosa será posible antes de aceptar la derrota.

La Humanidad que sobrevive lo hace en refugios subterráneos, en las ruinas de las ciudades o encerrados en sus casas. Desde la explosión de todos los misiles que provocan el invierno nuclear, hasta que se produzca la resurrección de la tierra, habrá, por tanto, un tiempo de unos días o unas semanas.

En una situación de invierno nuclear, sin electricidad, sin medios de comunicación, ni radio ni televisión ni internet, con los supervivientes deambulando en un mundo oscuro y en ruinas, sí que parecerá un mundo en silencio. ¿Cuánto durará ese silencio? Así es muy difícil que sobreviva una parte sustancial de la Humanidad más allá de unas semanas. Sólo los encerrados en refugios podrán resistir más tiempo. Hay que recordar que en la sexta trompeta es la única vez en que este libro indica la cantidad de personas que mueren, y afirma que muere la tercera parte de la Humanidad.

Parece lógico pensar que la plaga de langostas con cabeza de mujer (mencionada esta plaga en otro septenario) tenga lugar después de la apertura del sexto sello. Es un castigo, éste de las langostas, demasiado espectacular (en ese momento se dice que muere la tercera parte de la Humanidad) y que se encuadra mejor en un entorno de ciudades en ruinas pobladas de supervivientes y en medio de la oscuridad. Pero me referiré a las langostas más adelante, en su momento, con más detención.

Pero si he traído a colación el tema de la sexta trompeta en este momento del septenario de los sellos, es porque es en esa trompeta el único momento en que se menciona la cantidad que muere en estas plagas.

Dos terceras partes de la Humanidad sobreviven en refugios subterráneos, en refugios colectivos sobre la tierra, o encerrados en sus casas. No es fácil que puedan seguir con vida mucho tiempo bajo un cielo totalmente oscurecido.

Se hizo silencio en el cielo, como una media hora (Ap 8, 1). No se puede precisar de cuánto tiempo se está en esta situación totalmente postapocalíptica. Pero una hora indica un espacio de tiempo completo pero corto: ¿un año, un mes, una semana? Media hora sería la mitad de ese tiempo. En la parábola de los asalariados de la viña (Mateo 20, 1-16) se da por supuesto, como algo normal, que el día se divide en doce horas. La única medida de tiempo que tiene el número doce es el año, con sus doce meses lunares o solares.

Durante más de veinte años, siempre que he leído que *se hizo silencio en el cielo, como una media hora*, entendía que se hizo silencio en el mundo durante un tiempo indeterminado, pero no muy largo. Pero, basado en las razones que he expuesto, me atrevo a aventurar la siguiente interpretación: El año dividido en doce meses que son doce horas. Luego el silencio de media hora, es el silencio de medio año. La Humanidad malvivirá en esa situación durante, más o menos, medio mes en sus refugios y casas.

Este tiempo de, por fin, paz tras la guerra; paz tras los desastres; es un tiempo propicio para que la Humanidad reflexione acerca del sentido de todo lo que habrá sucedido en el plazo de una generación. Dios ofrece un tiempo de reflexión justo antes de la resurrección de la tierra. Podemos pensar que en esos refugios habrá cristianos que predicarán, que intentarán hacer entender a todos el sentido de lo que ha sucedido durante los últimos años.

Las siete trompetas



LOS TRES SEPTENARIOS son el núcleo del Libro. Son el mismo apocalipsis explicado tres veces de principio a fin, no una sucesión temporal que se forma concatenando los tres septenarios. Una traducción tan prestigiosa como la Biblia de Jerusalén (quizá la más afamada, y con razón, en lengua española) comienza la sucesión de trompetas diciendo: *Vi entonces...* (Ap 8, 2). Cuando el original griego reza así: *Y vi...* La adición de ese “entonces” no deja de tener su importancia, porque el texto original no muestra conexión temporal alguna entre este septenario y el anterior. Cualquier adverbio temporal daría la sensación de que unas plagas siguen a las anteriores; pero en el texto original no aparece tal cosa.

Tampoco encontraremos ninguna conexión temporal entre el segundo y el tercer septenario. Que los tres septenarios son el mismo Apocalipsis contado tres veces se echa de ver en el hecho de que varias plagas se repiten en varias de esas listas. En el sexto sello, los astros pierden su brillo; lo mismo se dice de los astros en la cuarta trompeta. En la segunda copa, el mar se convierte en sangre; lo mismo sucede en la segunda trompeta. La tercera copa y la tercera trompeta coinciden también en algo tan específico cómo lo que sucede en los ríos.

Los tres septenarios no conforman una línea temporal, sino que constituyen tres ciclos, tres espacios temporales recomenzados, de nuevo, de principio a fin.

Y vi a los siete ángeles que están en pie delante de Dios,
les fueron entregadas siete trompetas (Ap 8, 2).

Cada sello es símbolo de un designio de Dios que se descubre a la Humanidad. Cada lacre que se abre permite abrir un poco el pliego y leer otro fragmento de lo escrito en él. Si fuera un extenso rollo, lo que se podría leer apenas sería una mínima parte de él. Es decir, si el *librito* (biblión) fuera un rollo, la apertura de cada sello sólo permitiría leer un poco de la primera parte del escrito. Pero si el librito es una hoja rectangular, eso sí que permite leer parte del escrito.

Este librito está escrito por fuera y por dentro. La parte escrita por fuera es lo que conocemos del designio de Dios, esto es, el Libro del Apocalipsis. Mientras que la parte escrita por dentro es lo que no se ha revelado del tiempo del Apocalipsis, los hechos concretos a los que se refiere y que sólo se irán desvelando, paulatinamente, en el momento en que sucedan: quién es en concreto el Estado que lleva la guerra al mundo, quién (con nombre y apellidos) es el Anticristo, etc, etc.

El sello es símbolo del designio. Un escrito sellado es una imagen visual de lo que ya no se puede cambiar. En este Libro Dios nos dice no lo que puede suceder, sino lo que va a suceder. El librito cerrado es el Libro de la Revelación: “Apocalipsis” en griego significa *revelar, quitar el velo*, de “apo” (fuera de) + “calipto” (cubrir). En cierto modo se podría decir que el primer septenario da nombre a todo el libro. Aunque sólo en cierto modo, porque todos los hechos narrados en el Apocalipsis son desvelamiento de lo que será esa etapa final de la Humanidad.

Si el sello es símbolo de lo ya determinado, la trompeta es símbolo de un aviso. Podemos imaginar esa trompeta como las largas *tubae* romanas que aparecen en los relieves, o como el *shofar*

judío. Juan, sin duda, conoció los dos tipos de trompetas y los dos tienen su simbolismo. El cuerno que tocaban los judíos lo hacían para marcar el comienzo de un tiempo sagrado. En ese sentido, los siete ángeles marcarían con sus toques el comienzo de un nuevo tiempo.

Mientras que las trompetas romanas tenían un claro uso militar. Su toque era la señal para que las cohortes se pusieran en marcha o comenzaran un ataque. En ese sentido, los siete ángeles indicarían con sus toques el avance de un nuevo ataque celeste contra la tierra.

El sello remarca el carácter de designio escrito, de profecía, de lo inevitable. La trompeta remarca la voluntad de Dios que da una orden como en las batallas de las legiones: el tribuno ordena a un subalterno que toque la trompeta y da comienzo un nuevo ataque. Las trompetas suenan cuando se ordena que suenen. Mientras que las copas refuerzan la idea de un Dios que está airado. Los últimos castigos nos muestran la imagen de una copa que se ha llenado gota a gota. Las últimas plagas son alegoría de un vaso que ya desborda de ira. Hay como una gradación en la sucesión de estos tres septenarios:

1. Partiendo desde lo neutro: lo que está escrito.
2. Pasando a la orden de ataque: que resuena en el cielo.
3. Hasta llegar la ira: que se arroja.

Entonces hubo truenos, fragor, relámpagos y temblor de tierra (Ap. 8, 5).

Una cuestión interesante es por qué cuando un ángel (antes de la primera trompeta) arroja brasas del altar sobre la tierra, ocurren esos truenos y temblores y tal hecho no constituye la primera trompeta. La respuesta lógica sería decir que es porque tal

signo no es de suficiente entidad con respecto a las catástrofes que van a suceder. Las siete trompetas son siete jalones. Si algo no llega a la calificación de hito, es que no tiene tanta entidad, como los que sí lo son.

En ese versículo se mencionan esos elementos nuevos que no habían aparecido hasta ahora: truenos, fragor y relámpagos. ¿Por qué tres elementos que podrían resumirse en una sola cosa: una gran tormenta? Sí, esas tres cosas podrían ser expresadas de una sola vez con el término “gran tormenta”. Pero en la Palabra de Dios todo debe ser ponderado, porque nada es ocioso.

Podríamos tal vez pensar que el relámpago produce el trueno, y el trueno es ese fragor que hace temblar la tierra. Podría ser así, una mera redundancia de estilo, no lo descarto. Pero más me inclino a pensar que sean elementos diversos que tengan importancia por sí mismos. Es decir que el fragor no sea el de los truenos, sino un fragor independiente, inexplicable, que se oirá sobre la tierra sin causa aparente. Dado que se especifica, también entra dentro de lo posible que haya terribles truenos, bastantes más que relámpagos. Tantos truenos y tan tremendos, algo nunca visto por la Humanidad, que haga que se mencionen como una categoría aparte.

primera trompeta

Hubo entonces pedrisco y fuego mezclados con sangre (Ap 8, 7).

Por supuesto que aquí una determinada escuela de exégetas leerá que el pedrisco es símbolo de los desastres naturales y la sangre símbolo de la guerra. Pero mi opinión es que realmente caerá del cielo granizo y sangre. ¿Por qué? Porque todo el tenor del

libro encamina la interpretación hacia esa dirección. Así que éste es uno de los claros detalles identificativos del fin del mundo.

**La tercera parte de la tierra quedó abrasada,
toda hierba verde quedó abrasada (Ap 8, 7).**

Aquí vemos la magnitud de los desastres de ese tiempo. No serán males que afecten sólo a una región o a una parte de la Humanidad. El Apocalipsis será un castigo global sobre toda la raza humana, no sólo sobre un pueblo. El planeta entero se habrá transformado en un nuevo Egipto que reduce a esclavitud a los hombres y recibirá el castigo de Egipto: el fuego (mezclado con pedrisco) caerá literalmente sobre la tierra en la primera trompeta. Y hasta nos da la impresionante medida de este castigo: la tercera parte de la tierra quedará abrasada.

Sobre Egipto en la séptima plaga cayó sólo pedrisco, no fuego, pero ahora se aumenta la medida del mal que cae del cielo. El mundo se ha transformado en Egipto, Gomorra y Babilonia. El castigo es global, porque el mal se ha hecho global.

Otro pequeño detalle, si se quema tanta masa forestal, ¿cómo no se van a oscurecer el sol, la luna y las estrellas con tanto humo lanzado a la atmósfera?

segunda trompeta

**Fue arrojado al mar algo como una enorme montaña ardiendo,
y la tercera parte del mar se convirtió en sangre (Ap 8, 8).**

Evidentemente, esa montaña es un meteorito. Aquí, de nuevo, como antes, podemos entenderlo todo de un modo simbólico: que el mar es la multitud de las gentes; y que esta figura poética

simboliza que la guerra campará a sus anchas por la Humanidad. Esa interpretación es acorde con el mundo simbólico bíblico, pero estoy convencido de que, además, sucederá de forma literal: el agua se convertirá en verdadera sangre.

La literalidad parece la forma más razonable de entender esta plaga, dado que después algo parecido sucede con las aguas de los ríos; y expresamente el texto afirma que no se podrá beber esa agua. Además, el paralelismo con el pasaje del castigo de Moisés y el Nilo convertido en sangre resulta patente. Y el agua del Nilo sin duda se convirtió en sangre, pues la descripción del hecho en el texto del Éxodo no deja lugar a dudas.

Admitida la interpretación real de esta trompeta, cabe preguntarse: ¿se convierte una tercera parte del volumen de las aguas en sangre; o podemos pensar que sólo la superficie sufre esa transformación? Mi opinión es que sólo la superficie de la tercera parte del mar sufre esa metamorfosis. Puesto que si cualquier mar (incluso uno poco profundo como el Mediterráneo) se convirtiera en sangre hasta el fondo, semejante masa corrompida haría imposible la vida en los países de alrededor, se convertiría en una ciénaga inmunda de dimensiones increíbles. Su impacto planetario sería difícil de sobrellevar.

Mientras que si sólo la superficie del mar se convierte en sangre, es una cantidad de masa corrompida que sería compatible con la continuación de la vida en el planeta. Hay que señalar, insisto, que no se dice que se conviertan en sangre la tercera parte de los mares de todo el planeta, sino sólo de aquél mar en el que cae.

Y aun así pienso que hay que descartar que una tercera parte, por ejemplo, del Mediterráneo se convierta en sangre. El pantano pútrido de pesadilla que se formaría sería increíble. Por eso, parece

más sensato pensar en la versión moderada de esta plaga (la de la superficie de las aguas), porque si la versión más cruel fuera la verdadera, entonces la descripción de este desastre sería más extensa, ya que su impacto sería mucho mayor que el que parece describirse en las páginas del texto joánico.

Sólo basándonos en el texto de este versículo, no se podría descartar que, aunque el Apocalipsis diga que *la tercera parte del mar se convirtió en sangre*, en realidad, eso signifique que los productos químicos del meteorito tiñen de rojo parte de las aguas de ese mar. En esta interpretación, el agua aparecería con el color de la sangre, pero no se transformaría en verdadera sangre. Esta interpretación es perfectamente compatible con el texto de este versículo citado. El problema con esta interpretación es que hay otro pasaje del Apocalipsis, que aparece en otro septenario más adelante, en que se explicita este aspecto. El texto en cuestión es el siguiente:

Y el segundo [ángel] derramó su copa en el mar y se transformó en sangre como de muerto (Ap 16, 3).

La expresión *sangre como de muerto* (en gr. *aima os necrou*) no deja ya lugar a dudas. Y es que en esa época de increencia y odio a la fe, será más conveniente ofrecer un signo patente de la verdad de las profecías afirmadas por la religión. Si el agua se transforma en verdadera sangre, eso ayudará más a las gentes a creer. Por eso, entre ambas interpretaciones, aun sin el texto de la segunda copa de la ira, me inclino por la lectura literal. Además, en la época de Moisés el Nilo se convierte verdaderamente en sangre, pues ocurre en cuanto Aarón lo golpea con su cayado. Pero el texto del capítulo 16 deja claro que es verdadera sangre.

No se puede dejar de ver en este hecho como un milagro: es un hecho que va más allá de las leyes de la naturaleza. Dios que transforma el vino en sangre en la eucaristía obra ante los ojos de

los incrédulos un milagro extraordinariamente parecido. Un milagro (la transustanciación) es generador de vida, y el otro de muerte (al menos de la fauna). Pero ambos milagros están orientados al bien espiritual de las almas. Es como si Dios dijera: no creéis en el pequeño milagro invisible y humilde de la transustanciación, pues tendréis un milagro grandioso y visible.

Pereció la tercera parte de las criaturas del mar que tienen vida (Ap 8, 9a).

Aun entendiendo esta plaga del modo más moderado que he explicado, la sangre se corromperá y acabará con la vida en esas aguas; bien acabará con la tercera parte de la fauna en ese mar o bien con la tercera parte de la vida de todos los mares. Acabar con la tercera parte de la fauna de un mar no parece que sea un hecho demasiado terrible, como para tener mención en el Apocalipsis. Así que pienso que será la tercera parte de la fauna marítima mundial la que morirá por esta plaga.

Las corrientes arrastrarán la contaminación y la putridez provocada por el meteorito. La transformación en sangre afectará a una parte más pequeña de las aguas, pero la contaminación se extenderá acabando con la vida de otras zonas más extensas. Pero la muerte de la fauna se puede distribuir de forma muy desigual. Probablemente, en las zonas marítimas más cercanas a la transformación, la muerte de las especies será mucho mayor. Mientras que en otras aguas la vida continuará de forma inalterada. Es el resultado final aproximado el que nos es revelado por el texto de san Juan.

Y la tercera parte de las naves fue destruida (Ap 8, 9b).

El meteorito será de notables dimensiones, porque ya se ve que el tsunami que provoca destruirá una ingente cantidad de embarcaciones en ese mar. El detalle de las naves refuerza la conclusión expuesta de que esta plaga sólo afecta a un mar. Pues las embarcaciones de otros mares no podrían ser hundidas por una ola gigante lejana. Es imposible que un único tsunami haga zozobrar a embarcaciones de todo el mundo.

Luego si eso ocurre con los barcos, debemos aplicar el mismo criterio a la sangre: será una plaga regional, delimitada, confinada a un solo mar. Este pequeño detalle de los barcos es un indicativo claro de la extensión que tendrá esta plaga: será regional, sólo un mar se transformará en sangre, y es razonable considerar que será sólo en su superficie.

Parece congruente pensar que este evento se dé a la Humanidad antes del jinete que tiene la espada en su mano. Es decir, antes de que la guerra se generalice. Para así advertir de que el mar que forman los hombres se va a teñir de rojo. En la sexta trompeta se afirma que morirá la tercera parte de la Humanidad. Así, este hecho sería como una gran profecía: una tercera parte de ese mar se convierte en sangre, y una tercera parte de los hombres se va a teñir de sangre. Este episodio es como una gran parábola, como un signo profético de características mundiales, pues de magnitud planetaria será la guerra que segará las vidas después.

tercera trompeta

Cayó del cielo una estrella grande, ardiendo como una antorcha. Cayó sobre la tercera parte de los ríos y sobre los manantiales de agua. La estrella se llama Ajenjo.

La tercera parte de las aguas se convirtió en Ajenjo y mucha gente murió por las aguas, que se habían vuelto amargas (Ap 8, 10-11).

De nuevo otro meteorito. Éste bien sea por razones naturales o por directa intervención de Dios, envenena las aguas potables. La segunda interpretación significaría que las aguas directamente se vuelven amargas, sin más, sin razón química que lo explique.

La interpretación natural (y que me parece mejor) sería que quizá ese meteorito expande un polvo muy fino que se extiende por las capas altas de la atmósfera y se va posando lentamente sobre la superficie de la tierra, sobre cumbres, selvas, laderas de montañas y bosques, envenenando las aguas potables. La interpretación química natural me parece mejor, porque incluso en la interpretación del Apocalipsis hay que reducir la intervención extraordinaria de Dios a aquellos hechos que expresamente así lo indique el texto. Por ejemplo, nada en la naturaleza puede producir que el pedrisco arda, tampoco nada puede hacer que el agua se transforme en sangre, tampoco se puede explicar de forma natural la plaga de las langostas que después se analizará.

¿Esta plaga afecta a las aguas de todo el mundo? ¿O sólo a una parte de las aguas de una zona del mundo? En el caso del mar, el detalle del número de las embarcaciones afectadas indica que esos versículos sólo se aplican a un mar de todos los que hay en la tierra. Dado el paralelismo de la segunda y la tercera trompeta, se podría pensar que éste es un mal regional y no mundial.

El primer meteorito cae en un mar concreto y afecta a sólo un mar, el texto bíblico habla sólo de *la tercera parte del mar*, mientras que en esta otra trompeta se habla de las aguas en general. Y si la explicación de esta plaga es por algún elemento químico que se expande por la atmósfera en forma de polvo, entonces su efecto

tóxico sí que se extendería con gran facilidad por la atmósfera de todo el planeta o casi todo él.

La explicación natural de esta tercera trompeta no requiere gran esfuerzo, pues la nube de polvo radioactivo de una sola planta nuclear como la de Chernobil afectó a la mitad de Europa. Y precisamente el modo en que esa radiación afectó a la población de países lejanos era que esa nube de polvo cayó, durante medio mes, en forma de lluvia, siendo recogida por los arroyos y riachuelos. Sea dicho de paso, un lector, al leer el párrafo superior, me indicó que la palabra “chernobil” designa a una planta, la *Artemisia vulgaris*, que es muy similar de aspecto a la *Artemisia absinthium* que es el ajenjo.

Así que esta plaga considero que afectará de forma global a las aguas potables de buena parte del mundo. Este castigo divino lo imagino como un polvo muy fino que sube a estratos muy altos de la atmósfera, y se va extendiendo por los vientos, poco a poco, y va cayendo en forma de lluvia y nieve sobre montañas y llanuras, contaminando la tercera parte de los ríos y lagos del mundo.

El polvo no llega a todas partes del mundo, sólo a extensas partes de la Tierra. Si el polvo se extendiera por todas partes, todas las aguas quedarían contaminadas. Pero los corrientes de aire no pueden hacer eso: habrá partes del globo terráqueo contaminadas de forma extrema y otras a las que no llegará ese polvo. Es decir, sucede lo mismo que con la plaga del agua marina convertida en sangre: la distribución no puede ser igual.

Cualquiera puede imaginarse lo que supondrá para ciudades de millones de habitantes encontrarse con que su agua se está contaminando y que en el plazo de unos cuantos días dejará de ser potable. Es por eso por lo que los castigos de este libro son realmente apocalípticos.

Éste será un problema que no podrá resolverse con migraciones masivas. Será más sencillo ver cómo trasladar el agua que no organizar el traslado de la población de naciones enteras.

cuarta trompeta

Y fue herida la tercera parte del sol, la tercera parte de la luna y la tercera parte de las estrellas. Quedó en sombra la tercera parte de ellos. El día perdió una tercera parte de su claridad y lo mismo la noche (Ap 8, 12).

Esta plaga puede estar en conexión con la tercera trompeta. El polvo levantado por el impacto del meteorito filtra la luz del sol. Es posible que un efecto así, tan global, se produzca no sólo por el meteorito, sino también por todas las sustancias que por la guerra se expelerán a la atmósfera. Asimismo, se ha dicho antes que el fuego (mezclado con pedrisco) abrasará buena parte de la vegetación de la tierra. La suma de todos estos jalones de la muerte de un planeta es que la atmósfera oscura de ese tiempo ofrecerá, ya de por sí, un escenario verdaderamente apocalíptico. Hay que imaginarse, a partir de cierto momento, todas estas plagas en un ambiente oscuro y lúgubre, no bajo un cielo radiante de aires claros como ahora tenemos. Viendo los sellos y las trompetas, quizá hay que imaginarse esto así, más o menos, hacia la mitad de los septenarios. Será algo progresivo y no significa que vivan bajo un cielo totalmente oscuro. Pero sí que, a partir de cierto momento, el aire y el cielo aparecerán con el aspecto de esa atmósfera gris de ciertas ciudades cuando suben tanto los índices de contaminación que les llevan a ser noticia en los informativos.

Oí un águila que volaba por lo alto del cielo y decía con fuerte voz: ¡Ay, ay, ay de los habitantes de la tierra, cuando suenen las voces que quedan de las trompetas de los tres ángeles que van a tocar! (Ap 8, 13).

Esa águila es símbolo de un ángel. En ella también podemos ver simbolizado a san Juan, que es el águila que vuela a través de los siglos con su texto para advertir de la parte peor de los sufrimientos.

Aquí se nos advierte que comienzan los tres ayes. Es decir, tres castigos que son sustancialmente peores que los anteriores. Tan peores que si las tres trompetas son una profecía de castigo y dolor, estos tres son un anuncio de más dolor dentro de la profecía de dolor. Todos son castigos terribles, pero sólo de tres de ellos el cielo exclama: ay, ay, ay.

quinta trompeta

Vi una estrella que había caído del cielo a la tierra. Se le dio la llave del pozo del abismo. Abrió el pozo del abismo. (...) De la humareda salieron langostas sobre la tierra, y se les dio un poder como el que tienen los escorpiones de la tierra (Ap 9, 1-3).

Este pasaje de las langostas con cabeza humana tiene tres posibles interpretaciones:

- son demonios que se manifiestan de esa manera
- son fuerzas militares humanas acorazadas
- son animales producto de manipulaciones genéticas

La descripción de las langostas no ayuda a pensar que puedan ser animales físicos. No puede existir un animal que sea del tamaño de

un caballo y que tenga alas, como se dice de ellas más adelante; ni que tenga corazas duras como el hierro. Si fueran seres biológicos, aun acorazados (como algunos crustáceos), con ese tamaño sería fácil acabar con ellos con armas de fuego.

Por tanto, una de las tres posibilidades queda descartada: las langostas con cabeza de mujer o son la forma en que se manifiestan los demonios sobre la tierra, o son una forma literaria usada para expresar fuerzas acorazadas de un ejército. Veamos la descripción que se hace de las langostas para tratar de descifrar el sentido de este pasaje.

La apariencia de estas langostas era parecida a caballos preparados para la guerra. Sobre sus cabezas tenían como coronas que parecían de oro. Sus rostros eran como rostros humanos. Tenían cabellos como cabellos de mujer y sus dientes eran como de león. Tenían corazas como corazas de hierro. Y el ruido de sus alas como el estrépito de carros de muchos caballos que corren al combate. Tienen colas parecidas a las de los escorpiones, con aguijones. Y en sus colas, el poder de causar daño a los hombres durante cinco meses. Tienen sobre sí como rey, al ángel del abismo, llamado en hebreo Abaddon, y en griego Apolión (Ap 9, 7-11).

El que el **rostro** de estas langostas sea humano, y el hecho de que su apariencia *era parecida a caballos preparados para la guerra* son dos rasgos que contarían a favor de que lo que se describe son las fuerzas de caballería de un ejército. Un hombre del siglo I pintaría visualmente esa fuerza armada como la caballería de ese tiempo, la caballería de las legiones. Mientras que nosotros, al leer ese texto, podríamos entender que se está refiriendo al arma de caballería de nuestra época.

El que sus **corazas** sean de hierro también podría indicar que son fuerzas acorazadas. El **estrépito** de sus alas parece indicar algo mecánico, como motores. A favor de que sean fuerzas acorazadas, está también el que su ruido es como el de muchos **carros de combate**. De nuevo hay que insistir en que su apariencia es como la de *caballos preparados para la guerra*. Por último, sus **colas** de escorpión podrían ser un modo de expresar algo que dispara.

No habría problema con la imagen de los dientes de león, porque serían expresión de su fiereza, fuerza y agresividad. En esta interpretación no hay forma de encajar los cabellos de mujer ni las coronas, pero eso serían dos detalles menores.

La otra interpretación, como se ha dicho antes, sería que estas langostas con rostro humano fuesen el modo concreto en que se manifestasen los demonios sobre la tierra. Los hombres verían a esos espíritus con tal apariencia. Y tal manifestación sería de gran ayuda para que los hombres creyeran, porque algunos sabrían que expresamente así está dicho en la Palabra de Dios. Es muy posible que, aunque sólo sea para burlarse de los cristianos, los textos del Apocalipsis serán comentados en numerosos documentales de esa época. Y que eso provoque que descripciones como ésta sean conocidas por mucha gente increyente de esa generación.

Parecería que ambas interpretaciones la de una fuerza acorazada militar y la de que son una masa demoniaca son igualmente plausibles. Pero me inclino totalmente por la interpretación demoniaca en este caso, por varias razones que me parecen contundentes y que voy a ir desgranando.

Para empezar, está claro que esta estrella que cae del cielo no es un astro físico, sino un espíritu maligno al que se le permite venir a la tierra para capitanear a demonios que se hacen visibles sobre la faz de la tierra. No es un astro, porque no se describe su aspecto,

a diferencia de las otras dos en las que se nos dice su tamaño (como una montaña) y que humeaba o ardía.

Además, su efecto al caer sobre la tierra no es físico (sobre el mar o las aguas de los ríos), sino que abre el Pozo del Abismo. Además, son varios los pasajes en las Escrituras en que las estrellas son símbolo de los ángeles. Y, expresamente, en el Libro del Apocalipsis encontramos este versículo: *Las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias* (Ap 1, 20). Y por último, y esto es esencial, se nos dice que esta estrella es un *ángel del abismo* (Ap 9, 11). Así que si esta estrella no es física y estas fuerzas salen del Pozo del Abismo, lo lógico es pensar que estas fuerzas no son humanas.

No hace falta hacer un gran esfuerzo para ver el paralelismo entre el Pozo del Abismo y las Puertas del Infierno de las que habla Jesucristo en el Evangelio al dirigirse a Pedro. Y allí Jesús se está refiriendo por la palabra *Hades* a una región espiritual de demonios. No sólo eso, sino que esta idea está reforzada por el hecho de que al ángel caído *le es dada la llave del Pozo del Abismo* (Ap 9, 1). Se le entregan unas llaves a Pedro y se le entrega una llave a ese demonio.

El que capitanea a las langostas es un demonio: *Tienen sobre sí, como rey, al ángel del abismo* (Ap 9, 11). Tanto su nombre Abbadon y Apollion significan lo mismo “destructor”. Si su capitán es un demonio y no un hombre, entonces estas langostas con cabeza humana son el modo en que se manifiestan los espíritus malignos sobre la tierra. Frente a la lectura de que sean fuerzas acorazadas humanas, la interpretación demoniaca viene reforzada por el hecho de que estas langostas atormentan, pero no matan: *Se les dio poder, no para matarlos, sino para atormentarlos durante cinco meses* (Ap 9, 5).

Es difícil imaginar un escenario más apocalíptico que éste: en medio de la guerra, en medio de la peste, de las ruinas de las grandes ciudades, pululan estos seres demoniacos que pican a los seres humanos. Aunque el hecho de que tengan un capitán, parece indicar que pueden lanzarse de forma organizada sobre ciudades o zonas específicas. Si se movieran sin orden, no precisarían de un capitán, serían dejadas que se moviesen por la tierra a su discreción.

Las plagas materiales de langosta, me refiero al insecto físico, se mueven formando nubes. Pienso que estos seres maléficos, al principio, se lanzarán sobre ciudades como formando una nube que desciende del cielo. Pero que después, tal como sucede en las plagas materiales de langosta, quedarán estos seres pululando a discreción por esa área. Extendiéndose ellas, más adelante, ya de forma solitaria, por la Tierra que irán recorriendo.

Como he tratado de expresar, el modo en que imagino yo esta plaga no es que estas bestias caigan sobre todos los lugares del planeta. No es que todos los hombres las vean en todas partes del mundo. Sino que se mueven por la inmensidad de la Tierra, y aquí y allí hacen su aparición. Hablo de la inmensidad de la Tierra, porque, puesto que nos encontramos a la altura de la quinta trompeta, las comunicaciones ya no serán como las que tenemos ahora y buena parte de las urbes probablemente estarán semiderruidas en esta etapa del apocalipsis. En un mundo cada vez más incomunicado, la Tierra aparecerá más vasta que nunca.

sexta trompeta

Suelta a los cuatro ángeles atados junto al gran río Éufrates. Y fueron soltados los cuatro ángeles que estaban preparados para la

hora, el día, el mes y el año, para matar a la tercera parte de los hombres (Ap 9, 14-15).

En este septenario, se coloca en la sexta trompeta el gran combate final. Ésta no es una plaga más, sino la última gran batalla. Porque éste es el gran día de la ira de Dios es por lo que se dice con toda solemnidad *que estaban preparados para la hora, el día, el mes y el año*. Hay una insistencia en dos lugares de este libro en revelarnos que estos ejércitos acampan junto al río Éufrates. Por tanto, este río aparece como señal identificativa, tanto en la sexta trompeta como en la tercera copa de la ira.

En el Apocalipsis se nos dice (también en varios lugares) que van a luchar las fuerzas de occidente contra las de oriente. Este río marque el lugar geográfico de esta gran batalla que es la última de la Humanidad, el lugar del choque de las dos superpotencias.

El número de su tropa de caballería era de doscientos millones, pude oír su número (Ap 9, 16).

Resulta imposible encontrar cualquier simbolismo a este número, aunque el número 200 aparezca varias veces en la Biblia. Aparece, sí, pero carente de simbolismo. De forma que debemos pensar que es la revelación de un número concreto. El número es exorbitante. Pensemos que actualmente (escribo esto en el año 2017) el Ejército de Estados Unidos cuenta con 475.000 soldados activos y 540.000 en la reserva. El ejército de China cuenta con 2.300.000 soldados en activo y 510.000 en la reserva.

Si tenemos en cuenta que la población del planeta ahora es de más de 7.400 millones de personas, en el escenario de una movilización general mundial, sí que sería posible alcanzar esa cifra tan descomunal de efectivos. Eso supondría que de cada lado

de la contienda hay unos cien millones de soldados. Ya ahora sólo esos dos países mencionados suman cuatro millones de efectivos.

La cifra resulta inmensa, pero posible. No significa que ambos ejércitos estén acampados en poco espacio a ambos lados del Éufrates, como en la época de Alejandro Magno o de Julio César. Los ejércitos son de esa magnitud citada, y están preparados para entrar en combate, pero no significa que estén todos acampados allí. Aunque los versículos sugieren que en esa región sí que debe haber una inmensa concentración de tropas. Pero el que se insista tanto en el Éufrates se podría entender simplemente como que allí se halla la línea de división: bien sea en ese lugar exactamente, o bien sea en esa zona considerada con más amplitud.

Existe una tercera posibilidad y es que el Éufrates sea un símbolo de la línea divisoria entre las fuerzas de oriente y occidente que van a participar en la gran batalla final. Pero me inclino totalmente a pensar en el Éufrates como la línea divisoria física entre ambos ejércitos acampados. O el río o esa zona, porque está claro que la frontera entre dos grandes superpotencias será de miles de kilómetros y abarcará varios países.

Pero el texto bíblico indica que esa zona en concreto será la de la gran última batalla. La batalla será épica como ninguna, 200 millones de efectivos. Nunca se vio algo así, y nunca se volverá a ver.

Así vi en la visión los caballos y a los que los montaban: tenían corazas de color de fuego, de jacinto y de azufre; las cabezas de los caballos como cabezas de león y de sus bocas salía fuego y humo y azufre (Ap 9, 17).

Aquí sí que se describen fuerzas armadas, ejércitos humanos: caballería, corazas, cabezas de las que sale fuego. Como se ve, la quinta trompeta es de naturaleza demoniaca; y la sexta es la guerra, la batalla final entre los hombres. Y así en los castigos divinos se entremezcla el desastre natural, con las guerras y con el castigo demoniaco. Esto último, lo demoniaco, para que a la Humanidad no le quede ninguna duda del significado teológico que albergan esos desastres. Pero con ese castigo demoniaco (el de las langostas) Dios atormenta para el arrepentimiento, pero es de parte de los hombres que cae la muerte sobre buena parte de la Humanidad.

El castigo demoniaco no es el último en suceder, porque han sido enviados para llevar a la Humanidad a la conversión. La muerte a gran escala será obra de los hombres, de la guerra. Los demonios visibles atormentarán con sus picaduras, las aguas se volverán sangre, los astros perderán su brillo... pero la mayor parte de las muertes las provocarán los hombres, matándose entre ellos. Dios mueve al arrepentimiento, pero es el hombre el que es Caín para el hombre. Los desastres divinos (terremotos, peste, etc) también provocarán hecatombes, pero nada comparable a las conflagraciones que sacudirán esta generación.

En la quinta trompeta, he dedicado espacio a examinar las concomitancias de la descripción del ejército de langostas con un ejército humano. Esas concomitancias eran objetivas, porque al describir la caballería de unas fuerzas armadas humanas las imágenes recuerdan mucho a las de las langostas. El mensaje de san Juan es que las fuerzas demoniacas se abatirán como un ejército sobre los hombres indefensos, y que los ejércitos humanos son como esa plaga de langostas. Las imágenes comunes entre la quinta y la sexta plaga son evidentes.

Y fue exterminada la tercera parte de los hombres por estas tres plagas: por el fuego, el humo y el azufre que salían de sus bocas (Ap 9, 18).

Aquí se nos da la medida de qué parte de la Humanidad muere. Puesto que ésta es la sexta trompeta y la séptima son terremotos y truenos, podríamos pensar que antes de la resurrección de nuestro planeta quedarán vivas algo menos de dos terceras partes de la Humanidad.

Dos terceras partes menos los que mueran en la séptima trompeta. Pero, como la cifra se nos da al final de la sexta trompeta, parece que ésta es sustancialmente la cantidad de supervivientes que quedarán en la Tierra. Además de que la cifra de una tercera parte de muertos se repite en más lugares del texto joánico. Dado que se insiste en esa proporción, ése debe ser el sentido.

Interpolación de los dos testigos

Y concederé a mis dos testigos profetizar 1.260 días vestidos de saco. Son los dos olivos y las dos lámparas que están delante del Señor de la tierra (Ap 11, 3-4).

Aquí viene una clarísima y larga interpolación entre la sexta y la séptima trompeta. Sin duda, estos pasajes intercalados no guardan correlación temporal con las trompetas. Pues los hechos que relatan son previos. Esto nos demuestra el carácter profético de este texto. Es decir, san Juan no es un literato como los actuales que urde su obra y la organiza. Sino que el apóstol tiene las visiones y las va dictando.

Este libro no es una obra literaria que el autor rehace una y otra vez, que la reestructura y la retoca con criterios literarios para

que quede más bella. Sino que hay que imaginarse la escena de un san Juan que como un Jeremías va dictando. Probablemente, sentado en el suelo, con los ojos cerrados, en una habitación muy sencilla. El texto con sus interrupciones temáticas invita a rememorar esta escena de espontaneidad. Claramente no es un texto reelaborado que sigue un esquema organizado pensado desde el principio. Sino que estamos ante un texto que, una vez dictado de principio a fin, se decide conservarlo con toda su espontaneidad, manteniendo la falta de esquema previo. Alguien dirá que hay tres septenarios. Pero la presencia de tres septenarios no constituye el esquema de todo el libro, sino más bien tres islas dentro del texto.

La interpolación de los dos testigos viene analizada con gran extensión más adelante en esta obra. Si alguien con poco conocimiento del texto joánico insistiera en que este libro sigue un orden temporal férreo, hay que decirle que eso es imposible. No sólo por el modo en que se articulan los tres septenarios (en los que hay elementos que se repiten, pero no en el mismo lugar), sino también porque el orden en los Sinópticos no es un férreo orden temporal. Los Sinópticos contienen las palabras y hechos de Jesús. Pero rara vez muestran conexiones temporales entre las unidades temáticas que conforman cada evangelio.

Si la sucesión temporal no es férrea en el cuarto evangelio, ¿por qué debería serlo en el Apocalipsis siendo el mismo autor? Por eso, esta interpolación de los dos testigos no necesariamente ha de corresponderse con el hecho de que ellos prediquen entre la sexta y la séptima trompeta. No parece lógico que los dos testigos prediquen tanto tiempo en Jerusalén después del Armagedón. Cuando tal combate obligará a los supervivientes de la Tierra a buscar cobijo en los refugios. ¿Van a predicar tantos días en mitad del invierno atómico?

En el primer septenario, el Armagedón es el final de todo. Por eso, en este segundo septenario la interpolación de los dos testigos no debe considerarse que va temporalmente inserta en la sucesión de la sexta y la séptima trompeta. El mismo texto nos induce a interpretar que no es así. El Autor entrega este libro para ser interpretado. La interpretación forma parte de su lectura. Aunque no lo hubiera dicho de forma abierta, el texto da por supuesto, por ejemplo, que nadie va a creer que un animal gigantesco con diez cabezas va a asolar la tierra. La imagen visual es ésa, la de un animal gigantesco y monstruoso. Pero esa imagen literaria es símbolo de lo que sucederá.

Por tanto, la interpretación no es una posibilidad a la hora de leer el texto joánico, sino que es necesaria para su lectura verdadera. Aunque, lamentablemente, el texto nada puede hacer frente a las lecturas no razonables. Toda interpretación se basa en la razonabilidad.

séptima trompeta

Y se abrió el Santuario de Dios en el cielo y apareció el Arca de su alianza en el Santuario, y se produjeron relámpagos y fragor y truenos y temblor de tierra y fuerte granizada (Ap 11, 19).

Siempre leí este pasaje como una visión mística de san Juan: sólo él veía esto, pensaba yo. Pero quizá el Arca sea un modo de referirse a la Virgen María, y que una visión de ella será visible en todo mundo. Esta interpretación de María como Arca viene reforzada por el hecho de que el texto continúa hablando durante siete versículos de María (Ap 12, 1-6).

Si ocurren manifestaciones demoniacas a plena luz del día, como el ataque de los demonios en forma de langostas, parece adecuado que también haya alguna manifestación de lo celestial.

De todas maneras, obsérvese que el Apocalipsis está tejido de hechos esencialmente naturales: desastres y guerras. Son pocas las intervenciones de carácter inequívocamente divino, tales como el agua que se transforma en sangre. Resulta necesario repetir esta verdad que resulta esencial: el Apocalipsis es una sucesión de hechos casi todos ellos naturales, totalmente explicables por las leyes físicas.

Es la Humanidad la que tiene inteligencia para desentrañar el sentido espiritual de todo lo que está sucediendo, y así debe hacerlo. Sólo unas pocas veces la Mano de Dios hace patente que está actuando Él, sin dejar otra posibilidad de explicación a la razón humana. Esta aparición de la Virgen, en mi opinión, será una de las veces en que Dios dejará claro el sentido de todo lo que sucede para el que no quiera resistirse a la verdad. Aunque el Libro nos dice que la mayoría de los hombres se seguirá resistiendo a la verdad a pesar de tantas ayudas.

Un gran signo apareció en el cielo: una Mujer vestida de sol con la luna bajo sus pies (Ap 12, 1).

Este versículo ofrece la posibilidad de interpretarlo como una visión universal de Santa María en los cielos. Aquí no me resisto a hacer un *ex cursus* que sale más allá de la exégesis bíblica. Siguiendo la obra *La mística Ciudad de Dios* de sor María de Jesús de Ágreda, cabría recordar que esa mística afirmó en el siglo XVII que a los demonios se les mostró (como profecía) la Encarnación de la Palabra y la realeza de Santa María sobre todos los ángeles. Y a los hombres, al final de la Historia, se les mostraría lo mismo,

a Jesús y María. Ambos, Madre e Hijo, aparecerían al principio de la historia angélica, y al final de la historia humana.

Cerrando este pequeño *ex cursus*, observemos que esa visión viene seguida de terremotos y otros elementos destructivos. Observemos que en ese momento, el texto joánico de las plagas se muestra interrumpido por dos interpolaciones temáticas: la de la Mujer vestida de sol y la de la Bestia. Son dos temas que forman una unidad: la lucha de la Bestia frente a la Mujer.

¿Sucedé esta visión universal después de la sexta trompeta, después del Armagedón? Es posible que, en medio de ese fragor increíble, Dios otorgue este último regalo, esta última ayuda: una visión que a esos hombres les ayude a interpretar de un modo correcto los hechos de los que están siendo testigos. Pienso que es así, pero no se puede descartar que la visión sea puramente mística de san Juan. O si sucede realmente, no podemos descartar que tenga lugar en algún momento de esta sucesión de acontecimientos y no justamente al final. Pero me inclino a pensar que sucede esta visión tras el Armagedón, ya que la descripción de la visión concuerda con un cielo espantosamente cubierto y martilleado por incesantes truenos.

No está claro cuál es el castigo que ocurre en esta séptima trompeta, porque después que toca el séptimo ángel (Ap 11, 15), lo que viene es la interpolación de la visión de la Mujer y el Dragón. Pero algo terrible ocurre, porque justo antes de que el ángel toque la séptima trompeta, el libro dice: *El segundo “ay” ha pasado. Mira que viene en seguida el tercero* (Ap 11, 14).

El único hecho terrible que sucede tras el toque de la trompeta es que surge la Bestia y *se le dio poder de actuar durante cuarenta y dos meses* (Ap 13, 5), y *se le concedió hacer la guerra a los*

santos y vencerlos (Ap 13, 7), tras lo cual viene la siega de la tierra (Ap 14, 15-17).

Las siete copas



Y vi en el cielo otro signo grande y maravilloso: siete ángeles que llevaban siete plagas, las últimas, porque con ellas se consuma el furor de Dios (Ap 15, 1).

Como ya se ha dicho antes, este septenario no muestra conexión temporal alguna con el septenario anterior. No es como si estas plagas siguieran a las anteriores. Algún autor ha afirmado que las siete copas componen la séptima copa, como si fueran una explicación de ésta. Esa concatenación resulta imposible, porque en la segunda copa el mar se convierte en sangre y eso ya ha habido sucedido en la segunda trompeta.

Luego, uno de los cuatro Vivientes entregó a los siete ángeles siete copas de oro llenas del furor de Dios (Ap 15, 7).

Los cuatro Vivientes son los cuatro espíritus angélicos que están inmediatamente frente al Trono de Dios. Los cuatro ángeles más poderosos y sabios, los que están más cerca de Dios. Como símbolo del conocimiento se dice que están *cubiertos de ojos por delante y por detrás* (Ap 4, 6c). Muchas veces me pregunté si estos seres angélicos eran los más poderosos por naturaleza o por su virtudes. Ahora estoy seguro de que son gigantescos por el amor. La sobrenaturaleza sobrepasa muy por encima de la naturaleza. La caridad con todos sus tesoros divinos es algo cualitativamente muy

superior a las capacidades naturales por muy altas que sean. Curiosamente, de ellos (al no tener cuerpo) se dice que *están en medio del trono y alrededor del trono* (Ap 4, 6b). En cierto modo, se podría decir que ellos son el Trono de Dios.

Oh Pastor de Israel, Tú que guías a José como un rebaño, Tú que estás entronizado sobre los querubines, resplandece (Salmo 80, 1).

Si las líneas del Apocalipsis acerca de las Bestias son iluminadas por el profeta Daniel, las líneas acerca de los cuatro Vivientes son iluminadas por el profeta Ezequiel:

Se abrió el cielo y contemplé visiones divinas (...) yo miré (...) y en medio del fuego había en el centro como una forma de cuatro vivientes (Ez 1, 1 y 4-5).

Pero aquí se describe la cúspide de la creación angélica. Tan impresionantemente llenos de fuerza que el profeta escribió: *Y oí el ruido de sus alas, como un ruido de muchas aguas, como la voz del Todopoderoso* (Ez 1, 24). El profeta deja constancia del maravilloso pero sobrecogedor estruendo de las alas de los Vivientes. Lo cual recuerda al pasaje de un salmo: *Cabalgó sobre un querubín y voló. Vino velozmente sobre las alas del viento* (Salmo 18, 10). Obsérvese que el mismísimo Dios es representado como si cabalgase.

No voy a explicar aquí todos y cada uno de los símbolos que subyacen en este capítulo 1 del profeta, porque nos alejaría del tema de las plagas, para entrar en la angeología.

El que estos inmensos espíritus entreguen estas copas indica que los castigos son expresa voluntad de Dios. Porque todas las copas (menos la sexta) son castigos que provienen de Dios, a diferencia de muchos otros males presentes en los septenarios anteriores que provienen de los hombres. Sólo la sexta copa es más misteriosa en su interpretación.

La sexta copa podría interpretarse como la permisión divina para que se produzca la gran conflagración entre las potencias del planeta. Esto teológicamente resulta interesante, pues muestra que incluso algo que pudiera aparecer como meramente humano, la guerra, precisa de la permisión del Todopoderoso. Leído en este sentido, todas las copas son castigos procedentes de Dios; aunque la sexta requiera esa interpretación para entenderse como una copa vertida sobre los hombres desde el cielo.

¿Pero la guerra realmente precisa de una permisión divina? Jesús enseñó: *¿No son vendidos dos pájaros por una monedita? Y, sin embargo, ninguno de ellos caerá a la tierra fuera [de la voluntad] de vuestro Padre. Incluso los cabellos de vuestra cabeza están todos contados* (Mt 10, 29-30).

Si se necesita la permisión de Dios para que ocurra cualquier mal, por pequeño que sea, cuánto más se precisará de esa permisión para la batalla final que pondrá fin a la Humanidad. De ahí que esta permisión, con toda razón, pueda verse simbólicamente como una copa de ira que se vierte desde el cielo.

primera copa

El primer [ángel] fue y derramó su copa sobre la tierra y sobrevino una úlcera maligna y perniciosa a los hombres que llevaban la marca de la Bestia y adoraban su imagen (Ap 16, 2).

Aquí vemos otra indicación muy concreta, no sólo un problema de piel, sino que el texto es más preciso: una úlcera. También aquí observamos que parte de la población no llevará la marca de la Bestia sobre la piel, sino no se diría que la úlcera aparece a los hombres que llevaban la marca de la Bestia.

Antes del año 2000, pensaba yo que la marca sería algo similar a un código de barras indeleble, una señal tatuada sobre la piel por medios tecnológicos muy avanzados. Después, la ciencia avanzó y muchos se mostraban convencidos que la marca sería un chip subcutáneo.

Pero a partir del año 2016 me di cuenta de que ya no era necesario ningún código de barras ni ningún chip: bastaba el rostro y una conexión a un banco de datos online para saber quién era quien.

Fue ese año cuando me convencí de que la marca de la Bestia era una imposición religiosa, no una necesidad funcional para el comercio o la identificación. Eso explicaba otros detalles del texto respecto a la marca, como que a algunos se les imprime esa señal *en la frente* (Ap 13, 17). Eso nada tiene que ver con la mera necesidad de identificación en las transacciones comerciales.

El texto de este capítulo respecto a la marca siempre lo hemos tendido a leer como algo funcional, pero se trata de una marca de carácter claramente idolátrica: *de manera que la imagen de la Bestia pudiera incluso hablar y causar que aquellos que no adoren la imagen de la Bestia sean matados* (Ap 13, 15). Nace como algo religioso, aunque después sea necesario para comprar y vender.

En muchas partes de esta obra, se ha mencionado que la II Guerra Mundial y el III Reich son una figura de los hechos del Apocalipsis. Eso es válido también para la marca de la Bestia, la cual la podemos ver simbolizada en la esvástica que portaban en el brazo (con el brazalete cosido sobre la manga) o en la frente (en la gorra militar, pues el águila se apoyaba sobre ese símbolo).

segunda copa

El segundo derramó su copa sobre el mar, y se convirtió en sangre como de muerto y toda alma viviente murió en el mar (Ap 16, 3).

Ya se han dado las razones por las que esta copa, en mi opinión, ha de ser interpretada de un modo literal y no simbólico. Aunque la interpretación simbólica ha sido verdadera a lo largo de la Historia: infinidad de reinos, imperios y estados han sido como una copa derramada sobre el Mar (el mar de los hombres) convirtiendo parte de sus aguas en sangre, destrucción y muerte.

Centrémonos en una interpretación simbólica de esta segunda copa. En el Apocalipsis se nos recuerda una enseñanza importante bajo esta bella imagen de la copa derramada desde el cielo: el Mal comienza cuando se le permite. Los horrores de esos monstruos (estados e imperios) son un castigo divino.

Pero si el Mal comienza cuando los decretos divinos se lo permiten, la conclusión es clara: los anticristos sólo pueden llegar en su obrar hasta el límite que le imponga la Voluntad Divina.

Existe una visión generalizada entre los cristianos de nuestra época de que Dios no castiga, y que el sufrimiento provocado por esos reinos humanos es algo completamente ajeno al querer o la permisión divina. Eso eximiría a Dios de toda responsabilidad, pero al precio de que los hechos humanos se moverían en un campo ajeno a la capacidad de la voluntad de Dios para detenerlos, y tal cosa es radicalmente incompatible con el Ser Infinito.

Para bien o para mal, todo ocurre cuando el Ser Todopoderoso y Omnisciente lo permite. Ése es el mensaje de la

Biblia recordado a lo largo de todas sus páginas y así es reafirmado de modo rotundo en el último libro sagrado

tercera copa

El tercero derramó su copa sobre los ríos y sobre los manantiales de agua y se convirtieron en sangre (Ap 16, 4).

El castigo anterior es más lejano a los hombres: el agua del mar. Ahora esta plaga se vuelve más cercana y torturadora: el agua potable. En otro septenario, en la tercera trompeta, había dicho yo que la explicación natural, la de la contaminación química, era la que más me convencía al explicar que las aguas potables se vuelven amargas como el ajeno. El problema de la tercera copa es que el texto afirma que el agua se convierte en sangre.

La cuestión es ¿las aguas se vuelven amargas (como se decía en la tercera trompeta) o se transforman en sangre (como se dice en la tercera copa)? Además, la identificación se refuerza por el hecho de que la transformación en sangre del mar y los ríos coinciden en la segunda y tercera posición tanto del septenario de las trompetas como de las copas. Eso es más que una mera coincidencia. Todo indica, por tanto, que la tercera trompeta y la tercera copa refieren el mismo hecho.

¿Verdadera sangre o contaminación química? ¿Explicación milagrosa o natural? No descarto que se produzca la verdadera conversión en sangre. Pero me inclino a leer esta plaga como la contaminación de las aguas, y no como que el agua realmente se transforme en sangre. Y eso a pesar de que en la primera plaga de Egipto todas las aguas (no sólo las del Nilo) se transforman en sangre: *Toma tu vara y extiende tu mano sobre las aguas de Egipto,*

sobre sus ríos, sobre sus arroyos, sobre sus estanques y sobre todos sus depósitos de agua, para que se conviertan en sangre (Ex 7, 19).

Pero observemos un pequeño detalle, en la segunda trompeta, parte del mar se vuelve literalmente sangre, así se dice. Mientras que del agua de los ríos se dice que se vuelve amarga como el ajeno: o se vuelve a amarga, o se transforma en sangre. La lectura literal queda descartada porque la sangre no es amarga. Por tanto, se trata de una contaminación química que mata a muchas personas. Y porque mata a muchas personas, por eso precisamente se afirma que se vuelve sangre: *Y mucha gente murió por las aguas, que se habían vuelto amargas (Ap 8, 10-11).*

Esta dualidad interpretativa entre lo literal y lo simbólico recorre todo el Apocalipsis y sus criterios deben emplearse para la interpretación de otras plagas, como el granizo mezclado con fuego. Otras cosas están claras: el hambre es hambre, la guerra es guerra. En los profetas del Antiguo Testamento, una y otra vez nos encontramos con esta dualidad interpretativa. En el caso del Mesías, muchas profecías sólo quedaron claras cuando Él llegó.

En caso del texto joánico, no me cierro totalmente a la posibilidad de que cuando se verifiquen en su momento, lo hagan de un modo simbólico y no material. Pero mi interpretación es la que he dado en estas páginas, porque el pequeño apocalipsis de los sinópticos no deja lugar a esa interpretación, es totalmente diáfano: desastres y signos celestes.

En unos pasajes del texto joánico la interpretación es más segura, en otros está más velada por las mismas imágenes usadas. Hubiera afeado muchísimo el libro tener que describir las plagas, añadiendo una a una, que era “literalmente verdadera”. En principio, todo ocurre tal como se describe en la visión. Salvo que la misma visión nos indique otra cosa. Así se leyó a Isaías o

Ezequiel por sus mismos contemporáneos. Ésas son las reglas de este género.

Y así, por ejemplo, no existe un jinete con una balanza en la mano ni una bestia biológica con diez cabezas ni siete espíritus angélicos llevaron siete cartas materiales a las siete comunidades. Pero sí que pienso que el mar se tornará sangre, que caerá granizo mezclado con fuego o que realmente algunas islas se hundirán en el mar. Las mismas plagas de Moisés siempre han sido entendidas de esta manera, al modo de Cecil B. de Mille. Otras formas interpretativas pueden ser muy ocurrentes en una clase de universidad, pero se alejan totalmente de la sencillez de los lectores judíos que eran sus destinatarios.

En el caso de la comparación de la tercera trompeta con la tercera copa, cabe una interpretación que conjugaría las dos sin colisión: la tercera parte de las aguas potables se vuelven amargas, y una parte de ellas (pues no se especifica la cantidad en el texto) realmente se transforman en sangre.

Concluyendo, estas tres son las posibilidades acerca de cómo se verificará esta plaga, cada uno puede elegir la que crea más adecuada. Cuando llegue el momento, sabremos cuál era la correcta:

1. Todas las aguas se contaminan. Tal vez tomen un color rojizo. Se dice que se convierten en sangre, aunque no tomen ese color, porque al estar contaminadas matan.
2. Todas las aguas se transforman en sangre. Se dice que son amargas, por la amargura que producen en la Humanidad.
3. La tercera parte de las aguas se contamina y una parte de las aguas se transforma en sangre.

Aquí, como en la época de los profetas, por más que estudiemos los textos, muchas veces se llega a un límite: ya no es

posible saber más acerca de si algo se verificará como espiritual o material. Y, por supuesto, toda plaga material tiene un mensaje espiritual. Así como toda curación de Jesús en los Evangelios fue real, pero son como parábolas: el ciego como símbolo del que no ve las verdades celestiales, el cojo como símbolo del que anda cojeando en los caminos del Señor, el poseso como símbolo del que está dominado por el Maligno, etc.

En este caso de la tercera trompeta y la tercera copa, me inclino por la tercera interpretación, la mixta. Me parece la más fiel al texto y en la línea de las plagas de Moisés. Si el agua se convierte en verdadera sangre, entonces mucha gente verá con sus propios ojos que la interpretación verdadera del hecho es la religiosa y no la atea, la cual intentará explicar todos los desastres de un modo natural. Pero no será fácil dar esa explicación si el agua que sale del grifo, un buen día, es sangre.

Los ateos, como siempre, sostendrán que su interpretación es la científica frente a los rumores de los fanáticos. Pero los que vean el agua teñida de rojo comprobarán con sus ojos que se trata de verdadera sangre. Cuanto más literales sean estos eventos profetizados, más clara será su interpretación y más fácil será que los hombres abran sus almas al arrepentimiento. Cuanto más simbólico sea todo, más difícil se les hará a los hombres ver la verdad.

Es lo mismo que con las profecías respecto al Mesías en los profetas. Isaías había dicho: *Entonces los ojos del ciego serán abiertos, y los oídos del sordo serán destaponados. Entonces el cojo saltará como el ciervo y la lengua del mudo gritará de alegría* (Is 35, 5-6). También algunos saduceos, que seguían una línea de exégesis totalmente racionalista, debieron pensar que estas palabras eran simbólicas, pero que la profecía no significaba que literalmente los ciegos recobrarán la vista.

Sin embargo, en el versículo siguiente el profeta Isaías dice: *La arena ardiente se transformará en una charca* (Is 35, 7). Como se ve, los profetas con sus profecías ya cumplidas nos enseñan que sus textos son una mezcla de lo simbólico y lo literal. No todo es simbólico ni todo literal. Nos guste o no nos guste es necesario discernir, estudiar, orar y pedir al Espíritu Santo que nos ilumine. Y hay que hacerlo a sabiendas de que no pocas cosas no conoceremos si se trata de lo uno o de lo otro, hasta que llegue el momento. Lo mismo que sucedió con las profecías respecto al Mesías. ¿Nacería realmente en Belén como profetizó Malaquías o eso era símbolo de que el Mesías pertenecería a la estirpe de David y que, en ese sentido, había nacido en Belén de Judá?

Pero al Señor no le parecerá mal que reflexionemos y meditemos el Libro del Apocalipsis. Precisamente, para meditarlo nos lo dio. Es en la meditación orante y en la meditación de otros sabios, donde uno logra la sabiduría. El mismo texto varias veces anima al lector a tratar de desentrañar sus enigmas.

Me he extendido mucho en este momento del Apocalipsis en explicar esta cuestión interpretativa, porque la conjunción de la tercera trompeta con la tercera copa era un momento óptimo para abordar el asunto con plena extensión.

cuarta copa

El cuarto derramó su copa sobre el sol y le fue encomendado abrasar a los hombres con fuego, y los hombres fueron abrasados con un calor abrasador (Ap 16, 8-9).

Esta plaga parece incompatible que se dé simultáneamente a la pérdida de parte del brillo del sol. Parece lógico pensar que primero se da esta plaga de la cuarta copa durante un tiempo, y que

después a causa de la guerra masiva (y la contaminación subsiguiente) el sol pierda su brillo. El castigo de la cuarta copa parece transitorio, mientras que el castigo de la pérdida de parte del brillo por la contaminación parece un castigo más duradero e incluso permanente hasta el final.

La sucesión sellos-trompetas-copas es el orden mejor, implica un *in crescendo*:

1. Sello: descubrimiento del designio.
2. Trompeta: anuncio del castigo.
3. Copa: derramamiento de la ira.

Pero que los septenarios no se pueden entender como tres partes sucesivas que forman una unidad lineal. Ello se ve, por ejemplo, en esta cuarta copa. Parece más lógico que primero el sol abraza (cuarta copa), después que venga la guerra (cuarto sello) y como consecuencia de ello el sol pierda su fuerza (cuarta trompeta). Como se ve, los septenarios se barajan.

Que no se suceden temporalmente, sino que se barajan, se comprueba en el hecho de que hay sellos que coinciden. En la segunda trompeta y la segunda copa, en ambas el mar se vuelve sangre. Lo cual es una prueba, entre otras, de que no es, como algún autor ha querido ver, que las siete copas son una explicación de la última trompeta. Los tres septenarios son el Apocalipsis contado tres veces, de principio a final.

quinta copa

El quinto derramó su copa sobre el trono de la Bestia,
y quedó su reino en tinieblas
y los hombres se mordían la lengua de dolor (Ap 16, 10).

En principio, el trono de la Bestia es la capital de ese Estado que lleva la guerra a todo el mundo. Es razonable pensar que esta plaga no es natural, puesto que sólo queda en las tinieblas un lugar concreto del mundo, un reino. Esto concuerda con la novena plaga bíblica de Egipto en tiempos de Moisés, que también fue la oscuridad (Ex 10, 21-22). Pero en esa plaga bíblica egipcia los israelitas sí que tenían luz, mientras que los egipcios no. Luego si la plaga egipcia no fue una plaga natural, la apocalíptica es lógico pensar que tampoco. Pues las plagas de Egipto constituyeron un Apocalipsis limitado en el espacio. Y por tanto esas plagas bíblicas mosaicas constituyen un criterio interpretativo para las del futuro. Por supuesto que los racionalistas no creen ni las del pasado, por más que estén visualmente perfectamente descritas, ni las del futuro.

¿Por qué se dice que los hombres se mordían sus lenguas de dolor? Sin luz, sin nada de luz durante días, se puede esperar que haya asaltos a las tiendas y supermercados, y que las fuerzas del orden se vean incapaces de contener una serie de robos generalizados. Al ver que las fuerzas del orden están desbordadas, los robos pueden llevar a las violaciones, a los ajustes de cuentas. Deben ser muy duras las consecuencias de esta oscuridad, para que de forma expresa se haga notar que provocarán tanto sufrimiento con la imagen de las lenguas.

En el Apocalipsis no se dice cuánto durarán estas tinieblas, pero las tinieblas de Egipto duraron tres días (Ex 10, 23). ¿Habrá luz eléctrica o la oscuridad será total? Ese detalle no se determina.

Pero si hubiera luz eléctrica, difícilmente se producirían esos desmanes callejeros. Al describir esta plaga se habla del sufrimiento que produce: algo relevante, porque no ocurre al hablar de otras plagas. En otros momentos del libro, se describe la plaga, pero no se hace referencia al dolor causado por esa plaga.

sexta copa

El sexto derramó su copa sobre el gran río Éufrates, y sus aguas se secaron para preparar el camino a los reyes del oriente (Ap 16, 12).

El sexto mal (tanto la trompeta como la copa) consiste en que cae sobre la tierra una batalla final como nunca se vio. Y la referencia geográfica deja claro que se trata de un conflicto entre oriente y occidente. Sin especificar qué países en concreto del Este participarán en esta guerra.

El que se sequen las aguas se puede entender como símbolo de que se elimina el obstáculo que impedía que ambas potencias mundiales chocasen. Pero, además, puede que se seque realmente y la infantería pueda atravesarlo con sus vehículos sin tener que construir puentes. Me inclino por esta interpretación literal.

Y vi que de la boca del Dragón, de la boca de la Bestia y de la boca del falso profeta salían tres espíritus inmundos como ranas. Son espíritus de demonios que realizan signos y van donde los reyes de todo el mundo para convocarlos a la gran batalla del gran Día del Dios Todopoderoso (Ap 16, 13-14).

Aquí hay una interpolación breve en la descripción de la plaga de la batalla final. Observamos que hay un falso profeta. Una vez más, vemos que este régimen no basa meramente su poder en

la política, sino que en su caso el Poder está mezclado con la religión: muchas indicaciones muestran que este régimen es de naturaleza religiosa. Pues junto al rey (una de las cabezas) aparece ahora este falso profeta que va de un país a otro, convenciendo a sus presidentes de distintas naciones del poder misterioso con el que cuenta su Estado, para ello realiza actos aparentemente milagrosos. El falso profeta no puede ser un rey (de los que gobiernan la Bestia), porque el texto induciría a error. El texto parece distinguir entre los diez reyes y este personaje que, además, va viajando en este momento.

Este personaje, este Rasputín, no hace milagros, sino actos extraordinarios. Sólo Dios puede ir más allá de las leyes de la naturaleza. El demonio sólo puede realizar portentos, como los magos del Faraón, pero siempre según las leyes de la naturaleza. Los magos pudieron convertir agua en sangre, por ejemplo. Pero no hubieran podido devolver la vista a un ciego de nacimiento.

Observamos que en el lado del Mal hay tres personajes: el Dragón, la Bestia y el falso profeta. El Dragón es el Diablo: véase por ejemplo, el capítulo 12 del Apocalipsis sobre la Mujer y el Dragón. Además, el Dragón no es un animal de este mundo. La Bestia es un poder político, un régimen, un Estado o varios unidos. Los reinos sí que son poderes de este mundo, y por eso están descritos por animales de este mundo. Porque es de este mundo, tiene diez reyes sobre ella, por eso lleva la guerra al mundo. El falso profeta es un hombre.

El Anticristo o es uno de los diez reyes de la primera Bestia o es el rey de la segunda Bestia, sin que el texto llegue a afirmarlo con claridad. Yo me inclino más bien por esta segunda posibilidad. Hablaré de ello más adelante en esta obra.

No se puede descartar que el Anticristo sea además el falso profeta. Pero en las Escrituras, siempre se distingue con nitidez entre la figura del profeta y del rey. Eso vendría abalado por el hecho de que, al mencionar estos tres personajes, se distinga entre la Bestia y el falso profeta. Los reyes forman una unidad con la Bestia, son sus cabezas. El Estado es una prolongación del Presidente. Sí que tendría sentido distinguir entre el poder político (la Bestia y su presidente) y un poder religioso (el falso profeta y su religión).

En este mundo de distinciones, la figura del Anticristo concuerda más con la figura de un presidente de ese Estado, una especie de Hitler, y no con una figura carente de poder. Jesucristo careció de poder humano, el Anticristo será justamente lo opuesto.

Y vi que de la boca del Dragón, de la boca de la Bestia y de la boca del falso profeta salían tres espíritus inmundos como ranas (Ap 16, 13). En el poder político hay un demonio (probablemente de altísima jerarquía) que actúa en él. Otro gran demonio actúa a través del falso profeta. Un tercer demonio tal vez actúa a través de la imagen de la Bestia, la imagen material, idolátrica, y que puede hablar de forma extraordinaria, aun siendo material.

¿Por qué los reyes de la Tierra se empecinarán en hacer la guerra en el bando del Mal? La razón está en que ellos ven hechos portentosos. Son paganos (ya no son cristianos) que ven la realidad de ese mundo espiritual. Se han convencido de que esa guerra tiene un sentido sobrehumano y por eso siguen luchando en medio de esas plagas, ya claramente no naturales.

El hecho de que sigan luchando significa que la Bestia todavía no domina todas las naciones de la Tierra. Eso implica dos posibilidades: que todavía hay naciones libres coaligadas que defienden la causa de la libertad y los derechos humanos; la otra posibilidad es que ambos poderes independientes sean malos y

opresivos, y simplemente luchan entre ellos por la supremacía mundial. Desde luego, esta lucha del Armagedón no se presenta en el texto como una lucha entre los defensores del Bien y los del Mal, sino simplemente como la lucha entre dos poderes.

Es interesante observar que no es la lucha de la Bestia contra todos los demás. Esta batalla final es tan grande que el gran Estado idolátrico del que se ha estado hablando desde el principio va a buscar alianzas con todos aquellos que son independientes de esos poderes del Este.

¿Damos por supuesto que la Bestia está en occidente? Parece que sí, puesto que se afirma que la Gran Babilonia está recostada sobre siete montañas (en gr. “epta ore”): *Las siete cabezas son siete montañas sobre las que la mujer está sentada* (Ap 17, 9). Lo cual es una referencia a Roma. No tiene ningún sentido buscar qué otra ciudad del mundo está situada sobre siete montañas, ya que son infinitas las ciudades que han sido edificadas sobre colinas. El mismo número siete respecto a Roma es meramente consuetudinario: si no fuera por la tradición, podríamos encontrar más colinas o menos en el solar de la Urbe. El valor de ese detalle identificativo está en que es un sobrenombre de Roma. Al leer ese versículo en la época de san Juan, todo el mundo entendió a qué ciudad se refería.

Y ésta es la única indicación geográfica en todo el libro que permite pensar que la Bestia parece estar radicada en occidente. Reconozco que basar la interpretación sólo en ese versículo es un poco peligroso. Pero ciertamente la Ciudad de las Siete Colinas siempre ha sido y sigue siendo Roma. Y no se ve qué otra interpretación alternativa se podría dar a un sobrenombre tan claro. La gran ciudad aparece asentada sobre el poder político de la Bestia: *Y vi a una mujer sentada sobre una bestia púrpura, llena de nombres blasfemos y que tenía siete cabezas y siete cuernos* (Ap 17, 3).

Luego si esa gran ciudad está en Roma, la Bestia es un poder occidental. No sólo eso, sino que además se afirma que tiene siete cabezas, como si hubiera una identificación entre las cabezas de la Bestia y las de la gran ciudad descrita en el Apocalipsis. Como si no fuera fácil distinguir entre esa gran urbe y el régimen que la sustenta. De todas maneras, este versículo, concretamente éste de las siete colinas, merece un apartado al final de este libro para analizar el asunto sólo después de haber recorrido todo el texto joánico. Hacer ese análisis ahora, supondría realizarlo sin una visión de conjunto.

Mira que vengo como ladrón. (...) Los convocaron en el lugar llamado en hebreo Armagedón (Ap 16, 15-16).

El lugar bíblico de nombre más parecido a la palabra Armagedón es la “montaña de Meguido”, situada en Galilea; Ar es montaña. Ahora bien, entre los mejores comentaristas bíblicos nunca ha estado claro si san Juan se refería a Meguido o simplemente Armagedón es el nombre que se da en el libro al lugar donde tenga lugar la batalla final, sea cual sea su nombre real.

Me inclino a pensar que sí que se refiere a Meguido (situado en Galilea), porque el Apocalipsis dice *en el lugar llamado en hebreo*, luego se está refiriendo a un lugar concreto identificable. Y el único nombre que concuerda con el texto del Apocalipsis es ése. Los Ejércitos se encuentran, por fin, y luchan en ese lugar en concreto. Allí, el Antiguo Testamento, ya menciona dos batallas: Jueces 5, 19 y 2 Reyes 23, 29.

séptima copa

El séptimo derramó su copa sobre el aire. (...) Se produjeron relámpagos, fragor, truenos y un violento terremoto, como no los hubo desde que existen los hombres sobre la tierra (Ap 16, 17).

La décima plaga de Egipto acaba con la muerte de los primogénitos. Parecería que la lista de las copas debiera acabar con la guerra que provoca la muerte. Pero no, la última plaga tiene su sede en el aire.

Mi interpretación es que la guerra desatada ya a gran escala provoca grandes nubes. Bien sea por el invierno nuclear (a causa del polvo que alcanza la estratosfera y no desciende), bien sea por los productos químicos lanzados al aire por la explosión de cantidades ingentes de explosivos. En este segundo caso, la capa química, que no deja pasar el sol, tal vez sea la causa de esos relámpagos y truenos.

En todas las épocas ha habido truenos y relámpagos, luego estos son de una magnitud como nunca se han visto sobre la tierra. Algo ocurre en la atmósfera de tal trascendencia para que ésta sea la séptima plaga final, y no la guerra.

El terremoto también puede estar provocado por la detonación de ingente número de bombas que desestabilicen el equilibrio de las placas tectónicas allí donde este equilibrio es precario.

La Gran Ciudad se abrió en tres partes
y las ciudades de las naciones se desplomaron (Ap 16, 17).

Se ratifica el hecho de que por todas partes del mundo caen los edificios a causa de los terremotos. Resulta risible cuando algunas personas ven en tal o cual terremoto un rasgo inequívoco de que estamos al borde del fin del mundo. Cuando estos lleguen, ciudades en todo el mundo se derrumbarán.

Entonces todas las islas huyeron
y las montañas desaparecieron (Ap 16, 20).

Cuando Jesús dijo que los terremotos eran signo del fin del mundo, resulta evidente que para que estos sean un rasgo inequívoco de haber llegado a esta etapa de la Historia deben ser terremotos sustancialmente más numerosos y terribles que todo lo conocido hasta ahora. Aquí, en este versículo, se ve de qué estaba hablando Jesús al hablar de terremotos: islas enteras se hunden, montañas enteras también.

Y un gran pedrisco, con piedras de casi un talento de peso, cayó del cielo sobre los hombres (Ap 16, 21).

Este hecho es una consecuencia de la alteración de la atmósfera antes descrita. Queda claro que la séptima copa tiene que ver con la guerra y la explosión masiva de bombas. Este pedrisco no tiene por qué ser algo milagroso. Inmensas cantidades de aire caliente (a causa de millares de explosiones atómicas) subirán a gran velocidad a altas capas de la atmósfera, la condensación que producirá será impresionante y el resultado será este pedrisco. Tanto el terremoto como este pedrisco o los rayos no los enviará Dios, sino que serán consecuencia de los hombres, de las decisiones de nuestros caminos descarriados.

El Armagedón y el gran combate escatológico



ACABADAS LAS TRES LISTAS, acabados los tres relatos de las plagas, viene el lamento por Babilonia, la descripción de su ruina, y también los cantos triunfales en el cielo. Pero después (desde Ap 19, 11) sigue un texto extraño que ocupa casi la mitad del capítulo. Un texto que ha sorprendido a todos los estudiosos de este libro durante siglos: la preparación del combate de la Bestia contra un jinete que inequívocamente es identificado como Jesucristo.

Esto es realmente extraño, hasta ahora todo ha sido comprensible: persecuciones a los cristianos, plagas, guerras. Pero ahora aparece un elemento cualitativamente distinto. Tan distinto que se coloca al final de los tres septenarios, no como parte de ninguno de ellos.

Vi entonces a la Bestia y a los reyes de la tierra con sus ejércitos reunidos para entablar combate contra el que iba montado en el caballo y contra su ejército (Ap 19, 19).

El que va a montado a caballo es Jesucristo, los textos son claros, baste fijarnos en que *lleva escrito un nombre en su manto y en su muslo: Rey de reyes y Señor de señores* (Ap 19, 16).

Esto nos hace preguntarnos, ¿entonces uno es el combate de Armagedón y otro es este combate? En mi opinión, el Armagedón es la batalla final a la que han conducido todas las guerras previas que ha emprendido la Bestia. Es la batalla tras la cual sólo hay una destrucción total del mundo por la contaminación de la atmósfera (séptima copa). Si no hay ningún combate tras esa batalla final, ¿cuál es este combate de la Bestia contra el Jinete?

Pienso que tras los septenarios, tras el Armagedón, el Autor del Apocalipsis, Dios, ha querido recordar que, en el fondo, todos los sucesos menores han constituido partes de un único combate de la Bestia de las múltiples cabezas contra Jesucristo y sus santos. El entero Libro del Apocalipsis se resume, por tanto, en la brevedad de ese versículo de este capítulo 19. Si cada septenario es un resumen del Apocalipsis, este versículo de la lucha entre la Bestia y Cristo es el resumen de todos los septenarios.

Y así, tras haber leído todo el libro hasta aquí, se ve que todo conduce a un versículo más, el siguiente (Ap 19, 20), en el que se dice que la Bestia es derrotada:

**Pero la Bestia es capturada y con ella el falso profeta. (...)
Los dos fueron arrojados al lago de fuego con azufre (Ap 19, 20).**

Toda la Historia, desde la Resurrección, se recapitula en esos versículos. Como se ve, este combate de la Bestia con el Jinete que es Rey de reyes no es una batalla más del Apocalipsis, sino una visión que recapitula todo. En ningún momento del libro, Jesucristo había aparecido luchando directamente. Ahora tampoco. Pues el Jinete se limita a abrir la boca y expresar su voluntad, voluntad que se hace realidad:

De su boca sale una espada afilada para herir con ella a las naciones (Ap 19, 15).

Como se ve, no hay combate entre el Rey de reyes y la Bestia. La lucha se limita a que la Bestia ataca a los seguidores del Jinete. Pero cuando llega el momento final, el Jinete se limita a dar una orden de su boca y allí acaba todo. Tras esa orden, los ejércitos, las naciones, todos sus enemigos caen. En cierto modo, también se podría interpretar que esa orden son los tres septenarios. El entero apocalipsis, el entero fin del mundo, es el desarrollo gradual, ordenado, de la expresión de esa voluntad salida de su boca. En este momento histórico, su boca no es medicina ni bálsamo, sino espada. Jesucristo vino como siervo sufriente la primera vez, ahora se manifiesta como Rey Supremo. La primera vez vino a pie, ahora a caballo. La primera desarmado, ahora viene armado: su palabra es sentencia irrevocable.

Es cierto que podemos ver en esa espada simbolizada la *Palabra de Dios que es (...) más tajante que espada de doble filo* (Hb 4, 12). Sí, también podemos ver eso en el símbolo; pues ciertamente la espada del Jinete no es una espada física. Pero leamos el texto joánico y saquemos nuestras conclusiones: *Y el resto fueron matados por la espada del que cabalga sobre el caballo, la palabra que vino de su boca; y todos los pájaros se hartaron con sus carnes* (Ap 19, 21).

A este combate lo podríamos llamar el Combate Místico. Místico en el sentido de misterioso. Pues todos los combates previos del Apocalipsis, a estas alturas del libro, vemos que se trataban de episodios de esta guerra misteriosa, espiritual, contra Jesucristo: el Dragón Rojo (el Diablo) con sus bestias atacando a Jesucristo y sus santos. Las armas de estos santos son espirituales. Mientras que las armas de las Bestias sí que son materiales. Son

armas de este mundo, porque sus cabezas son reyes de este mundo: el Poder contra la debilidad.

Insisto, no hay combate del Jinete contra la Bestia, porque no puede haber combate entre Dios y sus adversarios. La Bestia persigue a la imagen de Dios, los hijos del Altísimo, pero nada puede hacer frente a Dios mismo. Al final, en este capítulo 19 se comprueba que la debilidad de los mártires tenía detrás de ella al Poder Absoluto e Infinito.

Por eso no se describe una larga batalla en este capítulo 19 entre la Bestia y el Jinete. Humanamente hablando, cualquier griego hubiera hecho luchar a su héroe contra la figura monstruosa de la Bestia. El Apocalipsis, si fuera un libro meramente humano, hubiera acabado con una lucha cuerpo a cuerpo del héroe-rey contra la hidra monstruosa, describiendo cada momento de esa lucha, pintando épicamente ese momento culminante. Pero eso no es el Libro del Apocalipsis: Dios no lucha. Para derrotar a sus enemigos sólo necesita una palabra de su boca.

Hago notar que algunos autores denominan al Armagedón o a la Batalla de Gog como luchas místicas. No me complace tal adjetivo, porque son batallas materiales, enfrentamientos físicos entre ejércitos humanos. La única batalla mística (es decir, misteriosa) es la lucha entre la Bestia y el Jinete. También sería una lucha mística la de la Virgen María contra la Serpiente, o la de la Iglesia contra las huestes infernales. Pero Waterloo, el Desembarco de Normandía o el Armagedón son confrontaciones de ejércitos de este mundo con armas de este mundo.

Tampoco me complace la designación del Armagedón o del enfrentamiento de Gog como batallas escatológicas. ¿Por qué esas son escatológicas y la de la primera y segunda trompeta no? Todas

las guerras que van a tener lugar desde los tiempos de la primera Bestia son batallas que se insertan en la escatología del Apocalipsis. Pero no es correcto decir que de entre estos conflictos armados unos sí son escatológicos y otros no.

En todo caso, se puede decir que la guerra mística entre el Rey de reyes y las Bestias se concreta en tres guerras escatológicas, es decir, en tres confrontaciones materiales que aparecen en los textos escatológicos de san Juan. Tres guerras que, por tanto, poseen un significado bíblico. Estas guerras serían: el conjunto de guerras de ámbito mundial que emprende la primera Bestia (primera y segunda trompeta), la guerra de la segunda Bestia (sexta trompeta) y la de Gog (tras el milenio). Estas tres guerras bien se pueden calificar de escatológicas, puesto que no son tres guerras más de la historia humana. Sino que son tres conflagraciones que marcan los tiempos (principio, medio y fin) del texto escatológico de san Juan.

¿Por qué en la segunda gran guerra hablo de la segunda bestia solamente y no menciono a la primera bestia? Porque se dice de la segunda bestia, cuando aparece, que *ejerce toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella* (Ap 13, 12). Indudablemente, el primer régimen atravesó graves problemas (recuérdese de que se habla de la *herida mortal* que sufrió) y se dice que la segunda bestia es la que ocupa su lugar. Además, cuando aparece la segunda bestia en el texto joánico, se habla de la Bestia a secas, en singular; nunca se menciona ese término en plural. Como si la segunda fuera la que importase a partir de ahora, o ejerciese su dominio en unión con la primera.

El capítulo 19 del Apocalipsis implica la existencia de dos combates: el combate físico del Armagedón, y el gran combate

místico entre la Bestia y Jesucristo. El Armagedón es la gran batalla entre los reyes de la Tierra que pone fin a la Historia, es el gran Día de la Ira del Altísimo. De esta batalla no se dice que sea una lucha entre los buenos y los malos, sino una guerra entre las potencias de oriente y las de occidente.

Recapitulando, en mitad de esta victoria, se describe (Ap 19, 11-16) el combate místico que ha tenido lugar. ¿Por qué ahora? Para dejar claro que en medio de tantos septenarios, en medio de tanta guerra, todo se resumía en este combate entre la Bestia y Jesucristo.

El combate místico clarísimamente es una interpolación espiritual en el final del Armagedón. Lo cual tiene un gran sentido teológico, pues ambas cosas están entremezcladas y entrelazadas: lo que podía parecer mera política, mera lucha militar, era, en realidad, un gran combate entre el Bien y el Mal. ¿Por qué esta interpolación? Los escritos de los profetas están llenos de interpolaciones. El profeta va escribiendo según el ritmo de sus visiones, no según un esquema previo.

Sería muy sencillo afirmar que este capítulo 19 supone un único combate y una única batalla. Pero el texto no indica eso: hay una batalla material y una guerra espiritual. Una batalla material al final de los septenarios, y una guerra espiritual que permea todo el Apocalipsis y que se recuerda ahora en el momento de la victoria.

¿Por qué me refiero a este combate entre la Bestia y Cristo como guerra y no como batalla? Porque se trata de una guerra con muchas batallas. Además, así lo dice el texto: *Él juzga y hace la guerra* (Ap 19, 11b). Es algo místico, porque la visión está localizada en el cielo: *Y vi el cielo abierto y había un caballo blanco* (Ap 19, 11a). Mientras que el Armagedón se localiza en un lugar concreto de la tierra: las riberas del Éufrates.

Pero la Bestia fue capturada y con ella el falso profeta (...), los dos fueron arrojados vivos al lago del fuego que arde con azufre (Ap 19, 20).

Siempre se dice que la Iglesia no ha afirmado nunca de nadie que esté en el infierno. Eso es correcto, con algunas excepciones bíblicas. Hay un versículo (Ap 13, 18) en el que se llama Bestia al Anticristo, pues la cabeza de ésta es tal persona. Del Anticristo y de su falso profeta es de los únicos que se dice en el Apocalipsis que son arrojados al infierno. Pues el lago de fuego es el infierno.

Es el infierno, porque anteriormente se había dado una descripción un poco más larga de ese lago de fuego y se usa la expresión hebrea de eternidad, *por los siglos de los siglos*, al hablar de ella:

Será atormentado con fuego y azufre, delante de los santos ángeles y delante del Cordero. Y la humareda de su tormento se eleva por los siglos de los siglos, no hay reposo, ni de día ni de noche, para los que adoran a la Bestia y a su imagen (Ap 14, 10b-11).

Además, por tercera y última vez se habla de ese lago en el final del Apocalipsis y se dice:

Y el Diablo, su seductor, fue arrojado al lago de fuego y azufre, donde están también la Bestia y el falso profeta, y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos (Ap 20, 10).

De manera que por tres veces se nos afirma en este libro que ese castigo es eterno, y que en él habrá esas dos personas humanas, además del Diablo.

Antes he dicho que siempre se dice que la Iglesia no ha afirmado nunca de nadie que esté en el infierno, pero que hay

algunas excepciones bíblicas. Una de ellas es el pasaje de los siete hermanos mártires de Macabeos, cuando uno de ellos le dice al rey:

Y cuando ya estaba próximo a su fin, habló así: "Es preferible morir a manos de los hombres, con la esperanza puesta en Dios de ser resucitados por él. Tú, en cambio, no resucitarás para la vida" (II Macabeos 7, 14).

Cierto que el que habla es un humano y no Dios en ese pasaje. Pero si este pasaje siempre se toma como autoridad (en los libros de teología dogmática) para avalar la doctrina de la resurrección, es porque se considera que en ese momento lo razonable es pensar que estaba iluminado.

El tercer pasaje que habla de condenación de un individuo concreto es cuando Jesús afirma del traidor que *más le valiera no haber nacido* (Mt 26, 24). Si se salvó, le valió la pena haber nacido. Así que es correcta la afirmación de que la Iglesia no afirma la condenación de nadie en concreto, pero justo es añadir que existen estas tres excepciones bíblicas: una de ellas expresa (la del Apocalipsis), otra a la que no cabe otra interpretación (la de las palabras de Jesús) y una tercera que lo afirma en boca de un mártir justo antes de morir (la de Macabeos).

El Reino de los mil años



Apocalipsis en dos fases

SI EL GRAN COMBATE ESCATOLÓGICO tiene dificultades interpretativas para los lectores, mucho más problemático resulta la primera parte del capítulo siguiente, la referida al Reino de los mil años. Durante la mayor parte de mi vida, pensé que el libro del Apocalipsis acababa con el Armagedón, tras lo cual venía Jesucristo en forma corporal, resucitaban los muertos, los juzgaba y la Jerusalén Celeste descendía sobre la tierra. Pero cada vez que leía el texto joánico me encontraba con estos versículos que (tras el episodio del Día de la Ira) no encajaban de ninguna manera en ese esquema:

Dominó al Dragón, la serpiente antigua que es el diablo y Satanás, y lo encadenó por mil años. (...) Después de mil años tiene que ser soltado por poco tiempo (Ap 20, 2-3).

A esto se añadía este otro versículo: *Vinieron a la vida y reinaron con Cristo mil años* (Ap 20, 4). Esto rompía totalmente el paradigma habitual (el resumen aprendido del Apocalipsis) que consistía en que tras las plagas venía Cristo y el Juicio Final, y allí acababa la Historia.

Hay que aclarar que lo que está rechazado como milenarismo por la doctrina católica es afirmar que Cristo venga corporalmente

a la tierra a reinar durante mil años antes de que el Diablo sea soltado de nuevo. Mucha gente acusa a otros de milenarismo de un modo amplio e impreciso. Pero lo único realmente no ortodoxo es esa doctrina de una primera venida corporal de Cristo antes del fin definitivo de la Historia. La doctrina errónea estaba clara, ahora bien, ¿cómo entender esos versículos citados?

Desde la época en la que yo estaba en el seminario, consideré que esos mil años eran el periodo que va desde la declaración del cristianismo como religión del Imperio, en época de Teodosio, hasta la destrucción de la Cristiandad con la rebelión protestante. Esos mil años, pensaba, podían simbolizar la sociedad cristiana que reinó en Europa desde el final del Imperio Romano hasta la secularización de la sociedad europea a finales del siglo XX.

Otra opción era entender que en esos mil años está simbolizada la historia de la Iglesia hasta el fin del mundo. Los mil años representarían simplemente un largo periodo de tiempo. En este caso, sería la era entregada a la Iglesia para su desarrollo y extensión en los siglos.

En mis esquemas mentales, curiosamente, la única opción que llegué a considerar era que esos mil años fueran un periodo previo al Apocalipsis, un periodo de tiempo que todavía no había venido. Pero frente a todas mis tentativas de interpretación, había que reconocer que el texto joánico no encajaba bien en ninguna teoría. ¿Por qué Dios había puesto esos mil años justo al final de los septenarios? ¿Por qué se hablaba de una resurrección?: *Ésta es la primera resurrección* (Ap 20, 5).

Por más que medité comentarios e hipótesis, siempre reconocí que el texto parecía afirmar otra cosa. Pero, sobre todo, estaba la extraña cuestión de por qué se hablaba de los mil años justo en ese momento. La lucha contra la Bestia y el Anticristo

sucedían antes de los mil años en el texto, no después, como pretendía mi hipótesis de que eso era el tiempo de la Cristiandad. La colocación de esos mil años en ese lugar del texto estaba hecha a propósito, eso lo veía claro. Evidentemente, se veía que no era un desliz organizativo de san Juan. No se trataba de un texto fuera de lugar, y menos habiéndolo situado justamente al final del libro. No se podía obviar ese hecho. La colocación allí había desorientado a todos los comentaristas durante siglos.

Necesité casi veinte años de sacerdocio y la meditación de este problema año tras año, para caer en la cuenta de que quizá no debía (como había hecho hasta entonces) dejar de lado la posibilidad de que la sucesión de acontecimientos simplemente fuera como aparecía en el Apocalipsis:

1. Plagas
2. Armagedón
3. Mil años de triunfo del cristianismo (sin que Cristo vuelva a la Tierra)
4. Última batalla final de Gog
5. Parusía, resurrección universal, Juicio Final, descenso de la Jerusalén celeste.

Lo que son los prejuicios, la fuerza que tienen los esquemas previos. Aunque me lo dijera la Palabra de Dios, la única posibilidad que había descartado era la de seguir simplemente el curso que marcaba el texto bíblico.

Le guste o no le guste al lector, porque rompe el esquema preconcebido (el de los resúmenes aprendidos), lo cierto es que tras la gran guerra de la Bestia contra Cristo, hay un reinado de mil años. Este reinado (Ap 20, 1-6) no es meramente un reinado del Bien, sino un reinado cristiano. Comprendo que sobre este punto no se predique para no liar a la gente.

Pero repito que la única interpretación rechazada por la teología ortodoxa es la de que Cristo retornará a la tierra para reinar por mil años con los santos. Frente a esta teoría defendida por

algunos en la Antigüedad, la doctrina ortodoxa siempre ha defendido que Cristo no volverá a este mundo hasta el final absoluto de la Historia y que sólo habrá una resurrección de los muertos, la universal antes del Juicio Final.

Transcurrido ese milenio habrá un nuevo combate, el último, una última gran guerra. Tras la cual vendrá la resurrección universal y el Juicio Final. Tras ese juicio, tendrá lugar una definitiva resurrección de este planeta, pues aquí es donde los bienaventurados estarán con Cristo.

Hay que reconocer que esta parte del milenio del reinado de Cristo es, sin duda, la parte de más difícil interpretación de todo el Apocalipsis. Parece como que Dios hubiera querido mencionar muy de pasada que habrá un tiempo misterioso entre el primer gran combate del Armagedón y el segundo combate de Gog. Menciona el tema, pero no insiste en describir ese periodo del milenio.

Al que no le convenza mi explicación, siempre le queda la posibilidad de entender ese milenio como un tiempo pretérito. De hecho, no hay más explicaciones posibles que entender que esos mil años se refieren al tiempo pasado (la Cristiandad) o al futuro (una nueva cristiandad más perfecta). La primera explicación no convence, porque ese milenio viene tras los tres septenarios de plagas.

Lo que hemos conocido desde niños como el esquema del Apocalipsis, en realidad, ha sido un resumen del texto joánico, el cual estaba más lleno de complejidades. Resumen que ha dejado de lado esta cuestión de los mil años que, ciertamente, no era fácil de entender. No se ha falseado el apocalipsis, simplemente se ha dejado de lado el milenio. Pero el mismo resumen se acabó convirtiendo en un molde en el que encajábamos la revelación de Dios. A ello contribuyó la condena del milenarismo. El clero había

oído de forma genérica que esa doctrina había sido condenada. Justo es decir, que la mayoría de los sacerdotes nunca han conocido exactamente los términos de esa doctrina. Sólo sabían que el milenarismo era una doctrina herética.

Cuestiones terminológicas

El Autor del Apocalipsis, que es Dios, sabía cómo el asunto del milenio iba a ser un terreno de arenas movedizas en el que se iban a atascar muchos exegetas. En mi opinión, eso condujo a que fuese la fase previa al milenio la favorecida en cuanto al volumen de descripción en el Libro, y que la otra fuera tan solo mencionada.

De manera que el texto joánico, en realidad, de lo que más trata es del apocalipsis previo al milenio. Esa proporción es exactamente de 15 a 1: por una página dedicada al milenio, hay quince dedicadas a la etapa previa. Hasta tal punto esto es así, que para evitar errores o ambigüedades es mejor llamar “apocalipsis” a la fase previa al milenio. Y a la fase posterior es mejor denominarla como “Batalla de Gog”. Considero que es preferible esa denominación a hablar de apocalipsis I y apocalipsis II.

También considero que se presta a confusión hablar de una primera fase del apocalipsis y de una segunda fase; pues en realidad no son dos fases, sino dos realidades históricas totalmente independientes. El Apocalipsis no trata de dos apocalipsis, sino de un solo apocalipsis y de una batalla tras el milenio.

La primera resurrección

Después del Armagedón, existirá una necesidad de una “resurrección de la tierra”. Cuando se produzca el tiempo de este reinado de Cristo (no de su venida a la tierra), la atmósfera y el suelo estarán contaminadísimos por la guerra. Eso sin contar con las aguas dulces de lagos y ríos envenenados, los mares corrompidos por la sangre, y buena parte de los bosques y selvas totalmente devastados.

El mundo asemejará un cadáver tras las siete copas de la ira. Será necesaria una resurrección de la tierra, es decir, una intervención divina que devuelva al planeta a un estado de mínima habitabilidad. Dado que Dios intervendrá, considero que lo devolverá a su belleza inicial. Cuando Dios hace las cosas, las hace perfectas. No se pone el vino nuevo en odres viejos.

La situación de la Tierra será tal que, si Dios no interviniera, los humanos caminarían por un planeta-cadáver. Y no sólo eso, la capacidad del planeta para regenerarse a sí mismo quedaría limitada por muchos problemas irreversibles: contaminación radioactiva que dura miles de años, envenenamiento químico de las aguas y la tierra, cuyos depósitos sólo con las corrientes y la lluvia no podrían removerse de sus sitios durante siglos. Y una vez removidos, acabarían en los océanos, contaminando el pescado. Y, mientras tanto, los hijos de Dios seguirían enfermándose con todas esas sustancias químicas repartidas por todas partes.

Se hará necesario que Dios intervenga. No sólo sobre la naturaleza, sino también sobre las personas. Los supervivientes, sin duda, estarán muy afectados en su salud, todos, por haber vivido en las condiciones de contaminación extrema ocurridas en la última fase de la agonía del mundo. Pienso que Dios actuará sobre la naturaleza y sobre los cuerpos de los seres humanos supervivientes.

De ahí que san Juan hable en el capítulo 20 de una primera resurrección: *Es la primera resurrección* (Ap 20, 5b).

Pero la primera parte de ese versículo dice: *Los demás muertos no vivirán de nuevo* (en gr. *ouk ezesan*) *hasta que se acabaron los mil años* (Ap 20, 5a). ¿Cómo entender las dos afirmaciones de este versículo: unos sí y otros no? Hay que dejar claro que la resurrección de los muertos sólo se producirá al final de la Historia, en la Parusía. Sólo habrá una única resurrección de los muertos y ésta tiene lugar tras el milenio, es decir, justo antes del Juicio Final.

¿Pero cómo entender esta primera resurrección de unos sí y de otros no? En mi opinión, esto se refiere a que los que queden vivos en esta resurrección material del planeta serán restaurados a una salud plena para recomenzar esta nueva fase de la Historia de la Humanidad. Mientras que los muertos no resucitarán hasta después de este milenio, es decir, no resucitarán hasta que llegue la Parusía. Por tal razón ese versículo dice *los demás muertos*, pero no dice que los buenos que murieron sí que vivirán de nuevo; y los malos que murieron, no. No dice eso el texto, sino que en el versículo mencionado el mensaje que subyace es que unos serán revivificados y otros seguirán muertos.

Pienso que a estos tiempos se refería Isaías al decir:

No habrá más allí niño que viva pocos días, ni anciano que no complete sus días; porque el joven morirá a los cien años, y el que no alcance los cien años será considerado maldito (Is 65, 20).

Por largo tiempo, siempre que leí este versículo, pensé que se refería a la edad espiritual, que en los tiempos mesiánicos todos serían sabios como ancianos. Pero la parte que dice no habrá niños que mueran, no encajaba para nada. Y la parte que dice que no habrá *anciano que no complete sus días* podía ser interpretada de un modo espiritual, pero haciendo violencia al texto. Pero si no se

entendían esos años como edad espiritual, no se me ocurría qué otra posibilidad interpretativa podía existir. Hoy día pienso que, en ese primer momento del milenio, esos hombres vivificados directamente por la Mano de Dios serán longevos como afirma el versículo. Así podrán dedicarse a la muy necesaria tarea de reconstruir la sociedad humana, habrá mucho trabajo: reconstrucción de edificios, evitar que se pierda el conocimiento, limpieza de las ciudades en ruinas, etc.

Tras las explicaciones ofrecidas, leamos ahora el texto completo de la primera resurrección y tratemos de ofrecer luz sobre algunas dudas que puede suscitar con toda razón:

Luego vi unos tronos, y se sentaron en ellos, y se les dio el poder de juzgar; vi también las almas de los que fueron decapitados por el testimonio de Jesús y la Palabra de Dios, y a todos los que no adoraron a la Bestia ni a su imagen, y no aceptaron la marca en su frente o en su mano; revivieron y reinaron con Cristo mil años (Ap 20, 4).

El texto afirma que los decapitados y los que no adoraron a la Bestia revivieron y reinaron con Cristo mil años. Este versículo hay que entenderlo del mismo modo que cuando Jesús dice que Juan Bautista es *Elías que ha de venir* (Mt 11, 14). Eso no significaba que Juan el Bautista era Elías reencarnado, sino que él era otro Elías. Del mismo modo, las palabras del Apocalipsis acerca de los mártires que reviven han de ser entendidas como que en los cristianos supervivientes permanecerá el espíritu de los que dieron su vida por Cristo, será como si ellos, los mártires, finalmente hubieran triunfado y reinasen sobre la tierra.

Los demás muertos no revivieron hasta que se acabaron los mil años. Es la primera resurrección. Dichoso y santo el que participa en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene poder sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con Él mil años (Ap 20, 5-6).

Como se observa, no se dice que sólo y exclusivamente vivirán los justos. Probablemente, quedarán mezcla de cristianos y de paganos. Aunque serán los cristianos los que conformarán la nueva sociedad según los dictados de Cristo en el Evangelio; en ese sentido reinan con Él. No en el sentido de que Cristo venga de un modo visible, como en la Parusía.

En esta etapa, ni Cristo viene de forma visible sobre la tierra ni los mártires resucitan. Pero la cristiandad que se va a establecer será como si Cristo reinase sobre la tierra, y como si los mártires decapitados reinasen con Él, pero no van a resucitar hasta la Parusía.

Si en el Combate Místico (el de Cristo sobre el caballo blanco) no hay realmente una lucha física de Jesucristo contra la Bestia, tampoco ahora hay un retorno corporal de Jesucristo sobre la tierra para su reino de mil años. Tanto en ese combate de Cristo con la Bestia como en este reinado, se está hablando de una presencia sobre la tierra que es mística, no corporal y visible.

¿A qué se refiere san Juan al afirmar que *la segunda muerte no tiene poder sobre estos*? La primera muerte es la corporal, la segunda muerte es la del alma arrojada al lugar de la muerte espiritual, el infierno. Aquellos fieles que han soportado todas las tribulaciones han sido purificados de un modo extraordinario, han sido perseverantes en la prueba extrema, y ahora el infierno con sus tentaciones ya no tiene poder sobre ellos. Éste es el sentido de tal

versículo. Puesto que todavía son viadores, son libres para pecar gravemente. Y no se descarta que alguno lo pueda hacer. Pero esa generación de hombres fieles que pasaron por el horno de fuego de la tribulación sin igual serán recordados por las generaciones futuras como unos héroes.

El apóstol también afirma de ellos que *serán sacerdotes de Dios*. Esto no significa que todos ellos recibirán el sacramento del orden, sino que los laicos vivirán con grandísima santidad su sacerdocio común de los fieles. Vivirán como verdaderos sacerdotes, aun siendo laicos. Será una época en la que la sociedad abrazará, como nunca, los Diez Mandamientos, porque ellos (los supervivientes) serán el fundamento del edificio de mil años que se edificará sobre ellos.

Por otra parte, todos los elementos de tentación, seducción y vanidad que se hallan presentes en cualquier sociedad habrán sido barridos. Será una sociedad (que abarcará todo el mundo) cuyos miembros querrán adorar a Dios y cumplir su Ley. Cristo reinará sobre el mundo, de un modo más perfecto que durante el tiempo post constantiniano. La cristiandad medieval no es mencionada en el Libro, mientras que la cristiandad del milenio sí que es alabada con los términos más entusiastas. Si el III Reich fue una prefiguración del tiempo del Anticristo, la sociedad medieval (a pesar de sus muchas sombras) servirá para hacerse una idea del tiempo luminoso que supondrá esta nueva cristiandad.

En ese mundo pienso que permanecerán las ruinas de las antiguas ciudades como recuerdo para las generaciones futuras de lo que pasó en la Tierra. No estamos hablando de unas pocas bellas ruinas de piedra como los restos de las antiguas ciudades romanas, sino de conurbaciones inacabables que irán siendo conquistadas

por la hierba, los árboles, el musgo y la hiedra. La vegetación, al menos con un delgado manto, irá cubriendo la fealdad de esas calles sucias, llenas de escombros y basura, tal como habrán quedado durante la guerra. Como en tantas películas del género post apocalíptico hemos visto, los ciervos, los osos y toda la fauna salvaje irán repoblando el centro de Nueva York, Tokio, París, Pekín o Londres. Los arroyuelos volverán a recorrer sus calles y la vida vegetal y la fauna triunfará en esos parajes desolados que sólo recordaban a la muerte.

Batalla de Gog



PERO ASÍ COMO EL FERVOR DE LA FE se fue debilitando en la Cristiandad con el pasar de los siglos, así también sucederá en este milenio. Será un proceso lento, con avances y retrocesos. El Reino de Dios deberá ser defendido. Es un reino espiritual que deberá ser defendido con armas espirituales. Habrá retrocesos y avances, derrotas y victorias. Pero, al final, las grietas cada vez se mostrarán más claras, cada vez más preocupantes.

Y al final Satanás seducirá en masa a los hombres de nuevo. El Diablo siempre seduce a personas. Los grandes problemas vienen cuando es la sociedad entera la que ha sido seducida por su Enemigo.

Lo que, a lo largo del milenio, fueron batallas espirituales con armas del espíritu, al final acabarán siendo batallas materiales con derramamiento de sangre. Esas guerras previas conducirán a la Guerra de Gog, cuya batalla definitiva pondrá punto final a la Historia.

¿Por qué este segundo gran combate (Ap 20, 7-10) se despacha en cuatro versículos? Se está hablando de una guerra entre ese reino de Cristo y los seducidos por Satanás de entre las naciones, *numerosos como la arena del mar*. ¿Por qué después de haber descrito con sumo detalle todos los episodios previos al Armagedón, el texto resuelve el gran combate de Gog con tanta

celeridad si es un conflicto universal, el último conflicto armado de la Humanidad, el que precede a la resurrección universal?

Si este esquema de un apocalipsis en dos fases es el verdadero, como ahora lo creo, es un hecho que de los 22 capítulos del texto joánico se dedican 15 capítulos a describir las plagas de la época previa al milenio, y cuatro versículos a describir la época en que será soltado Satanás antes de la Parusía. Insisto, cuatro versículos; no era una errata.

No tengo respuesta segura para ello, porque no nos lo dice el texto. Pero sí que se pueden decir dos cosas:

1. **La brevedad del texto no indica la brevedad de ese periodo de tribulación:** Alguien podría pensar que la razón de la poca extensión podría ser que esa segunda fase de tribulación quizá sea muy breve. Pero esta razón no es convincente, porque los mil años del reinado de Cristo también se describen en una columna que ocupa media página. Y no sólo eso, sino que aquí se menciona a Gog. Este nombre sólo aparece en el profeta Ezequiel. El cual sí que habla de Gog con más extensión, describiendo una etapa apocalíptica, a la que me referiré más adelante. Con lo cual, san Juan no nos habla mucho de Gog, pero Ezequiel sí que nos cuenta más cosas.
2. **Si el texto sobre Gog de san Juan hubiera sido más largo, hubiera provocado problemas interpretativos:** La segunda razón que se puede esgrimir es que una narración detallada hubiera provocado intrincados (y quizá insolubles) problemas interpretativos entre esas dos fases. Es decir, si el texto joánico ya hasta ahora ha sido una tierra donde muchos se han perdido aun relatando con detalle san Juan sólo la época previa al milenio, si hubiera relatado las dos etapas de tribulación con el mismo nivel de detalle se hubiera convertido para los exegetas en un laberinto del que muchos comentaristas (quizá la mayoría) no hubieran sabido salir.

Si ya ahora al leer el Apocalipsis tenemos dudas acerca de si algo debe ser entendido de forma literal o simbólica, no quiero ni pensar si a cada paso nos tuviéramos que preguntar si algo pertenece a la fase previa al milenio o a la posterior. Nos hubiéramos preguntado si las listas de signos estaban mezcladas o no, cuál era la relación entre unos signos y otros: el libro se hubiera

sumido en una oscuridad densa y el bien que hubiera podido hacer (recuérdense los fines del libro) habría sido mucho menor.

Lo que sí que está claro es que la interpretación preterista choca con el texto joaneó. Si la Batalla de Gog ya sucedió, los datos identificativos de esta batalla son inexistentes, por tanto podría aplicarse a cualquier cosa y a ninguna. La interpretación preterista es buena, del mismo modo que la interpretación espiritual es buena si es añadida a la interpretación primaria, la real. La interpretación preterista y la espiritual se pueden añadir, pero no suplantarse a la real.

Incluso que el mar se transforme en sangre, por poner sólo un ejemplo, admite una interpretación preterista: tantas veces el mar de la Humanidad ya se ha convertido parcialmente en sangre justo después de los tres primeros sellos, tantas veces estos sellos han sido ya abiertos en el pasado. Pero eran sellos de un designio parcial. No los grandes y únicos siete sellos del designio del fin de los tiempos.

La Batalla de Gog no ha sucedido. Así lo han entendido los comentaristas de los siglos pasados. Y los nombres de Gog y Magog no ofrecen demasiada luz ni en el texto joánico ni en el texto de Ezequiel. Por más que uno lea Ezequiel 38 y 39, éste es un episodio que permanece bajo el velo de Dios. Esos dos capítulos no son nada esclarecedores leídos en nuestro tiempo. Quizá cuando llegue el momento, esos dos capítulos mostrarán clarísimos qué significan para la generación que viva esos acontecimientos.

¿Esta etapa de tribulación antes de la Parusía será larga? Hay dos datos interesantes: los reunidos para la guerra serán *numerosos*

como la arena del mar (Ap 20, 8) y cercaron el campamento de los santos y la ciudad querida (Ap 20, 9). La Batalla del Armagedón no se dice que sea contra los santos, sino entre dos poderes. Mientras que la Batalla de Gog sí que es una guerra religiosa. Y a eso se añade que los ejércitos congregados por Gog serán numerosos. Esas dos cosas (calidad y cantidad) no se forman de un día para otro. La fase previa a esta batalla tendrá, por tanto, muchas etapas. La culminación será esa guerra final, pero parece muy sensato pensar que vendrá precedida de una etapa de alejamiento de Dios primero y después de tribulación.

¿Cuál es la *ciudad querida*? ¿Jerusalén, Roma? ¿Otra ciudad que se convierta en el gran emblema y bastión del cristianismo? Si no sabemos con seguridad a qué Templo se refiere la primera fase, la de la Bestia, mucho menos podemos deducir a qué ciudad se refiere estando mucho más lejos en los siglos.

Con todo lo visto, qué duda cabe que el esquema real del texto joánico es más complejo que el de los resúmenes a los que estamos acostumbrados. ¿Por qué tanto detallismo de la primera etapa de tribulación y una descripción tan somera de la segunda? ¡Cuatro versículos! Ya lo he dicho antes, una posibilidad (que no me convence mucho) puede radicar en que la etapa de los septenarios sea mucho más cruel y larga. Mientras que la etapa de Gog pueda ser sí una batalla, pero breve. Quizá en la primera tribulación habrá una gran necesidad de consolación; y en la segunda, a causa de su brevedad, no.

Pero una gran guerra como la descrita en la etapa de Gog requiere unas fases en todo similares a las de la época del Anticristo. Por eso repito que la verdadera razón para ello considero que consiste en los problemas interpretativos que mayor

extensión hubiera producido en los lectores. Me atrevo a conjeturar que la época de Gog será tan terrible como la del Anticristo; por su carácter universal, precisará de un declinar gradual y largo de la fe. En esa época, los capítulos 38 y 39 de Ezequiel sí que estarán claros.

Para todos aquellos que quieran leer estas referencias misteriosas, todavía, de este profeta, las coloco a continuación. En el texto he señalado en otro color las referencias geográficas y las partes que me parecen más relevantes. Aunque por más que nos esforcemos estas palabras están selladas hasta que llegue el tiempo. El esfuerzo resulta inútil, pues todavía no ha llegado aquello que hay que identificar.

Ezequiel 38

"La palabra de Yahveh me fue dirigida en estos términos: 2. Hijo de hombre, vuelve tu rostro hacia **Gog, en el país de Magog, príncipe supremo de Mesek y Túbal**, y profetiza contra él.

3.Dirás: Así dice el Señor Yahveh: Aquí estoy contra ti, **Gog, príncipe supremo de Mesek y Túbal**. 4.Yo te haré dar media vuelta, te pondré garfios en las quijadas, y te haré salir con todo tu ejército, caballos y caballeros, todos bien equipados, inmensa asamblea, todos con escudos y paveses, y diestros en el manejo de la espada. 5.**Persia, Kus y Put** están con ellos, todos con escudo y yelmo. 6.**Gómer**, con todas sus huestes, **Bet Togarmá, en el extremo norte**, con todas sus huestes, pueblos numerosos, están contigo.

7.Disponte y prepárate, tú y toda tu asamblea concentrada en torno a ti, y ponte a mi servicio. 8.Al cabo de muchos días, recibirás órdenes. Después de muchos años, vendrás hacia la tierra cuyos habitantes escaparon a la espada y fueron congregados de entre una multitud de pueblos en los montes de Israel, que habían sido un desierto permanente. Desde que fueron separados de los otros pueblos, habitan todos en seguridad. 9.Tú subirás, avanzarás como un huracán, como un nubarrón que cubrirá la tierra, tú y todas tus huestes, y los numerosos pueblos que están contigo.

10.Así dice el Señor Yahveh: Aquel día te vendrán al corazón proyectos y concebirás perversos planes. 11.Dirás: «Voy a subir contra una tierra abierta, marcharé contra gente tranquila que habita en seguridad. Habitan todos en ciudades sin murallas,

sin cerrojos ni puertas.» 12. Irás a saquear, a hacer botín, a poner tu mano sobre ruinas repobladas, en un pueblo congregado de entre las naciones, entregado a reponer el ganado y la hacienda, que habita en el centro de la tierra.» 13. **Sabá, Dedán, los mercaderes de Tarsis** y todos sus leoncillos te dirán: «¿A saquear has venido? ¿Para hacer botín has concentrado tu asamblea? ¿Para llevarte el oro y la plata, para apoderarte de ganados y haciendas, para hacer un gran botín?»

14. Por eso, profetiza, hijo de hombre. **Dirás a Gog**: Así dice el Señor Yahveh: ¿No es verdad que aquel día, cuando mi pueblo Israel viva en seguridad, te pondrás en movimiento? 15. **Vendrás de tu lugar, del extremo norte**, tú y pueblos numerosos contigo, todos montados a caballo, enorme asamblea, ejército innumerable. 16. Subirás contra mi pueblo Israel como un nublado que recubre la tierra. **Será al fin de los días**; Yo te haré venir entonces contra mi tierra para que las naciones me conozcan, cuando Yo manifieste mi santidad a sus ojos, a costa tuya, **Gog**.

17. Así dice el Señor Yahveh: Tú eres aquel de quien yo hablé antaño, por medio de mis siervos los profetas de Israel, que profetizaron en aquel tiempo, durante años, que yo te haría venir contra ellos. 18. Aquel día, cuando **Gog** avance contra el suelo de Israel -oráculo del Señor Yahveh- estallará mi furor. 19. En mi cólera, en mis celos, en el ardor de mi furia lo digo: Sí, aquel día habrá un gran terremoto en el suelo de Israel. 20. **Temblarán entonces ante mí los peces del mar y los pájaros del cielo, las bestias del campo y todos los reptiles que serpean por el suelo, y todos los hombres de sobre la haz de la tierra. Se desplomarán los montes, caerán las rocas, todas las murallas caerán por tierra.** 21. **Convocaré contra él toda clase de terrores**, oráculo del Señor Yahveh. Volverán la espada unos contra otros. 22. **Le castigaré con la peste y la sangre, haré caer una lluvia torrencial, granizos, fuego y azufre**, sobre él, sobre sus huestes y sobre los numerosos pueblos que van con él. 23. Manifestaré mi grandeza y mi santidad, me daré a conocer a los ojos de numerosas naciones y sabrán que yo soy Yahveh."

Ezequiel 39

Y tú, hijo de hombre, profetiza contra **Gog**. Dirás: Así dice el Señor Yahveh: Aquí estoy contra ti, **Gog, príncipe supremo de Mések y Túbal**. 2. Yo te haré dar media vuelta, te conduciré, **te haré subir desde el extremo norte** y te guiaré a los montes de Israel. 3. Romperé tu arco en tu mano izquierda y haré caer tus flechas de tu mano derecha. 4. En los montes de Israel caerás tú, tus huestes y los pueblos que van contigo. Te he entregado como pasto a toda clase de aves de rapiña y a las fieras del campo. 5. En la haz del campo caerás, porque he hablado yo, oráculo del Señor Yahveh. 6. **Mandaré fuego sobre Magog** y sobre los que viven seguros en las islas, y sabrán que yo soy Yahveh.

7. Manifestaré mi santo nombre en medio de mi pueblo Israel, no dejaré que vuelva a ser profanado mi santo nombre, y las naciones sabrán que yo soy Yahveh, santo en Israel. 8. He aquí que todo esto llega y se va a realizar - oráculo del Señor Yahveh -: éste es el día que yo he anunciado. 9. **Entonces los habitantes de las ciudades de Israel saldrán a quemar y a entregar a las llamas las armas, paveses y escudos, arcos y flechas, mazas y lanzas. Harán fuego con ello durante siete años.** 10. No irán ya a buscar leña en el campo, ni la recogerán en el bosque, porque harán el fuego con las armas. Saquearán a sus saqueadores y harán botín de sus depredadores, oráculo del Señor Yahveh. 11. **Aquel día, yo daré a Gog como sepulcro en Israel un lugar famoso, el valle de los Oberim, al este del mar, el que corta el paso a los viajeros: allí será enterrado Gog con toda su multitud, y se le llamará valle de Hamón Gog.**

12. La casa de Israel los enterrará para purificar la tierra, **durante siete meses.** 13. **Todo el pueblo de la tierra será movilizad para enterrarlos,** y ello les dará renombre el día que yo manifieste mi gloria, oráculo del Señor Yahveh. 14. Luego se escogerán hombres que recorran constantemente el país y entierren a los que hayan quedado por el suelo, para purificarlo. **Al cabo de siete meses** empezarán su búsqueda. 15. Cuando, al recorrer el país, alguno de ellos vea huesos humanos, pondrá al lado una señal **hasta que los sepultureros los entierren en el valle de Hamón Gog,** 16. **(Hamoná es también el nombre de una ciudad) y purifiquen así la tierra.**

17. En cuanto a ti, hijo de hombre, así dice el Señor Yahveh: Di a los pájaros de todas clases y a todas las fieras del campo: Congregaos, venid, reuníos de todas partes para el sacrificio que yo os ofrezco, un gran sacrificio sobre los montes de Israel; comeréis carne y beberéis sangre. 18. Carne de héroes comeréis, sangre de príncipes de la tierra beberéis. Todos son carneros, corderos, machos cabríos, pingües toros de Basán. 19. Comeréis grasa hasta la saciedad y beberéis sangre hasta la embriaguez, en este sacrificio que yo os brindo. 20. Os hartaréis a mi mesa de caballos y caballeros, de héroes y de toda clase de guerreros, oráculo del Señor Yahveh.

21. Así manifestaré yo mi gloria entre las naciones, y todas las naciones verán el juicio que voy a ejecutar y la mano que pondré sobre ellos. 22. Y la casa de Israel sabrá desde ese día en adelante que yo soy Yahveh su Dios. 23. Y sabrán las naciones que la casa de Israel fue deportada por sus culpas, que, por haberme sido infieles, yo les oculté mi rostro y los entregué en manos de sus enemigos, y cayeron todos a espada. 24. Los traté como lo merecían sus impurezas y sus crímenes, y les oculté mi rostro.

25. Por eso, así dice el Señor Yahveh: Ahora voy a hacer volver a los cautivos de Jacob, me compadeceré de toda la casa de Israel, y me mostraré celoso de mi santo nombre. 26. Ellos olvidarán su ignominia y todas las infidelidades que cometieron contra mí, cuando vivan seguros en su país, sin que nadie los inquiete. 27. Cuando yo los haga volver de entre los pueblos y los recoja de los países de sus enemigos, manifestaré en ellos mi santidad a los ojos de numerosas naciones, 28. y sabrán que yo soy Yahveh su Dios, cuando, después de haberlos llevado al cautiverio entre las naciones, los reúna en

su suelo sin dejar allí a ninguno de ellos. 29.No les ocultaré más mi rostro, porque derramaré mi Espíritu sobre la casa de Israel, oráculo del Señor Yahveh"

Las referencias geográficas presentes en estos capítulos afirman que Gog vendrá del norte: *Vendrás de tu lugar, del extremo norte* (Ez 38, 15). Aunque san Juan deja claro que *Satanás soltado de su prisión saldrá a seducir a las naciones de los cuatro extremos de la tierra, a Gog y Magog, y a reunirlos para la guerra* (Ap 20, 7-8). Es decir, será una guerra verdaderamente mundial. Aunque Juan mencione un príncipe que según Ezequiel está situado al norte en los capítulos de Ezequiel.

Resulta curioso que san Juan diga Gog y Magog, porque “ma” significa en hebreo “tierra”. Y, por tanto, Magog significa “tierra de Gog”. Pienso que cuando dice Satanás seduce a Gog y Magog, lo que quiere decir es que seduce a ese príncipe y su reino, a ese gobernante y su Estado. Esa expresión es como decir que a la guerra irá la Bestia y su cabeza.

Esta gran batalla acaba con el fuego cayendo sobre los ejércitos concentrados para atacar a los creyentes, este detalle lo menciona tanto el profeta como el apóstol. El fuego del Armagedón y del final de la Batalla de Gog estoy convencido de que lo pondremos los hombres: las armas atómicas.

Si ese fuego no es divino, se cumplirán las palabras de Dios a Noé:

Yo establezco mi pacto con vosotros, y nunca más volverá a ser exterminada toda carne por las aguas del diluvio, ni habrá más diluvio para destruir la tierra (Gn 9, 11).

Aunque Dios se comprometió formalmente a no destruir la Humanidad por un nuevo diluvio, el sentido del pacto es de no destrucción de la Humanidad por el medio que sea. No tendría mucho sentido ese pacto si puede usar cualquier otro medio. Por eso Dios en el Apocalipsis, en su misericordia, envía castigos que

hagan entender a los hombres. Pero no es Él el que destruye la Humanidad.

El texto de Ezequiel parece dar a entender que tras la batalla de Gog habrá un periodo de siete meses, en el que los fieles a Dios se prepararán para su venida, purificando la tierra, señalando los lugares donde están los cadáveres: *La casa de Israel los enterrará para purificar la tierra, durante siete meses* (Ez 39, 12).

También tras el Armagedón *se hizo silencio en el cielo, como una media hora* (Ap 8, 1). El texto de Ezequiel parece indicar que antes de la Parusía también habrá otro silencio: por eso se habla de siete meses de reflexión, oración y preparación de las almas para recibir al Señor que vuelve a su casa, como en la parábola. Hago notar que en su momento expliqué que esa media hora la interpretaba como medio año. Curiosamente, Ezequiel habla de siete meses entre la gran batalla y la fase siguiente, y curiosamente el texto de Juan habla *como una media hora*.

Bien es cierto que Ez 39, 9 y Ez 39, 14 indican que hay una espera de siete meses y que después hay siete años más. Quizá todo esto hay que entenderlo como que el espacio de preparación antes del milenio es de unos seis meses, y que el espacio de tiempo de preparación antes de la Parusía sea de siete años.

Ambos periodos de descanso (dos *sabbath*) preceden al nuevo día del Señor. El primero durará mil años; el segundo, siglos sin fin.

San Juan no describe la fase previa a la guerra final. Sólo menciona que *Satanás, soltado de su prisión, saldrá a seducir a las*

naciones de los cuatro extremos de la tierra (Ap 20, 8). Pero si no lo hace el apóstol, sí que lo hace Ezequiel al hablar de esta época:

Temblarán entonces ante mí los peces del mar y los pájaros del cielo, las bestias del campo y todos los reptiles que serpean por el suelo, y todos los hombres de sobre la haz de la tierra. Se desplomarán los montes, caerán las rocas, todas las murallas caerán por tierra. Convocaré contra él toda clase de terrores, oráculo del Señor Yahveh. Volverán la espada unos contra otros. Le castigaré con la peste y la sangre, haré caer una lluvia torrencial, granizos, fuego y azufre (Ez 38, 20-22).

Encontramos en este texto del siglo VI a.C. el Apocalipsis Sinóptico, repitiéndose muchos de los elementos de los septenarios. Lo cual da a entender que la fase de tribulación del apocalipsis de Gog será tan larga como la del apocalipsis del Anticristo.

Dado que Dios menciona a Gog al final de las Escrituras, en el texto joánico, resulta evidente que Él quiere que revisemos y reflexionemos el único texto en que se lo menciona en esas mismas Escrituras, el de Ezequiel. Del mismo modo que cuando Jesús menciona la *abominación de la desolación*, quiere que hagamos lo mismo con el único profeta donde se menciona esa expresión, que es en el Libro de Daniel. Si bien, además del profeta hay un libro histórico donde también se menciona esta expresión de la abominación: el primer Libro de los Macabeos. En la presente obra, más adelante, trataré con calma acerca de estos pasajes.

Con estas características de descripción de desastres, podríamos decir que disponemos de dos textos apocalípticos breves en torno al texto del apocalipsis extenso de quince capítulos, el joánico. Podríamos volver a reconfigurar (otra vez más) lo dicho hasta ahora, viendo tres apocalipsis en las Escrituras:

1. El apocalipsis mosaico: las diez plagas de Egipto.
2. El microapocalipsis evangélico: las profecías acerca de Jerusalén.
3. El texto joánico: el apocalipsis por antonomasia

Visto así, la Biblia tendría tres apocalipsis: uno al principio y otro al final de las Escrituras más otro en su centro, en su corazón que son los Evangelios. La idea es bella, por eso la menciono. Los textos de Daniel o Ezequiel, el Diluvio o la caída de Jerusalén serían como satélites alrededor de los textos esenciales.

A estas alturas, no hace falta insistir demasiado en que el último libro de la Biblia constituye un *labyrinthus magnificus*. Un sello estética e intelectualmente formidable con el que Dios quiso concluir sus Escrituras.

La Jerusalén Celeste



LA CONCISIÓN DE ESTA PARTE —dos capítulos, dos páginas— tiene su razón de ser: resulta más sencillo describir una profecía concreta acerca de hechos históricos que describir el misterio del estado beatífico.

Cualquier intento por describir la sociedad de los bienaventurados inevitablemente chocaría en cada frase con los límites del lenguaje para expresar lo inefable. El lenguaje humano es adecuado para describir las batallas del Libro de Reyes o las torturas que aparecen en las páginas de los Macabeos. Pero resulta insuficiente para describir un estado beatífico que trasciende todo lo que conocemos. Por muy poéticamente que san Juan lo hubiera hecho, cuanto más hubiera descrito la dicha del cielo, más la hubiera humanizado y empequeñecido. En este caso, describir más hubiera significado empequeñecer más.

Por eso, considero que el libro acaba de forma perfecta, con unas pinceladas acerca del estado futuro de las almas. El velo del misterio apenas se entreabre. Cualquier autor meramente humano de un libro parecido se hubiera deleitado en describir docenas de satisfacciones celestiales. Un novelista se hubiera recreado en pintar un óleo con palabras en el que aparecieran satisfacciones para cada uno de los sentidos. Un cuadro visual de banquetes y honores. Con un autor meramente humano, la Biblia hubiera acabado así con una grande *kermesse*, con una casta orgía

embriagadora. Pero el Autor no lo quiso. La felicidad allí radicará esencialmente en Dios. Cómo mostrar placeres corporales o mundanos, cuando nuestra vida será más parecida a la de los ángeles. No sólo eso, sino que si el Antiguo Testamento insiste en la invisibilidad del Dios al que adoran, el Nuevo Testamento sigue en esa línea de sobriedad, y su último libro concluye más bien colocando un velo acerca de la fruición que tendremos junto a ese Dios invisible, inmersos en ese Dios espíritu.

En esta parte no me voy a detener, como tampoco lo he hecho en la parte de las cartas a las siete iglesias. La presente obra se centra en las plagas. Y es que estos dos capítulos finales del Apocalipsis merecerían una obra entera dedicada a ellos.

Sólo mencionaré un detalle anecdótico, ¿por qué Stephen Langton, en el siglo XIII, puso 21 versículos en el capítulo final de la Biblia, que es el número 22? Le hubiera resultado muy fácil, facilísimo, por ejemplo, dividir el versículo 11, de manera que la Biblia hubiera acabado en el versículo 22 del capítulo 22. ¿Por qué no lo hizo?

En mi opinión, un hombre que como Langton tanto estudió la Biblia aprendió a ser sutil. La Escritura le enseñó a ello. Acabar la Biblia en Ap 22, 22 hubiera sido algo demasiado obvio y casi hasta burdo. Además, $2+2$ y $2+2 = 8$. Y el 8 es símbolo de la Resurrección de Cristo, simboliza el primer día de la nueva semana de la creación espiritual que principiaba al final del Evangelio. El número 8 convenía en un momento de inicio de algo, pero no como culminación de esa semana de destrucción que es el Libro del Apocalipsis. La Biblia, la Historia entre la semana de la Creación y la semana de la Destrucción.

Con toda razón (simbólica), consideró Langton que acabar la Biblia en Ap 22, 21 significaba el final de un ciclo: $2+2$ y $2+1=7$. Y el número 7 sí que indica plenitud, final. El domingo era el primer día de la semana de la nueva creación espiritual, semana comenzada con la Resurrección el octavo día. Ese octavo día se culminaba en la plenitud de un nuevo sabbath. Y éste definitivo.

La Humanidad y la Creación entera entraban en un sabbath definitivo. Alcanzando el Omega todo septenario acaba. Llegados al Omega que es el Trono del Cordero en medio de la Jerusalén celeste, todos los septenarios principiados en las Escrituras llegan a su descanso.

II parte

Temas esenciales

Ahora tras haber recorrido el apocalipsis con una pauta cronológica que nos ha ofrecido una visión general del Libro y de ese tiempo futuro, vamos a adentrarnos en cuestiones importantes cuyo estudio hubiera hecho perder esa visión de conjunto.



A estas alturas de la presente obra, sí que deseo hacer ciertas precisiones terminológicas que si las hubiera colocado al comienzo, hubieran sonado muy incomprensibles para muchos lectores.

En estas páginas se han usado como equivalentes expresiones tales como fin del mundo, fin de la Historia o fin de los tiempos. Últimamente algunos predicadores han comenzado a distinguir entre estos términos. Pero no veo nada conveniente emplear con nuevos significados las expresiones que siempre han sido utilizadas como conceptos de igual significado.

Otro aspecto a tener en cuenta es que resulta preferible referirse con términos bíblicos tanto al hablar del apocalipsis previo al Milenio, como a la Batalla de Gog previa a la Parusía. Ambos episodios son dos fines del mundo y dos culminaciones de la Historia. Pero en mi opinión es mejor llamar a la primera etapa “apocalipsis” (por cumplirse en él los tres septenarios) y a la segunda etapa “Batalla de Gog”, puesto que el texto joánico se refiere a él de un modo tan breve y sobrio.

A alguno podría parecerle que se puede hablar de un primer apocalipsis y de un segundo apocalipsis. Pero el contenido del Libro del Apocalipsis se refiere casi en su totalidad al fin del mundo previo al Milenio. De ahí que veo más adecuado llamar a esta etapa “apocalipsis” a secas.

Lo que ocurre antes del Milenio es ciertamente un fin del mundo. No se puede reservar en exclusiva esta expresión únicamente al tiempo previo a la Parusía. La etapa previa al milenio constituye realmente un fin del mundo previo. Este final será tan destructivo que el mundo requerirá de una “resurrección” para que la Humanidad pueda seguir viviendo en él.

Por último, volvamos a recordar a los lectores, que cuando me refiero al libro de san Juan, uso la mayúscula que se debe a todo título: Apocalipsis. Mientras que cuando me refiero a la etapa convulsa descrita en ese libro antes del milenio, escribo “apocalipsis” con minúscula.

Apocalipsis primario frente a microapocalipsis



Lectura romano imperial

Leído el Apocalipsis bajo los criterios simbólicos de las bestias de Daniel, leído bajo el lenguaje de las parábolas de los Evangelios, sin renunciar a su sentido primario que es profético, el texto joánico permite varias lecturas adicionales.

La primera es una lectura romano-imperial: el Apocalipsis entero está prefigurado en la primera etapa de la Iglesia bajo el Imperio Romano. El ciclo entero de los septenarios, las persecuciones, el hambre, la peste, las batallas y la victoria final se dieron en esa etapa fundacional de la Iglesia.

La batalla final del año 312 entre las fuerzas del Bien y del Mal, entre el pagano Majencio y el procristiano Constantino, sería coronada con la victoria de este último en el Puente Milvio. Una batalla que inauguró una nueva era. Se abusa de la palabra “nueva era” para usarla para cualquier cosa. Pero esa batalla sí que realmente hizo entrar a todo un imperio y las tierras más al norte, todo continente, en una nueva era.

Nueva época que se consumó cuando el emperador Teodosio, en el año 380, proclamó la religión cristiana como la oficial del Imperio. Desde ese momento tenemos con toda verdad el reinado de Cristo sobre el Imperio y después sobre toda Europa. Leído así

el texto, tendríamos la batalla final (la del Puente Milvio) como un pequeño Armagedón. Al que seguiría un reinado de más de mil años, hasta 1517, año en que Martín Lutero clava sus 95 tesis en la puerta de la iglesia del Palacio de Wittenberg

La Bestia del Imperio Romano y sus dioses-emperadores, los 1137 años de Cristiandad como milenio del reinado de Cristo, están descritos en las páginas del Apocalipsis. Sus coincidencias no son meras casualidades. Dios hizo que la realidad encajara con el texto, o mejor dicho que el texto encajara con la realidad. El Apocalipsis había profetizado un milenio de reinado y hubo, en efecto, 1137 años de ese reinado.

Ahora bien, aunque el Imperio y el Milenio son el cumplimiento del Apocalipsis, el texto joánico se refiere de forma primaria a un tiempo futuro todavía por venir. Allí sí que encajará todo a la perfección.

¿Por qué sabemos que el sentido primario no era el preterista? Porque varios detalles identificativos no se cumplen en ese periodo: el Evangelio no se había predicado en todo el mundo, no cayeron meteoritos, ni granizo con fuego, ni apareció una clara figura que indiscutidamente podamos identificar como el Anticristo (hubo muchos, pero no uno por antonomasia), ni hubo una Bestia clara con diez reyes sobre ella que llevara la guerra a todo el mundo, ni el agua se envenenó a nivel universal.

Más veces a lo largo de la Historia el Apocalipsis ha sido profecía para lo que ya ha sucedido. Pero ninguna de modo tan perfecto como en la sucesión del Milenio tras el Imperio. Qué impresionante simetría irrepetible hasta el final del mundo: el Imperio Romano sucedido por el Sacro Imperio Romano Germánico.

Sin embargo, sí que podemos leer los signos de los septenarios con una interpretación parcial de tipo espiritual: el Evangelio llegó a todos los confines del Imperio, cayeron como meteoritos los grandes astros del poder de la sociedad romana, el granizo con fuego es símbolo de los desastres naturales mezclados con la guerra, sí que hubo bestias que desolaron el Viejo Continente, etc, etc.

El sentido espiritual del texto se cumple en esa época y en casi todas. Pero los detalles identificativos (que son uno de los propósitos del libro y de ahí su meticulosidad descriptiva), los rasgos concretos y específicos, no se cumplen. En el siglo XIV, la Peste Negra fue una perfecta encarnación del cuarto jinete del Apocalipsis, sin embargo, no se dio ningún otro sello del septenario. En los emperadores romanos podemos ver, sin esfuerzo, las cabezas de la Bestia: pero, de ningún modo, fueron diez.

Si los 1137 años de cristiandad sí que son una prefiguración del milenio futuro, el III Reich alemán fue una prefiguración acabadísima del Anticristo y del jinete de la guerra recorriendo el mundo: la marca de la Bestia sería la esvástica, ese anticristo hizo descender fuego sobre las ciudades con sus bombardeos, los detalles podrían continuar. También encontraremos realidades políticas que son verdaderos reinados de anticristos: el régimen de Stalin, la persecución anticatólica en México desde 1924, o en el de los jemeres rojos en Camboya, por poner algunos ejemplos.

Otro ejemplo de una época que cumple muchos rasgos apocalípticos fue la Revolución Francesa, culminada por otro anticristo como Napoleón, que siempre iba montado en un caballo blanco, como el segundo jinete del Apocalipsis que es el vencedor que lleva la guerra a las naciones.

Todo régimen que intenta imponer otro calendario y otras fiestas, para borrar todo rastro de la religión en el Tiempo es un régimen del Mal. Una cosa es que haya gobernantes pecadores, y otra que esos gobernantes impongan por la fuerza lo contrario a Dios. Observemos que durante la Unión Soviética, de 1931 a 1940, rigió una semana de seis días. En los tiempos de la Revolución Francesa, desde 1793 a 1805 rigió un año en el que las semanas eran de diez días.

Lo importante era borrar todo rastro de Dios de la medida del tiempo, aboliendo todas las fiestas religiosas y sobre todo que fuera imposible guardar el día del Señor. Se buscaba un modo de organizar el calendario para que a la sociedad le resultase difícil saber qué día era el dedicado a Dios. La imposición de esos nuevos calendarios veremos que va unida a la ejecución de los ministros de Dios y la profanación de los templos. Todas estas nuevas sociedades afirmaban querer imponer la Razón en la sociedad, pero, en realidad, eran sin saberlo unos siervos de los planes de Satanás.

El resurgir alternativo de las bestias y de los oasis de paz

Otra lectura del Apocalipsis, lectura verdadera pero que no es su sentido primario, consiste en leer este libro como la Historia de la Iglesia a través de todos los siglos. Como si el Reino de Dios sobre la tierra se viera forzado una y otra vez a afrontar la misma lucha contra el Diablo a través de bestias que son vencidas, pero que vuelven a surgir del mar de los hombres. Bestias que son regímenes totalitarios, leviatanes, inmensas estructuras al servicio del infierno con poder para hacer del Mal la ley, con autoridad para encarcelar, torturar o matar al que no se someta a ese nuevo orden. Cuando el Mal, el Mal con mayúscula logra el perfecto dominio

sobre una sociedad, muchas veces no se sale de esa situación si no es a través de un Armagedón.

Estas lecturas preteristas no suponen una interpretación deformada del texto, sino que encajan en el modo en que se pueden leer las parábolas. Leer todo el Apocalipsis como una gran parábola es lícito. Su sentido primario es profético y realista. Pero no excluye esta otra lectura espiritual y preterista, sino que por su mismo lenguaje la acoge. El texto joánico siempre se podrá leer como un texto actual que se cumple en el presente. Se cumple en mayor o menor medida, porque no es lo mismo leer y meditar sus páginas en un poblado de Ruanda, sufriendo el genocidio de 1994, que leerlas en un pacífico pueblo de Iowa en 1950, con un largo periodo de paz y prosperidad por delante.

En la Historia de la Iglesia ha habido muchos pequeños apocalipsis, por ejemplo, la persecución de la Iglesia en la guerra civil española, persecución unida a la guerra y el hambre, a la que siguió una larga época de reinado del cristianismo. Pero qué duda cabe de que el tiempo de la Cristiandad destaca entre todos esos “pequeños reinados de Cristo” triunfadores tras una época de persecución.

Con todo lo dicho anteriormente, el esquema esencial de etapas me parece que ha quedado claro. Pero por si alguien le puede ser de utilidad, recapitulo todo unificándolo en un esquema:

1. Protolucha: persecuciones romanas
2. Cristiandad
3. Enfriamiento de la fe, retroceso de la Iglesia
4. Crecimiento progresivo de la hostilidad contra la Iglesia
(Tiempo presente)
5. Apocalipsis: los tres septenarios

6. Primera gran batalla: Armagedón
7. Reinado de mil años
8. Nuevo enfriamiento de la fe, nuevo retroceso de la Iglesia
9. Crecimiento progresivo de la hostilidad contra la Iglesia
10. Segunda gran batalla: Gog
11. Reinado definitivo

Es posible interpretar así toda la Historia desde Cristo como una sucesión de luchas con la Bestia seguidas de reinados de Cristo. Una lectura romano-imperial del Libro del Apocalipsis es muy interesante, porque no sólo tendríamos el texto de Juan, sino también los hechos de un apocalipsis en pequeño que ayudarían a entender el texto. La Historia se convertiría en criterio interpretativo del texto. El texto no sería como un meteorito caído del cielo, sino que iría acompañado de su interpretación.

El libro del Apocalipsis puede entenderse también como las profecías relativas al final de cada ser humano. Los septenarios se van cumpliendo, paso a paso, en la vejez, cuando todo va fallando, cuando todo se va derrumbando: las estrellas que antaño brillaron en nuestra vida caen, el sol pierde su brillo y hay una guerra sí, la guerra del cuerpo por seguir viviendo con normalidad; y, finalmente, por seguir viviendo. Las tinieblas envuelven a la persona en forma de debilitamiento de la vista, los terremotos son las piernas que tambalean o las caídas con graves consecuencias, lo que en otro tiempo fue una floreciente ciudad (el cuerpo) va convirtiéndose en una ruina.

Evidentemente, éste no es el sentido primario del texto. Los detalles revelan el propósito original de las profecías. Pero se podría buscar, versículo a versículo, un sentido espiritual en la vejez de la persona a cada trompeta, a cada sello, a cada copa.

Lectura levítica

En esta amplitud de lecturas, nosotros los eclesiásticos podemos leer el Apocalipsis como la gran advertencia de Dios hacia su cabeza, Roma, para que no se deje arrastrar por el pecado. Y que si lo hace, será castigada. Sus profecías pueden entenderse como profecías cuyos destinatarios son los eclesiásticos.

Por supuesto que los protestantes, en el pasado, han leído el texto joaneo con un sentido antipapal. El significado que le daban al texto era incorrecto por partir de presupuestos heterodoxos. Pero purgado de su sentido antieclesial, cabe leer el texto de un modo enteramente levítico.

No estoy diciendo con esto que el Papado, Roma, pueda corromperse en su esencia, en su sustancia sacra, en su núcleo protegido por la promesa de Jesucristo. Pero en todo lo demás sí que puede mancharse, desviarse y corromperse. En ese sentido, el Apocalipsis sí que admite una lectura católica. Es decir, se puede acoger el Libro como una advertencia a los nuevos levitas asentados sobre la Ciudad de las siete colinas, vestidos de púrpura, etc.

Muchos detalles que han señalado los protestantes constituyen una lectura verdadera que, sin duda, muchos Papas han leído como acusación profética de forma correcta a lo largo de los siglos hasta llegar a la rebelión protestante. Pensemos lo traumáticos que fueron los desórdenes del Siglo de Hierro, o los que llevaron al exilio de Avignon, o el mismo Saco de Roma. Esos tristes días, para los Papas y cardenales que leían en la soledad de sus aposentos o escuchaban en sus maitines los relatos de las copas de la ira, estos, sin duda, tomaban tenían un sentido completamente

personal. Como si las advertencias y la ira divina subsiguiente les tuviera a ellos como destinatarios.

Después de Lutero, al darle los protestantes una lectura antieclesial, se provocó que nadie, en el mundo católico, mencionara esa lectura levítica por considerarla inextricablemente unida a un sentido heterodoxo.

Pero cuántas veces los vestidos de púrpura, los nuevos príncipes romanos, los que han extendido el dominio del Reino sobre todos los pueblos, han abrazado doctrinas que no eran de Cristo sino los silbidos del Dragón. No todos ellos, por supuesto. Pero cuántas veces han sido numerosos los que han comerciado con la Babilonia espiritual. Ellos, precisamente ellos, colocados en puestos clave para el Reino de Dios, ellos que debían haberse convertido en otros cristos, han iniciado un proceso de transformación inversa, convirtiéndose algunos en antiapóstoles. Para aquellos eclesiásticos que no sólo no se han transformado en otros cristos, sino que se han metamorfoseado en personajes que han hecho lo contrario al mensaje de Cristo, las palabras del texto joánico tienen el sentido de un Jeremías que les acusa.

No es que en la Roma de la época del exilio de Aviñón hubiera mucho más pecado que en París o en Lisboa, o que la Roma renacentista de Julio II estuviera por debajo de la vida moral de Londres o Viena. Probablemente no. Pero a la ciudad de los Papas había que exigirle más. Por eso, sobre estos eclesiásticos mundanos sonaron las siete trompetas y recayó sobre ellos la ira divina en forma de muchas calamidades sobre la Urbe. Sin duda, sobre los antiapóstoles que han comerciado con la Gran Ramera han caído todas las plagas del libro, convirtiéndose para ellos las palabras de Apóstol en una gran advertencia divina primero, y en un libro de profecías cumplidas después.

A veces, los castigos no cayeron sobre algún eclesiástico, sino sobre todo un colegio cardenalicio con el Papa incluido. A veces, la misma ciudad corrompida, la ciudad papal, fue arrastrada al torbellino del pecado primero y al abismo de la guerra después.

La ciudad de las basílicas martiriales ha sido el escenario primario de la gran lucha entre el Dragón y los santos. Embellecida pero saqueada, reconstruida pero incendiada, regularmente santificada (por los héroes de la virtud) y regularmente corrompida (por pastores corruptos), ha sido testigo de lo mejor (con la lucha espiritual de los más virtuosos) y de lo peor (con las decisiones de nuevos judas).

El que los protestantes nos hayan echado en cara este libro no significa que el texto no albergue en su seno esa posibilidad de lectura, aunque debemos expurgarla del ánimo antieclesial con que se nos ha recordado todo esto desde Lutero. El plan de Dios para con Roma era grandioso. Un gran plan (verdaderamente divino) para la Roma que recorrieron los Apóstoles, para la Urbe que acogió sus sepulcros, para la ciudad santificada por la sangre de los mártires. Estaba llamada a ser una ciudad enteramente santa, no una ciudad más. Estaba llamada a mostrar por su virtud que era la nueva Jerusalén, la sede del Vicario de Cristo en la tierra. En el plan ideal del Altísimo, esa Urbe debería haberse convertido no en otra ciudad con los mismos prostíbulos, vanidades y mundanidad que las demás grandes ciudades, sino en el centro del culto del Pueblo de la Nueva Alianza.

Desgraciadamente, a pesar de confluir allí las oraciones de toda la Cristiandad, desde el Siglo de Hierro de la Iglesia hasta el Renacimiento, se convirtió muchas veces, demasiadas, en una cuna del vicio, en un lugar donde los nuevos clérigos, los novicios y los seminaristas podían aprender lo malo y hacerse insensibles a la voz de Jesús en el Evangelio. Una ciudad en la que se podía aprender

fácilmente a transformar la entrega en carrera eclesiástica, en un mero funcionariado. Probablemente, no hubo más pecado allí que en el resto de ciudades europeas. Pero tampoco podía convertirse en una ciudad más sin que Dios no hiciera nada. De manera que podemos aplicar a ella, de un modo enteramente católico, las invectivas de san Juan a Babilonia.

Las penalidades llegaron a la ciudad a través de emperadores alemanes que imponían antipapas y de las luchas de las familias romanas de la peor calaña que querían imponer a sus candidatos en cargos eclesiásticos que deberían haber sido puestos espirituales para individuos espirituales. El Gran Saco de Roma será la manifestación más grande de esa ira divina, también quizá la última. Comenzando algo después, desde la época tridentina, un lento y progresivo mejoramiento del clero. Y es que la corrupción moral de los pastores tiene tanta importancia (porque arrastrarán al resto del rebaño) que la lectura protestante del Apocalipsis no puede ser desestimada sin más: existe una lectura levítica del texto joaneo.

Lecturas correctas e incorrectas

Cabe la lectura levítica del texto joaneo, cabe entender la Peste Negra como un jinete que recorre una Europa babilónica, cabe ver un anticristo en Antioco Epifanes. Identificar los pequeños apocalipsis parciales, incompletos, en la Historia supone entender la Historia al modo de los profetas. Por muy provinciano que sea un determinado fin del mundo en una región, no dejan allí de cumplirse los textos sagrados.

Esta identificación interpretativa de sellos y jinetes, de trompetas y bestias, supone darse cuenta de que detrás de las causas humanas, políticas o económicas la verdadera raíz de los males está

en el alejamiento de Dios. Cabe la lectura personal del texto y también la lectura romano-papal, pero una cosa está clara, profundizar en el sentido primario nos lleva a afirmar con toda claridad que el Apocalipsis es una conmoción universal única, de una intensidad tal que destruye el mundo entero, dejando sólo supervivientes. El Apocalipsis es una sucesión de males humanos (por ejemplo, guerras), naturales (por ejemplo, la peste), cósmicos (por ejemplo, meteoritos que caen) y divinos (castigos enviados directamente por Dios, como el granizo mezclado con fuego) que suponen tal cataclismo sobre la Humanidad que cuando suceda nadie de los creyentes dudará de que se está viviendo el fin del mundo.

Esto excluye infinidad de interpretaciones erróneas que creen ver el Apocalipsis en pequeños eventos humanos: pequeños hechos políticos, pequeños conflictos, pequeñas anomalías celestes, etc. A lo largo de mi vida, me he encontrado a no pocas personas convencidas de estar viviendo ya el Apocalipsis por este tipo eventos negativos menores.

Cuando llegue el tiempo profetizado por san Juan, todos, creyentes y paganos, tendrán esa sensación de fin del mundo: unos estarán seguros, otros lo sospecharán. Hasta los más ateos tendrán la sensación de que es el fin de la Historia, de que no va a haber un “después” para la Humanidad. El libro sagrado final de la Biblia nos será dado no para llegar a esa conclusión, a la que todos habrán llegado por mero sentido común, sino para poder interpretar bien los hechos, para encontrar sentido a todo ese sufrimiento, para hallar en sus líneas consolación, para reafirmarnos en la esperanza.

Insisto, cuando la maquinaria del Apocalipsis, cuando los engranajes de los siete sellos se pongan en marcha, será algo claro y patente. Luego hay que desechar la interpretación apocalíptica de los eventos menores. Resulta aceptable (y hasta recomendable) la

interpretación apocalíptica espiritual. Pero siempre y cuando que distingamos entre el apocalipsis real (hecho único en la Historia) y los innumerables apocalipsis menores, sociales y personales.

Algunos sacerdotes, para combatir la mentalidad apocalíptica, lo que hacen, de hecho, es transmitir la idea a los fieles de que ese libro es peligroso, que es mejor olvidarlo. ¿Puede Dios haber puesto un libro en sus Escrituras con el deseo de que nos olvidemos de él? Podemos meditar tanto cuanto queramos ese libro, con tal de que lo hagamos bien. Podemos tener siempre presente sus enseñanzas y profecías, con tal de que no caigamos en lo que ha sido dado en llamar una mentalidad apocalíptica. La mentalidad de los que ven el comienzo del apocalipsis en cualquier suceso intrascendente y viven toda su vida asediados por el miedo, convencidos de que ya están a las puertas del fin del mundo. Esa lectura (frecuentemente aderezada con falsas revelaciones privadas) conduce a leer mal los hechos y lleva a vivir con temor.

Es correcto leer el desenvolvimiento de la Revolución Roja y el desarrollo de la posterior Bestia que fue la Unión Soviética bajo la luz que dan los capítulos del Apocalipsis. Vale lo mismo para la Guerra de Vietnam. ¿No fue la Guerra de Vietnam como una actualización del Apocalipsis con todas sus plagas en un lugar concreto del mundo durante un tiempo limitado? Sin duda, sí. En ese sentido, tiene un gran sentido teológico el título de la famosa película: *Apocalipsis now*. Sí, ahora mismo, mientras escribo estas líneas, hay lugares del mundo donde se viven los capítulos del Apocalipsis, donde se verifican sus profecías. Ahora mismo hay lugares del mundo, donde sus atribulados moradores tratan de malvivir en una tierra recorrida, de tanto en tanto, por los jinetes del Apocalipsis. Hay pequeñas regiones del mundo sometidas a la miseria, al SIDA y a la opresión de bandas de señores de la guerra, para cuyos habitantes, si ahora empezara el fin del mundo, sus vidas no cambiarían mucho.

Frente a estos apocalipsis localizados, hay momentos del pasado que son verdaderas prefiguraciones con mayúscula del Apocalipsis. Lo mismo que los judíos del siglo III o II a.C. esperaban la venida del Mesías y la posterior época mesiánica leyendo a los profetas, también nosotros, los creyentes, esperamos advertidos la venida, la manifestación, del Hijo de la Iniquidad que inaugurará una época de oscuridad. También esto forma parte del cristianismo, no son locuras de una secta. En Cristo se ha manifestado, el amor de Dios. En el Anticristo se manifestará el odio de Satanás.

Los cuatro principales apocalipsis bíblicos



Podríamos decir que del mismo modo que hay cuatro Evangelios, también hay cuatro apocalipsis en la Biblia. En esta afirmación, dejo aparte referencias menores en algunos profetas o lecturas apocalípticas de libros enteros, como el primer libro de Macabeos. Permítaseme hacer algunas reflexiones más acerca de los cuatro grandes apocalipsis de la Biblia, reflexiones sumarías en el caso del Apocalipsis Sinóptico y del Joaneo, por haber tratado de ellos ya abundantemente.

En esta sección, no he colocado los libros en un orden cronológico por fecha de composición. He seguido, más bien, el orden en que unos libros iluminan a otros. El Apocalipsis Sinóptico aparece extendido en el texto joánico. Y el texto joánico lleva a su vez a leer de nuevo al profeta Daniel. Y una vez leídos a todos estos, releemos de otra manera los textos de Moisés acerca de las plagas de Egipto.

El Apocalipsis Sinóptico

Todo está dicho en los sinópticos de un modo resumido, sintético pero completo. El Apocalipsis Sinóptico ilumina el modo de interpretar el Apocalipsis Joánico. Y el texto de san Juan amplía

las palabras de los sinópticos. Jesús no dijo más cosas a los Doce, porque sabía que Él mismo diría más a través de Juan más adelante. Pero las palabras tan diáfanas de los sinópticos dan el criterio con el que deben ser entendidas las imágenes del texto joánico.

Quiero dejar constancia de que en el momento de la Crucifixión tiene lugar un microapocalipsis, un apocalipsis reducido a su mínima expresión, pero en el que hay un terremoto, se oscurece el sol, resucitan los muertos. El sanedrín se convirtió en Bestia que persigue. El milenio estaría simbolizado por la Resurrección, con un silencio de media hora previo entre la sepultura y la mañana del domingo.

El Apocalipsis Joánico

El último libro de la Biblia es dado a los hombres para profundizar, abundar y confortar, para lo cual resulta completamente necesario extenderse y entrar en el detalle. El texto joánico no es una vana resolución de curiosidades. La teología que se despliega en él precisaba de esa extensión. Este libro profundiza en ciertos aspectos de la teología del Nuevo Testamento, abunda en más signos y, por tanto, confortará a los últimos cristianos antes del milenio.

San Juan acompañado del resto de los Doce escuchó de la misma boca de Jesús su explicación del fin del mundo. San Juan recibirá de Jesús el último desvelamiento acerca de esa época postrera: Jesús habla a través de san Juan. El Apóstol en un momento dado escuchó; en otro momento, vio. La visión explicita las palabras; su Fuente es única.

El Apocalipsis de Daniel

El texto de San Juan conduce ineludiblemente a los textos de Daniel, porque el texto de San Juan señala al texto de ese profeta de forma inequívoca. Primero al hablar san Juan de las dos bestias. Pues usa unas imágenes que recuerdan en todo a las cuatro bestias de las que habla el profeta Daniel. El apóstol también usará la imagen ofrecida por el profeta de los diez cuernos para referirse a los gobernantes de la cuarta bestia. Sea dicho de paso, la tercera bestia de Daniel contaba con cuatro cabezas.

La imagen de los cuernos es muy interesante, porque en el Libro de Enoc se usa esa imagen también.

En una larga visión histórica del primer libro de Enoc, los israelitas están simbolizados por ovejas, los reyes como Saul y David están elevados a la dignidad de carneros (1 Enoc 28, 42) y los Macabeos son designados como cuernos que crecen en los corderos, mientras uno de los corderos es honrado con un gran cuerno (90, 9; así se designa tanto a Juan Hircano, a Judas Macabeo o al Mesías)².

Voy a colocar una selección de pasajes de Daniel relevantes para iluminar el texto joánico. Sólo una selección, porque los versículos concomitantes con Juan son muchos. Uno tiene la sensación de que Daniel fue puesto para abundar en algunos trechos de Juan:

Él habló así: La cuarta bestia será un cuarto reino que habrá en la tierra diferente de todos los reinos. Devorará toda la tierra, la aplastará y la pulverizará. Y los diez cuernos: de este reino saldrán diez reyes (Daniel 7, 23-24).

Observamos con toda claridad que las bestias son reinos, se dice de forma expresa. De un cuerno (es decir, de un rey) se dice que: *Tratará de cambiar las fiestas y la ley* (Dan 7, 25) y que los santos le quedarán sometidos durante tres años y medio.

² Pierre Prigent, *Commentary on the Apocalypse of St. John*, Mohr Siebeck, 2004 Tubinga, pg 250.

Después de las cuatro bestias, se habla de un carnero que tenía dos cuernos: *El carnero embestía contra el oeste, el norte y el sur* (Dan 8, 4). El paralelismo con el carnero maligno del Apocalipsis resulta evidente. Un detalle del carnero descrito por Daniel es que la única dirección contra la que no embiste es contra el Este, luego es un Estado que procede del este. Posteriormente se dice que hay una lucha entre el carnero de occidente y el de oriente, y el de oriente es vencido (Dan 8, 7). Después el profeta describe el poder de este carnero vencedor.

El carnero de Occidente también es maligno, porque *abolió el sacrificio perpetuo y sacudió el cimiento de su santuario* (Dan 8, 12). En este hecho se ha visto la prohibición de celebrar misa. En Dan 8, 14 se revela que esta cesación del sacrificio del santuario durará 2.300 días. *Entiende que la visión se refiere al tiempo del fin* (Dan 8, 17).

Tras ello, se ofrece la interpretación de qué son los dos carneros:

El carnero que has visto, sus dos cuernos, son los reyes de medos y los persas. El macho cabrío velludo es el rey de Grecia (Dan 8, 20).

Al final, después de esa lucha el rey vencedor predomina y no es bueno:

Surgirá un rey de apariencia fiera, un maestro de la intriga. Llegará a ser muy fuerte, pero no por su propio poder. Causará admirable devastación y tendrá éxito en cualquier cosa que haga. Destruirá a los que son poderosos, al pueblo de los santos (...). Destruirá a muchos y se levantará contra el Príncipe de los príncipes. Sin embargo, será destruido, pero por una mano de fuera (Dan 8, 23-25).

Y se vuelve a reiterar un detalle (las reiteraciones no son ociosas), que la prohibición del sacrificio (la misa) en todo el territorio de ese reino maligno durará 2.300 tardes y mañanas:

La visión de las tardes y mañanas que se te ha dado es verdadera, pero séllala, porque concierne al futuro distante (Dan 8, 26).

Y vuelve a insistir, otra vez, en este detalle:

A mitad de la semana pondrá fin al sacrificio y la ofrenda. Y en el extremo [del Templo] colocará la abominación que causa desolación (Dan 9, 27).

Leemos a Daniel como el autor que completa el texto joánico, no por deducción, sino porque así nos lo ha indicado nuestro maestro Jesús:

Cuando veáis la abominación de la desolación de la que ha hablado Daniel el profeta estando en el lugar santo, el que lee que entienda, entonces aquellos que estén en Judea que huyan a las montañas (Mt 24, 15-16).

La caída de Jerusalén es tipo del fin del mundo. Entonces Jesús les dijo que huyeran, porque eran los habitantes de Judea los que iban a ser o matados o esclavizados. El problema es que en el fin del mundo, no habrá lugar adonde escapar, porque el Mal será global y por eso el castigo será global.

Aun así, los cristianos de ese tiempo podrán valorar si hay algún lugar donde puedan esperar el fin del mundo de un modo más tranquilo y sereno. A sabiendas de que las copas de la ira caerán sobre toda la tierra y ningún lugar se librará. Pero no será lo mismo tener que padecer todas las plagas en el vórtice del huracán, que en una periferia rural. También hasta los lugares rurales y alejados, carentes de toda importancia llegará el castigo. Pero lógicamente en la sede donde tienen su asiento las cabezas de la Bestia, será peor.

Hay que intentar huir del lugar donde la Bestia tiene su trono y de la ciudad que es la Gran Babilonia, ambos lugares pueden ser el mismo. Pero hay si uno decide huir de un sitio que revista cierta capitalidad, debe hacerlo resignado al hecho de que no habrá lugar seguro que esté exento de los males bíblicos que van a recaer sobre la tierra.

Resulta interesante observar que el reino de Antioco Epifanes es tipo del reino del Anticristo. Con lo cual el estudio de ese reino y sus sucesos y etapas conforman una lección que pueden esclarecer el antitipo expresado en el texto joaneo. Hay una gran insistencia en la abolición del sacrificio en ese libro macabeo que, de esta manera, pasa a ser un rasgo identificativo para el futuro:

Fuerzas enviadas por él [Antioco Epifanes] ocuparán y profanarán el Templo y la fortaleza. Abolirán la ofrenda habitual quemada el sacrificio permanente e instalarán la abominación que causa desolación (Dan 11, 31).

Desde la primera vez que medité ese texto, no he podido dejar de pensar que ese templo al que se refiere de forma profética es la Basílica de San Pedro del Vaticano. Por supuesto que es un pensamiento totalmente personal y que puedo estar equivocado. Pero es el único templo de la Iglesia Católica en el que confluyen todos los templos. La cabeza de la Iglesia tiene una cierta característica de centro. Si hay una persecución generalizada contra la Iglesia, parece razonable pensar que ese “templo central” sea ocupado por el Anticristo. Pero, como ya he dicho antes, no descarto que se refiera al templo hierosolimitano reconstruido.

Las Escrituras son muy poco dadas a revelar plazos temporales. Pero el Pueblo Santo sufrirá tanto que, en este caso, Dios revela el tiempo que durará la culminación de la tribulación, la cima de las tribulaciones:

El Hombre vestido de lino (...) [juró] que sería por un tiempo, dos tiempos y la mitad de un tiempo, que el aplastamiento del poder del Pueblo Santo llegaría a un final (Dan 12, 7).

Es decir, siguiendo el tenor del libro, se afirma por segunda vez (Dan 7, 25) que al cabo de tres años y medio esta persecución llegaría a su fin. Más adelante, en ese mismo libro, se va a revelar cómo interpretar la expresión *un tiempo*. Pero, aunque no lo hubiera hecho, todo el mundo al leer estos versículos presupone de

un modo natural que *un tiempo* es un año. Si no fuera así, no tendríamos ni idea de a qué unidad temporal se refiere. Y si el autor se expresa con esa referencia es porque quiere consolar a esa generación revelándoles cuánto van a durar sus tribulaciones. Lo cual no se lograría si la unidad de tiempo fuera desconocida. Así que, en este caso, la lectura más sencilla y natural pasa a ser la verdadera. Este deseo de consolar, revelando el tiempo que durará la persecución está muy claro, porque más adelante se dice:

Desde el tiempo que la ofrenda habitual quemada sea quitada y colocada la abominación que causa desolación, habrá 1.290 días (Dan 12, 11).

Esa cifra da tres años y medio. Este versículo es muy interesante, porque primero se nos ofrece un símbolo (el de los tiempos) y después se nos revela qué significa. Luego podemos proceder del mismo modo interpretando todo el resto de símbolos de este libro. En este sentido, comprobamos que la Biblia nos enseña a leer la Biblia. Un versículo ilumina otro versículo, un libro de la Biblia ilumina otro. San Juan ilumina a Daniel, y viceversa.

Obsérvese que el hecho central, totalmente blasfemo, de la Abominación de la Desolación irá unido a este otro hecho: la misa dejará de celebrarse. Se prohibirá la misa en buena parte de la Tierra. Pero unido a ese hecho tan triste, se les ofrece un consuelo a los perseguidos: quedarán 1290 días hasta el Día de la Ira de Dios en que el Señor dirá *¡Basta!* de un modo definitivo. En lo peor de la tormenta, se les revela cuánto va a durar la tormenta.

Daniel continúa dando esta última profecía para acabar sus textos sobre lo que ocurrirá al final:

Qué bendito será el que continúa aguardando y llega a los 1.335 días (Dan 12, 11).

Da la sensación de que a los tres años y medio acaba la persecución, pero que 45 días después viene ya no sólo la paz, sino algo mayor, algo mejor. Ya he dicho antes, en su lugar, que en esto

veo anunciada una especie de resurrección de la tierra. Afirmino tal cosa, porque la destrucción que sobre el planeta habrá acarreado el ciclo de las siete trompetas será tal, que será precisa una intervención directa divina para reconstruir la vida sobre la tierra. Pero si dice Daniel que será bendito el que llegue a vivir 45 días más, probablemente lo afirma porque muchos morirán en ese plazo de tiempo a causa del hambre, la contaminación y las enfermedades.

El Apocalipsis mosaico

En cierto modo, ya todo sucedió en Egipto. El apocalipsis completo, a escala limitada, tuvo lugar en el Reino de los Faraones en la época de Moisés. Las plagas que caen sobre la civilización del Nilo son un tipo de las plagas del Apocalipsis. Diez veces Dios golpea esas tierras. Uso ese verbo “golpear”, porque en Egipto no se habla de trompetas, sellos o copas (y ya vimos que tales conceptos tienen una teología detrás), sino que es el verbo “golpear” el que más se repite.

El cayado de Moisés golpea la tierra, como símbolo de Dios que golpea. La misma Escritura corrobora la impresión que debió ofrecer esa imagen: *Yahveh golpeó el Río* (Ex 7, 25). Dios habla de poner su mano sobre ese reino: *Pero Yo pondré mi mano sobre Egipto y sacaré de la tierra de Egipto (...) a mi pueblo, (...) a fuerza de duros castigos* (Ex 7, 4). En tres plagas, Moisés se limita a extender su mano sujetando el cayado hacia el cielo o los canales. En la sexta plaga, curiosamente, Moisés toma *dos puñados llenos de hollín de horno* (Ex 9, 8), los echa al aire y tal acción origina *úlceras que segregan pus*.

Este apocalipsis progresivo sobre toda una civilización se produjo al ritmo de diez plagas:

1. Las aguas se convierten en sangre

Yahveh dijo a Moisés: Di a Aarón: Toma tu cayado, y extiende tu mano sobre las aguas de Egipto, sobre sus canales, sobre sus ríos, sobre sus lagunas y sobre todos sus depósitos de agua. Se convertirán en sangre; y habrá sangre en toda la tierra de Egipto, hasta en los árboles y las piedras (Ex 7, 19).

2. La infestación de ranas

Si te niegas a dejarle partir infestaré de ranas todo tu país. El Río bullirá de ranas, que subirán y entrarán en tu casa, en tu dormitorio y en tu lecho, en las casas de tus servidores y en tu pueblo, en tus hornos y en tus artesas (Ex 7, 27-28).

3. Los mosquitos

Aarón extendió su mano con el cayado y golpeó el polvo de la tierra; y hubo mosquitos sobre los hombres y sobre los ganados. Todo el polvo de la tierra se convirtió en mosquitos sobre todo el país de Egipto (Ex 8, 13).

4. Los tábanos

Si no dejas salir a mi pueblo, mira que voy a enviar tábanos contra ti, contra tus siervos, tu pueblo y tus casas, de manera que las casas de los egipcios y hasta el suelo sobre el cual están se llenarán de tábanos. Pero exceptuaré ese día la región de Gosen, donde está mi pueblo, para que no haya allí tábanos, a fin de que sepas que yo soy Yahveh en medio de la tierra (Ex 8, 17-18).

5. La peste sobre el ganado

La Mano de Yahveh caerá sobre tus ganados del campo, sobre los caballos, sobre los asnos, sobre los camellos, sobre las vacadas y sobre las ovejas; habrá una grandísima peste. Pero Yahveh hará distinción entre el ganado de Israel y el ganado de los egipcios, de modo que nada perecerá de lo perteneciente a Israel (Ex 9, 3-4).

6. Las úlceras

Dijo Yahveh a Moisés y a Aarón: Tomad dos grandes puñados de hollín de horno, y que Moisés lo lance hacia el cielo, en presencia de Faraón. Se convertirá en polvo fino sobre todo el territorio de Egipto, y formará erupciones pustulosas, en hombres y ganados, por toda la tierra de Egipto (Ex 9, 8-9).

7. El granizo

Pues mira que mañana, a esta hora, haré llover una granizada tan fuerte, como no hubo otra en Egipto desde el día en que fue fundado hasta el presente. Ahora, pues, manda poner a salvo tu ganado y cuanto tienes en el campo; porque el granizo descargará sobre todos los hombres y animales que se hallan en el campo, y cuantos no se hayan recogido bajo techumbre perecerán (Ex 9, 18-19).

8. Las langostas

La langosta invadió todo el país de Egipto, y se posó en todo el territorio egipcio, en cantidad tan grande como nunca había habido antes tal plaga de langosta ni la habría después. Cubrieron toda la superficie del país hasta oscurecer la tierra; devoraron toda la hierba del país y todos los frutos de los árboles que el granizo había dejado; no quedó nada verde ni en los árboles ni en las hierbas del campo en toda la tierra de Egipto (Ex 10, 14-15).

9. Las densas tinieblas

Yahveh dijo a Moisés: «Extiende tu mano hacia el cielo, y haya sobre la tierra de Egipto tinieblas que puedan palparse.» Extendió, pues, Moisés su mano hacia el cielo, y hubo por tres días densas tinieblas en todo el país de Egipto. No se veían unos a otros, y nadie se levantó de su sitio por espacio de tres días, mientras que todos los israelitas tenían luz en sus moradas (Ex 10, 21-23).

10. La muerte de los primogénitos

Moisés dijo: Así dice Yahveh: hacia media noche pasará yo a través de Egipto; y morirá en el país de Egipto todo primogénito, desde el primogénito de Faraón que se sienta en su trono hasta el primogénito de la esclava encargada de moler, así como todo primer nacido del ganado. Y se elevará en todo el país de Egipto un alarido tan grande como nunca lo hubo, ni lo habrá (Ex 11, 4-6).

En la séptima plaga del granizo, se mencionan dos detalles que muestran concomitancia con el texto joaneo. En Ex 9, 24 se habla, además, de los rayos: *El granizo y los rayos mezclados con el granizo cayeron con fuerza tan extraordinaria que nunca hubo semejante en toda la tierra de Egipto desde que comenzó a ser nación*. Y en Ex 9, 25 se habla la destrucción de la vegetación: *El granizo machacó también toda la hierba del campo, y quebró todos los árboles del campo* (Ex 9, 24-25).

El por qué de todas estas catástrofes nos lo explica el mismo Dios antes de la séptima plaga:

Esta vez voy a enviar todas mis plagas sobre ti, sobre tus siervos y sobre tu pueblo para que sepas que no hay como Yo en toda la tierra. Si Yo hubiera extendido mi mano y te hubiera herido a ti y a tu pueblo con peste, **ya habrías desaparecido de la tierra**; pero te he dejado con vida, **para hacerte ver mi poder**, y para que sea celebrado mi nombre sobre toda la tierra." Ex 9, 14-16

Es decir, la progresividad tiene razón de ser en dar tiempo a los hombres para comprender, comprender al ser testigos del poder de Dios. Por eso el apocalipsis que pondrá fin al mundo no puede deberse sólo a razones humanas como la guerra atómica, que de por sí bastaría para acabar con la Humanidad. Sólo un apocalipsis de intensidad creciente y con elementos no naturales tendrá capacidad para abrir los ojos de una Humanidad alejada de Dios.

¿Por qué diez plagas frente a tres septenarios? En mi opinión, el número 10 posee una relación simbólica con los diez Mandamientos. Ciertamente que la cuestión del número de Mandamientos, en las dos veces que aparecen mencionadas en Éxodo y Deuteronomio, merecería un largo análisis. Pero aquí baste decir que, en la tradición judía, los mandatos divinos de las dos tablas fueron siempre conocidos como las *Diez Palabras*.

De ahí que la correlación numérica surge de forma natural: diez plagas porque se han quebrantado los diez Mandamientos de la Ley de Dios. Mientras que tres septenarios forman el número 21. Son 21 las acciones divinas, porque $2+1=3$: y eso simboliza la Santísima Trinidad. El Dios Uno que revela los Mandamientos tras diez plagas, se manifestará como el Dios del cristianismo al ofrecer dos visiones visibles ante los ojos de toda la Humanidad en el fin del mundo. ¿Qué visiones son estas?: La cruz de Cristo y la Virgen María.

Otra interpretación se refiere a la intensidad de esas dos épocas de castigos bíblicos: si diez fueron las plagas de Egipto, veintiuna serán las fases del castigo final. Por decirlo con un lenguaje bíblico: si diez fueron las plagas sobre el mundo del Nilo, al mundo del fin de los tiempos las plagas se le duplicarán y aún se le añadirá una más.

Aunque no se mencione en el texto joaneo, Jesús había dicho al hablar de estos tiempos finales: *Entonces el signo del Hijo del Hombre aparecerá en el cielo y todas las tribus de la tierra se lamentarán* (Mt 24, 30). Eso algunos autores lo han interpretado como que será visible una cruz en el cielo. Recuérdese también que en el tiempo de la séptima trompeta (Ap 11, 19), pasaje ya analizado en esta obra, he expresado mi opinión de que se verá el Arca de la Alianza que es la Virgen María.

Estas visiones no considero que se verán a la vez en todas partes del mundo por un milagro, sino que aparecerán en un solo lugar del cielo. Y serán los medios de comunicación los que difundirán la inexplicable noticia. Y así todos podrán comprobar el carácter milagroso de estos signos en el cielo, algo que los ateos se verán impotentes para explicar.

El Apocalipsis de Joel



El profeta Joel tiene numerosos pasajes (casi todos se concentran en el capítulo 2) que siempre se leen, con razón, en su sentido espiritual, pero que encajan asimismo en una lectura literal para estos últimos tiempos. Por ejemplo, el profeta escribió:

¡Tocad el cuerno en Sión, clamad en mi monte santo! ¡Tiemblen todos los habitantes del país, porque llega el Día de Yahveh, porque está cerca! ¡Día de tinieblas y de oscuridad, día de nublado y densa niebla! (Joel 2, 1-2a).

Es difícil no recordar en estas palabras una de las copas de la ira de Dios del fin de los tiempos: *El quinto derramó su copa sobre el trono de la Bestia, y quedó su reino en tinieblas* (Ap 16, 10).

Joel también nos habla de las anomalías en el cielo de las que habló Jesús:

¡Ante él tiembla la tierra, se estremecen los cielos, el sol y la luna se oscurecen, y las estrellas retraen su fulgor! (Joel 2, 10).

Estos eventos celestes los repite una segunda vez en sus páginas. Y las reiteraciones siempre tienen un propósito en la Biblia: recalcar algo. Son un modo de subrayar, de indicar que algo es importante. La reiteración de este signo se repite en este versículo:

El sol y la luna se oscurecen y las estrellas pierden su brillo. Yahvéh ruge desde Sión (Joel 4, 15)

Joel sigue ofreciéndonos su visión para el futuro con un pasaje que encaja perfectamente en la descripción de los ejércitos congregados para el día del Armagedón:

Como la aurora sobre los montes se despliega un pueblo numeroso y fuerte, como jamás hubo otro, ni lo habrá después de él en años de generación en generación. Delante de él devora el fuego, detrás de él la llama abrasa. Como un jardín de Edén era delante de él la tierra, detrás de él, un desierto desolado. ¡No hay escape ante él! (Joel 2, 2b-3).

Este pasaje no se refiere a los ejércitos victoriosos de la Bestia avanzando tras el toque de la segunda trompeta. Sino que veo claro que se refiere al momento concreto del Armagedón, porque afirma que como ese ejército *jamás hubo otro ni lo habrá*.

A eso Joel añade el detalle de la destrucción del mundo a través del fuego (la guerra atómica): *Delante de él devora el fuego, detrás de él la llama abrasa*. También habla que después de ese día terrible como ninguno, la Tierra quedará desolada: *Como un jardín de Edén era delante de él la tierra, detrás de él, un desierto desolado*.

Por todo esto, ese *Día de Yahveh* que se va acercando del que habla Joel sería el Día de la Ira de Dios.

Ya da Yahveh la voz delante de su ejército, porque sus batallones son inmensos, porque es fuerte el ejecutor de su palabra, porque es grande el Día de Yahveh, y muy terrible: ¿quién lo soportará? (Joel 2, 11).

Y nos da otra enseñanza: *No hay escape ante él* (Joe 2, 3). Así como Jesús advirtió a sus discípulos de que huyeran de Judea en cuanto vieran que las legiones romanas se aproximaban, Dios no nos da ese consejo para el Apocalipsis: no habrá donde huir, porque el castigo será global. No importa si uno se refugia en el interior de una región selvática del Amazonas o en lo más profundo de un desierto de Australia o se retira a una isla sin importancia en un lugar del Pacífico: el apocalipsis alcanzará a todo el planeta. Pero

en toda guerra siempre es preferible estar en un lugar aislado y lejano de los centros de poder o de urbes que se puedan sumir en el saqueo y los tumultos. Pero plagas tales como la contaminación de las aguas dulces o la destrucción de la vegetación, por poner dos ejemplos, se repartirán por todas partes del planeta. Aun así, mejor será estar en un ambiente rural, pero lejano a toda ciudad. Porque en una situación de hambruna generalizada el bandolerismo no podrá ser contenido por ningún poder central.

En el Apocalipsis, sólo se nos advierte del mal. No se nos dice ningún lugar donde vayamos a estar seguros. No se nos revela ninguna región que vaya a ser preservada. Únicamente se nos aconseja huir de la Gran Babilonia: *Salid de ella, pueblo mío, no sea que os hagáis cómplices de sus pecados y os alcancen sus plagas* (Ap 18 4). Es decir, aunque el castigo es global y alcanzará a toda la Humanidad, las plagas se concentrarán en esa ciudad de iniquidad. Será preferible vivir el fin del mundo en el campo o, al menos, en una ciudad más pequeña, pero será preferible evitar los lugares donde se dé mayor concentración de pecado, y especialmente la que entonces será la gran capital del pecado.

Aunque hay que advertir que, en cierto modo, la Gran Babilonia es toda una civilización. El mundo se ha transformado en una aldea global. Aun así, pienso que habrá una ciudad que es la que responde a esa denominación. Y así se dice: *El quinto ángel derramó su copa sobre el trono de la bestia* (Ap 16, 10). Es decir, aunque la Humanidad se habrá lanzado a la iniquidad y la perversión, las referencias a una ciudad concreta son indudables. Y es esa ciudad la que es preferible evitar, cuando comience el ritmo destructivo de las trompetas. Los paganos pensarán que los males que están sufriendo son una mala racha que va a pasar: todo volverá a la normalidad, se repetirán tranquilizándose. Pero los cristianos sabrán que todo irá a peor, porque así está profetizado.

Podemos esperar que muchos justos sean preservados para la construcción de la nueva sociedad tras el Apocalipsis. Pero durante la guerra, el hambre y todas las plagas morirán muchísimos cristianos óptimos. Porque cuando llueve, lo hace sobre justos e injustos. *Para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos* (Mt 5, 45).

Hay pasajes de Joel que pueden ser aplicados a los días de la Abominación de la Desolación o a la conquista de Jerusalén por Nabucodonosor. Valga como ejemplo cuando dice: *Ofrenda y libación han cesado en el templo de Yahvéh* (Joel 1, 9). La posibilidad de la doble interpretación preterista o profética no es un defecto del texto, porque aquella toma babilónica de Jerusalén en el 586 a.C. o la romana del 70 fueron prefiguraciones del fin del mundo.

Y así cuando el profeta dice:

Meted la hoz porque está madura, venid a pisar que el lagar está lleno y las tinajas rebosan, tantos son sus delitos (Joel 4, 13-14).

Se puede aplicar a ese momento babilónico y al romano, pero no podemos menos que recordar el eco de estos otros pasajes del Libro del Apocalipsis:

Y el que estaba sentado en la nube metió su hoz en la tierra y quedó segada la tierra (Ap 14, 16).

Y el lagar fue pisado fuera de la ciudad, y del lagar salió sangre que subió hasta los frenos de los caballos por una distancia como de trescientos veinte kilómetros. (Ap 14, 20)

El Anticristo y el Templo de Dios



El patio fuera del Santuario (...) ha sido entregado a los gentiles, que pisotearán la ciudad santa cuarenta y dos meses (Ap 11, 2).

¿A qué Templo se está refiriendo? El texto habla con expresiones singulares, como si existiera uno solo. Esto es natural para un individuo judío como el apóstol: un solo Dios, un solo Templo. Pero siempre deseché la idea de que se refiera al Templo de Jerusalén. Porque, aunque san Juan escribiese su libro antes del año 70, ya sabía (por la profecía de Jesús) que de él no iba a quedar piedra sobre piedra. Pero ahora ya no estoy tan seguro de poder desechar tal posibilidad.

Sea como sea, hay tres posibilidades de interpretación:

1. que se refiera al templo espiritual que es la Iglesia
2. que se refiera al Templo de Jerusalén reconstruido
3. que se refiera al templo que sea centro del cristianismo: ¿la basílica vaticana?

La primera opción no me convence como sentido primario. Las referencias del libro son demasiado físicas. El tiempo y el lugar se determinan con una voluntad claramente identificativa. La segunda opción no me satisface, pero no puede ser descartada. No me satisface, porque es poco creíble que una fuerza invasora de un Estado (como es el actual Israel) únicamente ocupase el atrio y no llegase hasta el final en su deseo de desecración. Si un Estado decide invadir otra nación por motivos religiosos, ya puestos, se

invade su lugar más santo; uno no se quedaría a sus puertas. Aun así, insisto, esta segunda opción no es descartable.

La tercera opción, durante muchos años, es la que me ha parecido la más segura. Pues para san Juan el Templo Hierosolimitano era una realidad ya condenada a la destrucción. En las circunstancias en las que fue escrito el Apocalipsis, no estoy seguro de que san Juan pensase en una restauración del Templo, con todo lo que eso conlleva teológicamente. Aunque reconozco que esto tampoco es un argumento que pruebe nada, porque el apóstol pudo tener una visión, sin que se le revelase si era el Templo reconstruido o la basílica vaticana.

Ambas opciones son posibles. Yo, durante mucho tiempo, cuando leía este pasaje, lo interpretaba como el templo central del Pueblo de la Nueva Alianza. Pero esta interpretación también conlleva un problema: probablemente a ninguno de los doce apóstoles se le ocurrió que iba a existir templo material alguno en el culto de la Nueva Alianza. Veían la nueva fe como una religión espiritual. Por lo tanto, si por un lado un templo iba a desaparecer (o ya lo había hecho), y por otro lado no se les había ocurrido que la nueva fe iba a edificar templos materiales, ¿a qué Templo se refiere en este pasaje?

Como ya lo he dicho, por mucho tiempo di por supuesto que el Apocalipsis estaba significando con esos textos la basílica vaticana. La cual, además, tiene un atrio. En ese caso sí que resultaría creíble que los gobernantes de la Bestia hollasen el patio, es decir, la plaza enmarcada por la columnata de Bernini, pero sin atreverse, en un primer momento, a entrar en la basílica. Sería un acto que dejaría claro su desprecio por el Estado Vaticano, pero sin querer meterse, por el momento, en más problemas con la opinión pública.

Mientras que si el Templo de Jerusalén fuese reconstruido por tercera vez (sería el cuarto templo), en el caso de que un régimen antirreligioso invadiese el Estado de Israel, ¿para qué quedarse a las puertas del santuario? En un caso, el primero, estamos hablando de una muestra de desprecio, tiene lógica sólo hacer eso y no ir más allá. En el segundo caso, estamos hablando de una verdadera y auténtica invasión armada, no parece lógico hacer las cosas a la mitad si el gobernante invasor tiene un propósito auténticamente blasfemo.

Ahora bien, ya no tengo clara la preeminencia de la tercera interpretación (la vaticana) frente a la segunda (la hierosolimitana). Porque los dos testigos, que constituyen la continuación inmediata de ese texto relativo al Templo, predicán indudablemente en Jerusalén: estos dos testigos *pisarán la Ciudad Santa cuarenta y dos meses* (Ap 11, 2). Y cuando mueren se asevera: *Y sus cadáveres, en la plaza de la gran ciudad, que simbólicamente se llama Sodoma o Egipto, allí donde también su Señor fue crucificado* (Ap 11, 8).

O sea, no hay ninguna duda de que esa ciudad en la que predicán y mueren es Jerusalén, y las referencias al Templo están justo delante de su ministerio. Esto iría a favor de la interpretación de que es el templo hierosilimitano. Lo que está claro es que o es la interpretación verdadera la segunda o lo es la tercera.

La interpretación primera es la espiritual. En ella la Ciudad Santa es símbolo de la Iglesia. El santuario sería símbolo de su corazón. Ciertamente que la primera opción, la interpretación espiritual, es verdadera en un sentido secundario: la Iglesia de Dios, en esos tiempos, será hollada e invadida. Primero su atrio, después el furor blasfemo llevará a invadir los lugares santos.

Aunque el pasaje del patio del Templo invadido es muy concreto y debe leerse como referido a un lugar del mundo, no debemos olvidar que, en estos tiempos de persecución y martirio, probablemente, la mayor parte de iglesias del mundo serán holladas. Si se prohíbe la misa y se lleva a la muerte a los fieles, evidentemente las iglesias quedarán profanadas. Antes se profanará a los lugares que a las personas.

De tal manera que este pasaje del Templo profanado se cumplirá en muchos lugares del mundo, y la señal identificativa (que marca los tiempos, el tiempo que va a durar la persecución) comenzará a contar desde que se invada bien el patio del templo hierosolimitano reconstruido o bien la plaza del Vaticano.

Esta ambigüedad interpretativa puede quedar superada parcialmente si sucediera que ambos templos tanto el de Jerusalén y el romano quedarán hollados en sus patios por las fuerzas del Anticristo y, finalmente, sus mismos santuarios.

Como se ve, estos versículos darían lugar a cuatro interpretaciones:

1. interpretación espiritual
2. interpretación hierosolimitana
3. interpretación vaticana
4. interpretación vaticano-hierosolimitana

A alguno le puede parecer que estas interpretaciones son demasiado imaginativas, que hay que ir a la esencia del libro sin dejar correr la imaginación. Pero, primero, no hay más interpretaciones posibles que éstas. Y, segundo, estas interpretaciones intentan introducirse en la mente del Libro. Sólo en el fin del mundo, veremos cuál de estas cuatro era la verdadera.

Además, si lo que hubiera que hacer es meterse en la esencia del libro, dejando aparte los detalles, para qué dar tantas referencias

concretas de lugares y días que durará la ocupación. Es el mismo texto el que nos invita a interpretarlo.

Sólo al final, cuando llegue el momento, sabremos qué patio de qué templo es el realmente hollado sin entrar en el santuario. Hoy día, tras años de reflexión, soy del parecer de que la interpretación vaticano-hierosolimitana es la verdadera. Interpretación que conjuga a los pueblos de las dos alianzas.

El patio exterior del Santuario, déjalo aparte, no lo midas, porque ha sido entregado a los gentiles (Ap 11, 2).

Si el patio del Santuario hubiera sido medido, sabríamos con seguridad si coincide en sus medidas con el atrio del Templo de Jerusalén, o con la plaza de la columnata de Bernini. Pero ni del Santuario ni del Atrio se nos ofrecen medidas. Con lo cual, esta ambigüedad forma parte del mensaje del texto joánico. Es decir, hay un quitar el velo, pero no del todo. Al texto no le falta nada, es perfecto: se nos dice lo que conviene que sepamos. Se nos ofrece con claridad cómo interpretar ciertos pasajes, pero no otros. Es como si el texto desease una cierta amplitud de interpretación del sentido primario que promoviese la interpretación espiritual.

La interpretación debe ser espiritual, hasta que llegue el fin. En ese momento, se verá qué significaba literalmente cada referencia. Ahora no tiene mucha importancia saber si es uno u otro templo. Cuando llegue el momento, quedará claro. Hasta entonces debemos leer el texto de san Juan de un modo espiritual para nuestro aprovechamiento espiritual. La literalidad del cumplimiento de ciertos pasajes servirá para reforzamiento de la fe y consolación. Pues esos creyentes atribulados podrán comprobar que la verdad de la Palabra de Dios y que el cristianismo no era una fantasía.

Como ya he dicho al principio de esta obra, las ambigüedades del texto son también una enseñanza. Dios pretendía una lectura espiritual del Apocalipsis a lo largo de los siglos, y una lectura literal sólo al final de estos. Un libro preciso que contuviese exclusivamente interpretaciones literales hubiera sido un libro inútil hasta el final de los tiempos.

Pero sabemos que las naciones *pisotearán la ciudad santa por cuarenta y dos meses* (Ap 11, 2). Éste es un detalle muy preciso. Después debería venir, siguiendo un orden lógico, la invasión del mismo santuario. Porque el gran signo será la Abominación de la Desolación. Esta expresión hay que entenderla como que dentro de la desolación en la que quedará el Templo, habrá una abominación. La Abominación de la Desolación será el gran sacrilegio que tendrá lugar en el lugar más santo cuando este quede desolado, desierto, abandonado.

Para entender mejor este concepto, leamos las referencias que encontramos en Macabeos:

Ahora, en el quince día del [mes] de Kisleu, en el año 145, **erigieron un sacrilegio desolador sobre el altar** de la ofrenda que se quema. También construyeron altares en los alrededores de las poblaciones de Judá (1 Mac 1, 54).

Cuando Jerusalén es retomada por los macabeos se dice:

También derribaron la abominación que habían erigido sobre el altar en Jerusalén (1 Mac 6, 7).

Así que interpreto que sobre el altar central de la basílica vaticana (o del Templo de Jerusalén) llevarán a cabo ritos sacrílegos y erigirán sobre el ara un ídolo. Tal vez el mismo Anticristo se subirá sobre el altar para tenerlo como pedestal y ser adorado. ¿Por qué afirmo esto último? Por este versículo:

Se opone y se exalta a sí mismo sobre cualquier, así llamado, dios u objeto de culto, hasta el punto de que **toma su asiento en el Templo de Dios**, declarando que él mismo es Dios (2 Tesalonicenses 2, 4)

No dice este texto que toma su asiento en un templo, sino en el Templo de Dios, *eis ton naon tou Zeou*. Considero que ésta es la gran abominación de la que habló Jesús. No olvidemos que este hombre no es un mero político secular, como Hitler o Napoleón, sino que se trata de una figura religiosa con poderes:

También hace **grandes señales**, de tal manera que aun **hace descender fuego del cielo** a la tierra delante de los hombres. (...) Y se le permitió infundir aliento a la imagen de la bestia, **para que la imagen hablase** e hiciese matar a todo el que no la adorase (Ap 13, 13 y 15).

Para completar la descripción de la Abominación de la Desolación, coloco los tres pasajes del profeta Daniel en que se menciona:

Él concertará con muchos una firme alianza una semana; y **en media semana hará cesar el sacrificio y la oblación**, y en el extremo del Templo estará la abominación de la desolación, hasta que la ruina decretada se derrame sobre el desolador (Dan 9, 27).

De su parte surgirán fuerzas armadas, profanarán el santuario, la ciudadela, abolirán el sacrificio perpetuo y pondrán allí la abominación de la desolación (Dan 11, 31).

Contando desde el momento en que sea abolido el sacrificio perpetuo e instalada la abominación de la desolación: **mil doscientos noventa días** (Dan 12, 11).

He marcado en negrita dos referencias temporales. 1290 días son tres años y medio. Luego parece que esa alianza del Anticristo con otros Estados, alianza que llevará al clímax sus invasiones y sus persecuciones, durará unos siete años.

El Anticristo ejercerá el paroxismo de su frenesí conquistador y perseguidor durante siete años. La celebración de la misa cesará en sus territorios durante tres años y medio. Éstas son referencias que nos ofrecen estos versículos proféticos.

¿Cuánto tiempo se necesitará para que el Anticristo, vaya emergiendo, alcance el poder y se consolide en él? Nada de eso se

nos dice en las Escrituras. Pero los textos bíblicos desacreditan la idea de algunos que piensan que el Anticristo llegará al poder y en un año o dos provocará la destrucción del mundo. Eso no es bíblico. No sólo porque los septenarios, como se ha dicho, precisan de tiempo para su desenvolvimiento. Sino también, porque se nos dice que esa alianza del Anticristo durará siete años y se recalca especificando el tiempo en que cesará la celebración de la misa. Es decir, este detalle temporal se afirma y se recalca.

Algunos que a toda costa defienden un fin del mundo tan rápido como inminente, alegan que el Anticristo ya lleva obrando en la sombra desde hace muchos años. Si eso fuera verdad, tampoco eso daría la razón a los que esperan un fin del mundo en uno o dos años. Porque las referencias temporales comienzan a correr desde que se verifican ciertos hechos concretos, como la invasión del atrio del Templo. Si todo fuera oculto y espiritual, no tendrían sentido las referencias temporales, ya que no sabríamos a partir de qué hecho comienzan a correr los tiempos. Además, la manifestación de este personaje de iniquidad es pública y clara, no se trata de una presencia oculta. No sólo eso, está rodeada de signos identificativos; por ejemplo, su número es el 666.

No sabemos qué significa este número. Muchos han dado una interpretación gemátrica. Es un hecho fuera de toda duda que las letras en hebreo y en griego poseen un valor numérico. El problema es que son muchos los autores (que con razón o sin ella) afirman que son varios los nombres que a lo largo de la Historia encajan con el 666. Esto puede significar espiritualmente que en la Historia ha habido muchos anticristos. De todas maneras, para que se vea la complejidad del asunto, a pesar de que todos hemos escuchado infinidad de veces que el nombre de Nerón da como resultado 666, eso no es del todo así.

Para obtener tal resultado hay que añadir “caesar” al nombre “Nero”, hay que calcularlo transliterado al hebreo (cosa extraña porque ese versículo está escrito en griego) y para que salga esa cifra hay que usar una transliteración que no era la común.

Por todo esto, me atrevo a sostener que la interpretación no puede ser gemátrica, porque no sería muy clara, quedaría en manos de unos pocos expertos. Y, además, siempre subyace el problema de saber si para el cálculo debe incluirse sólo el nombre o también el apellido. La cosa se complica si se considera que deben incluirse o excluirse las iniciales de un segundo nombre de pila, o que el cálculo debería hacerse con el sobrenombre si de tal manera es conocido.

Lo que resta objetividad al proceso de cálculo no es que algunos estén dispuestos a cortar o a añadir con tal de que salga como resultado el número. El verdadero problema es que hay que cortar por algún lado para obtener el número. Y eso sin contar con que en cada generación hay varios poderosos que encajan en esa cifra concreta, de un modo u otro, sea en hebreo o en griego.

No descarto que el nombre del Anticristo sea 666 de acuerdo a un cálculo gemátrico. Pero mi postura es que se ofrece ese número como signo concreto y que, por tanto, debe ser algo identificativo de un modo objetivo y sin ambigüedades. Cuando aparezca, sabremos a qué se refería ese versículo. Hasta entonces es inútil devanarse los sesos buscando coincidencias. El que las busque las encontrará a docenas. Sea dicho de paso, el texto griego no dice que su cifra son tres seises, sino seiscientos sesenta y seis.

Incluso, podríamos pensar que tal vez todo sea más sencillo y quizá el Anticristo tome ese número como un signo propio personal, así como los nazis tomaron la esvástica. Pero recordemos el versículo en cuestión:

Aquí está la sabiduría: que el que tiene entendimiento calcule el número de la Bestia, pues es número de hombre. Su número es seiscientos sesenta y seis (Ap 13, 18).

Luego quizá no sea tan claro como signo, puesto que se pide al inteligente que calcule la cifra. Para entender este signo (a diferencia de otros) se pide sabiduría (en gr. sofía) y se pide que se calcule. El verbo “psefizo” significar *contar, calcular*. Si fuera tan claro este rasgo del Anticristo todos lo verían, tanto el inteligente, como el que no lo es. Pero puesto que se pide que se calcule, el 666 debe estar velado y no ser algo evidente.

De todo este conjunto de cosas, pienso que el Anticristo en el futuro tomará de forma premeditada un sobrenombre que gemátricamente obtenga el resultado de 666, y que él mismo tendrá a gala llevar un nombre que contiene ese número.

De esta manera se compatibilizarían dos aspectos: Primero, la necesidad de calcular, porque así lo afirma el Libro. Segundo, la necesidad de una cierta objetividad que permita la identificación.

Otro aspecto que se revela en este pasaje del número es que la Bestia y ese hombre inicuo forman una unidad. Él es su cabeza, pero él es la Bestia y la Bestia es él. El caso de Hitler y el III Reich nos ofrece un ejemplo perfecto de esto. El Estado como prolongación de un hombre, y un hombre que es un Estado.

Pienso, así parece darlo a entender el texto, que el Anticristo será el jefe de Estado de la segunda Bestia. Ya que cuando se hablaba de los diez presidentes (o primeros ministros o cargos similares) que gobernarán sobre la primera bestia, no se dice de ninguno que descollase de forma especial.

Las acciones de la Bestia van en un claro *in crescendo*. La Abominación de la Desolación ocurre a la mitad de esos siete años finales. Porque tras esos siete años ya viene el Día de la Ira.

La sucesión de diez cabezas parece indicar que las convulsiones políticas internas serán tremendas. Porque cada uno de sus presidentes gobernará muy poco tiempo. Si cada gobernante estuviera sólo tres años, eso significaría que la Bestia, una vez constituida, duraría treinta años. Puesto que son cabezas de la Bestia, es decir, son gobernantes de ese monstruo, no pasos previos a la constitución de ese monstruo.

Los dos testigos



Algo más de la mitad de todo el capítulo 11 es una interpolación, la de los dos testigos. Dos personajes misteriosos de los que no se nos dice su nombre. Ellos profetizarán en Jerusalén y harán signos con el poder de Dios. Muchos autores han visto en ellos a Enoc y Elías, porque son los dos únicos personajes de la Biblia de los que no se dice que hayan muerto. Al revés, de forma muy premeditada se nos deja claro que no murieron:

Enoc caminó con Dios, entonces no fue más, porque Dios lo tomó (Gn 5, 24).

Elías ascendió en un torbellino al cielo (2 Reyes 2, 11).

Es decir, no es que no conste que fallecieron, sino que consta que no murieron. En el caso de Enoc, toda la genealogía va diciendo, uno a uno, cómo todos sus integrantes murieron. El único caso es el de este patriarca. Excepción muy ostensible que siempre ha llamado la atención a todos los lectores de la Biblia. Enoc vivió 365 años en la séptima generación tras Adán, padre de Matusalén, antepasado de Noé, aparece en la genealogía de Jesús (Lc 3, 37). De Elías hay necesidad de decir menos, ya que es un profeta muy conocido.

Al leer ese capítulo del Apocalipsis, uno piensa que el gran personaje que también podría ser enviado a profetizar al fin del mundo es Moisés. Pero de éste sí que se afirma en la Biblia que

murió. Hay dos testigos de antiguo, y, coincidentemente, sólo dos personajes en la Antigüedad que no murieron. Analicemos ahora los versículos acerca de estos dos profetas.

Pero haré que mis dos testigos profeticen durante mil doscientos sesenta días, cubiertos de sayal (Ap 11, 3).

Son varias las referencias de duración que se nos dan en este capítulo 11. Luego hay un deseo del Autor de que este episodio sea posible identificarlo con precisión. Tal vez porque van a predicar a los judíos, se hace eso para que ellos puedan comprobar que se está cumpliendo la profecía del Nuevo Testamento consignada en este lugar del texto joánico.

Estos son los dos olivos y los dos candeleros que están en pie delante del Señor de la tierra (Ap 11, 4).

El olivo es símbolo del asceta. Sus maderas evocan el cuerpo de un anciano castigado por los ayunos. No es un árbol ni bello ni impresionante en tamaño, sino humilde y sencillo. Quizá sea una sensación subjetiva, pero siempre me han parecido sus ramas como retorcidas, como dotadas de un cierto patetismo, como si estuviera retorcido por sus sufrimientos. Soporta calores fortísimos en tierras muy secas. No es un árbol que vive en medio de prados de abundantes aguas y comodidades. También evoca la ancianidad, la sabiduría de su larga vida. Necesita poda, lo cual, de nuevo, recuerda sus sufrimientos lacerantes.

El ascetismo no es bello, pero produce el preciadísimo aceite de dorado color, sustancia material que simboliza la gracia espiritual. Por eso se ungía a reyes y sacerdotes: para que ese aceite bendecido les transmitiera gracias espirituales. Las propiedades

medicinales del aceite simbolizan a la perfección el efecto de la gracia sobre el alma.

Estos dos hombres aparecen en el profeta Zacarías:

Entonces tomé la palabra y le dije: «¿Qué son esos dos olivos a derecha e izquierda del candelabro?» Añadí de nuevo y le dije: «¿Qué son las dos ramas de olivo que por los dos tubos de oro vierten de sí aceite dorado?». Él me habló y dijo: «¿No sabes qué es esto?» Dije: «No, mi señor.» Y él me dijo: «Estos son los dos Ungidos que están en pie junto al Señor de toda la tierra.» (Zacarías 4, 11-14).

Se dice de estos dos “olivos” que están delante del Señor, porque ahora mismo sus cuerpos están en algún lugar físico situado en los cielos. ¿Están suspendidos en el cielo sin posar sus pies en ningún lugar? ¿O ese lugar físico es un planeta? ¿Están conscientes o están como dormidos? ¿Para qué dejarlos dormidos pudiendo estar conscientes? ¿Estos dos patriarcas están en el lugar físico donde ahora moran Jesús y María?

En contra de que vivan conscientes, está el que su etapa de viadores sería increíblemente larga. No es preciso que estén conscientes para que así puedan conocer la Historia de la Humanidad, y así conocer tanto la historia de Israel, como la de la Iglesia. Dios les puede dar ese conocimiento de golpe con una iluminación. Desde luego necesitan saber esa historia, para así poder hablar con más conocimiento de lo que piensan los que les escucharán.

Sea lo que sea de estas cuestiones³, conscientes ahora o no, lo cierto es que estos hombres ascéticos predicarán en Jerusalén, vestidos como en otros tiempos, y contarán cosas de otras épocas.

³ Para aquellos que estén interesados en esta cuestión, pueden leer otra obra mía: José Antonio Fortea, *Las corrientes que riegan los cielos*, Editorial Dos Latidos 2016, Benasque (España), versión 3 (abril 2017), pg 143-144.

Parecerían unos locos, como tantos otros, si no fuera porque realizarán portentos a la vista de todos:

Saldrá fuego de su boca y devorará a sus enemigos. (...) Tienen poder para cerrar el cielo y que no llueva los días en que profeticen. Tienen poder para convertir en sangre el agua y poder de herir la tierra con toda clase de plagas (Ap 11, 5-6).

Jesús y sus apóstoles tuvieron poder para sanar, porque anunciaban un tiempo de gracia y misericordia. Estos dos testigos tendrán poder para castigar, porque anuncian un tiempo de ira y justicia divina.

Este fuego no puede ser interpretado espiritualmente, como símbolo de que sus adversarios serán atormentados por sus palabras. No puede ser así, porque son esos signos portentosos los que les identifican como lo que dicen ser. Sin esos hechos extraordinarios ¿qué diferencia habría entre Elías y alguien que afirma ser Elías? Por eso, a una orden de su boca literalmente bajará fuego del cielo consumiendo a la persona que se les oponía.

La Mano de Dios actuará patentemente a través de ellos, porque ya no puede haber más dilaciones: los hombres tienen que convertirse o perecer. Los que queden vivos tras el Día de la Ira deben ser hombres sanos, espiritualmente hablando, o dispuestos a esforzarse por recobrar esa salud del alma. Si quedara una proporción alta de hombres espiritualmente enfermos, contagiarían al resto y la corrupción de la sociedad volvería a comenzar. Por eso, la ira divina, en este momento de la Historia, es una necesidad.

Es interesante que a estos dos ancianos no se les llama nunca profetas, sino testigos. Eso se debe a que de lo que más hablarán es de lo que vieron en sus vidas y de la historia del pueblo hebreo que contemplaron en la presencia de Dios. Por eso uno de los dos

testigos es Enoc, porque él ha visto la historia humana casi desde el principio.

Es de imaginar que ofrecerán datos tan acertados, vívidos y certeros de las épocas en las que vivieron, que todos los que les escuchen quedarán subyugados. Y los hechos extraordinarios confirmarán que no son unos locos.

Se dice que predicarán en Jerusalén, luego su apostolado será sobre todo con los judíos. Habrán sido enviados para que el pueblo judío se convierta al cristianismo.

Llama la atención de que, cuando se les mate, sus cuerpos queden sin sepultar durante tres días y medio (Ap 11, 9) y no sólo eso, se afirma que quedarán expuestos sus cuerpos ante la gente. Expresamente se dice que, durante esos días, no estará permitido sepultar sus cadáveres y que las naciones contemplarán sus cuerpos.

¿Qué tipo de régimen gobernará en Israel entonces para realizar una acción tan incivilizada, tan propia de tiempos bárbaros y primitivos? ¿La Bestia gobernará también en Israel? ¿Gobernará en la nación, aunque no se haya atrevido todavía a invadir el santuario, pero sí el patio del Templo?

Da la sensación de que sí, de que esto último es lo que sucede, porque la interpolación de los dos testigos comienza advirtiendo que el patio del Templo ha sido entregado a los gentiles. Tal vez la secuencia de acontecimientos sea ésta: invasión de Israel, predicación de los dos testigos, muerte de éstos, séptima trompeta: poder de la Bestia, gran persecución contra los cristianos y siega de la tierra.

Referencias numéricas y cronología



El Apocalipsis y el Libro de Daniel nos ofrecen ciertos elementos numéricos concretos. Voy a colocarlos todos seguidos y en orden para tener una idea de esta cronología. Al ofrecer esta cronología, no dejo de pensar en todos los que a lo largo de los siglos pasados intentaron algo similar y se equivocaron. Qué fácil es equivocarse, ¡y estar seguro de no errar!

Así que ofrezco esta cronología con humildad. Pero dejando muy claro que puedo equivocarme, jamás pondría mi mano en el fuego asegurando que esta cronología es segura. Pero, al menos, ofrezco mi opinión acerca de la sucesión de acontecimientos en relación a las referencias numéricas.

Guerras y signos en el cielo

No se determina tiempo alguno ni en el Libro del Apocalipsis ni en el resto de las Escrituras.

Se prohíbe la misa

Eso significa que quedan **6 años y 4 meses** antes del final.

En Daniel 8, se dice que la prohibición de la misa en todos los territorios durará **2.300 días**. Y se concreta algo más: *Desde el tiempo que la ofrenda habitual*

quemada sea quitada y colocada la abominación que causa desolación, habrá 1.290 días (Dan 12, 11).

Invasión de Israel

Quedan 3 años y medio antes del final.

Los gentiles pisotean la Ciudad Santa 42 meses (Ap 11, 2): 3 años y medio.

Los dos testigos profetizan 1260 días (Ap 11, 3).

Tres días y medio después resucitarán los dos testigos (Ap 11, 10).

7.000 personas mueren en el terremoto de Jerusalén (Ap 11, 13).

Abominación de la Desolación en el Templo

Quedan 3 años y medio para el final de las tribulaciones.

Obsérvese que antes se ha dicho que la misa se prohíbe al comienzo de “la semana”. Ahora se dice: *A mitad de la semana pondrá fin al sacrificio y la ofrenda. Y en el extremo [del Templo] colocará la abominación que causa desolación* (Dan 9, 27).

En mi opinión, esto significa que dentro del Templo sí que continuará la misa durante tres años y medio más, aunque se haya prohibido fuera. Esto avalaría la opinión de que ese Templo es el situado en el territorio vaticano. Al ser una nación independiente, allí podría proseguir la misa. Pero después, también allí cesará. Pero también puede referirse todo esto al templo hierosolimitano.

Poder de actuación de la Bestia

Tres años y medio: *Y se le dio poder de actuar durante cuarenta y dos meses* (Ap 13, 5).

6 años y 4 meses dura la prohibición de la misa. Tres años y medio hay entre la Abominación de la Desolación y el final.

Esto significa que la misa se prohíbe antes de que aparezca la Bestia, y que el inicio del tiempo de la segunda Bestia coincide, más o menos, con la Gran Abominación.

Muere la tercera parte de la Humanidad

Y fue exterminada la tercera parte de los hombres por estas tres plagas: por el fuego, el humo y el azufre que salían de sus bocas (Ap 9, 18).

Día de la Ira

Ya se ha dicho que la gran batalla del Armagedón ocurre **seis años y cuatro meses después** de la prohibición de la misa.

No queda claro cuántos más mueren de las dos terceras partes de la Humanidad que sobrevivían.

Después del Armagedón

Habrán **45 días** más desde el Día de la Ira hasta el final de todas las tribulaciones: *Qué bendito será el que continúa aguardando y llega a los 1.335 días (Dan 12, 11).*

Todos estos datos nos llevan a reflexionar acerca de un tema realmente interesante. ¿Cuántos años se necesitarían para completar los septenarios? ¿Cuánto tiempo se precisa desde que aparezca el primer signo claro e inequívoco, hasta llegar al Día de la Ira?

Rotundamente hay que aseverar que nadie puede responder a esta pregunta con seguridad, ni siquiera de un modo aproximado. Lo cual no implica que no podamos ponderar los datos para hacer algunas reflexiones. Aunque hay que recordar que ni siquiera esas reflexiones nos proporcionarán una respuesta aproximada; aunque

sí que podríamos delimitar borrosamente ciertos márgenes que marcarían la franja de lo sensato.

Se observa que hay una etapa claramente definida que dura seis años y cuatro meses. Eso nos ofrece un tiempo mínimo de duración del Apocalipsis. Pero en ningún lugar se dice que el comienzo de esa etapa (la prohibición general de la misa) coincida con la primera trompeta. Más bien, el texto joánico ofrece la sensación de que coloca este hito en mitad del desarrollo de los septenarios o, ciertamente, ya avanzado su desarrollo.

El régimen de la Bestia, ese Estado anticristiano y belicista, precisará de un tiempo indeterminado para consolidarse, necesitará de un tiempo para comenzar sus conquistas territoriales y, por fin, dispondrá de un tiempo para alcanzar el clímax de la persecución religiosa. Tiempo éste último en el que la guerra arriverá a su máxima intensidad.

Como se ve, habrá tres fases:

1. creación y consolidación de la Bestia
2. comienzo de su expansión territorial
3. etapa final de idolatría, persecución y guerra

¿Cuánto tiempo se precisa para esto? Nadie lo sabe. Pero la experiencia de la Historia nos enseña que todo esto difícilmente se puede llevar a cabo en, por ejemplo, seis años. La etapa de creación y consolidación de la Bestia supone un lapso de tiempo totalmente indefinido, pero no es algo instantáneo. ¿Cuánto tiempo necesitó el Directorio para consolidar su poder tiránico sobre Francia? Más o menos, un par de años. Y otro par de años para llegar al Gran Terror. ¿Cuánto tiempo necesitaron los soviets para asentar su autoridad dictatorial sobre Rusia? Algo menos de tres años. Hitler necesitó unos 14 años para llegar al Poder Absoluto (1919-1933) y unos 12 años para, desde ese momento, consumir su obra de destrucción.

Parece sensato considerar que la Bestia requerirá de un tiempo indeterminado para formarse y que (una vez consolidada) antes de llegar a la etapa final de exacerbación, deberían pasar, al menos, unos seis años. La sucesión de presidentes (las siete cabezas), la aparición de una segunda Bestia (eso requiere años) y el desenvolvimiento de su poder (en ese tiempo aparece el Anticristo) no parecen indicar un apocalipsis breve sino largo.

Los cuernos de la Bestia no son presidentes, pues no son cabezas, sino partes de la cabeza. La cabeza simboliza realeza. El cuerno simboliza fuerza, por tanto, poder. Una interpretación es que estos cuernos sean generales o que sean cargos por debajo de la magistratura presidencial. La coexistencia en la visión de san Juan de los diez cuernos con las siete cabezas, puede significar que hay varios cuernos a un mismo tiempo. Una cabeza puede tener varios cuernos. Por lo cual, la referencia temporal viene de las cabezas. ¿Cuánto tiempo precisan siete presidentes para sucederse en el Poder?

Si las cabezas duran en el Poder un año cada una, indicarían que la Bestia, una vez consolidada, tendrá una existencia como mínimo de diez años. Y dar ese tiempo medio a cada presidente significa echar los cálculos por lo bajo. A eso hay que añadir que los septenarios parecen indicar un desenvolvimiento de años.

Resulta, me parece, prudente por mi parte afirmar que las estimaciones pueden variar entre un apocalipsis breve de unos doce años, o un apocalipsis largo que se desenvuelve a lo largo de unos veinticinco años. Por el contrario, resulta poco creíble que todo el apocalipsis dure menos de seis años, pues los hechos se atropellarían, prácticamente los desastres se sucederían unos tras otros. Y eso sin contar que las cabezas de la Bestia durarían menos de un año. Pero si el apocalipsis durara unos cuarenta años, en los habitantes de la Tierra se perdería esa sensación de fin del mundo, porque se produciría un acostumbramiento a esa situación.

Si pudiera sintetizar mi opinión en un esquema, lo diría de esta manera:

Tiempo mínimo posible: unos 8 años

Apocalipsis corto: unos 12 años

Apocalipsis largo: unos 25 años

Tiempo máximo razonable: unos 35 años

No hace falta insistir en lo arriesgado de tales estimaciones. Pero el detalle de las siete cabezas me parece relevante al ofrecernos un dato de naturaleza política que suele moverse dentro de unos plazos verosímiles. La magistratura de los presidentes de una gran nación no debería durar menos de diez años ni más de 30. Diez años, contando con que la turbulencia social provocara continuas caídas fulminantes en medio de las turbulencias. Treinta años, contando con que más tiempo haría perder la sensación de fin del mundo. Otra cosa distinta y plausible, es que las siete cabezas estén, por ejemplo, durante treinta o cuarenta años en el poder, pero la fase de las plagas durase sólo los últimos diez o quince años.

Los 144.000 sellados



Y oí el número de los sellados: 144.000 que habían sido sellados de cada tribu de los hijos de Israel.

La marca de la Bestia es material, por eso después les produce úlceras. Si la marca de la Bestia es física, ¿no será esta marca de los cristianos también material? En mi opinión sí. Se tatuará de un modo visible a los seguidores de Cristo: bien en la frente, bien en un brazo. Esto tuvo un precedente cuando se señaló a los judíos con la Estrella de David. Pienso que la marca de los cristianos será una simple tau, una T.

Los miembros de las SS se tatuaron con orgullo su pertenencia a ese cuerpo, lo que después fue para unos su infamia y para otros, en el frente este, supuso su muerte. Mientras que los judíos siempre conservaron estas estrellas de David con sumo cariño por el recuerdo de los tiempos de tribulación, como un tesoro que les recordaba su pertenencia al linaje de Abraham. Aquello fue una prefiguración de esta doble marca, la de la Bestia y la de Cristo. Para unos, la marca de su breve orgullo (la esvástica) se volvió infamia. Para los otros, los judíos, la marca de su infamia se volvió orgullo. Lo mismo sucederá al fin de los tiempos.

De la tribu de Judá 12.000 sellados; de la tribu de Rubén 12.000; de la tribu de Gad 12.000; de la tribu de Aser 12.000; de la tribu de Neftalí 12.000; de la tribu de Manasés 12.000; de la tribu de Simeón 12.000; de la tribu de Leví 12.000; de la tribu de Isacar 12.000; de la tribu de Zabulón 12.000; de la tribu de José 12.000; de la tribu de Benjamín 12.000 sellados (Ap 7, 4-8).

¿Quiénes son los que componen este número? Evidentemente, son un grupo especial entre los cristianos. Un grupo de personas especialmente puras y santas. Son un grupo selecto, este número no es el número de todos los cristianos del mundo; porque en el siguiente versículo se dice:

Después miré y había una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y el Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos (Ap 7, 9).

Esta muchedumbre inmensa son los purificados (vestiduras blancas) y victoriosos (palmas en las manos). La rama de palma se les otorgaba a los atletas en la antigua Grecia. En Roma era un atributo común en manos de la Victoria.

Todos los símbolos son claros, pero el símbolo que más ha dado que hablar ha sido el que podía estar contenido en el número. Sin duda no significa que literalmente de cada tribu haya ese número de sellados por el Anticristo. Primero, porque no puede ser que en Israel el número de los selectos sea tan exactamente igual de una tribu a otra. Por otra parte, en esta época ya muchos no sabían a qué tribu pertenecían.

Si el significado de esos versículos no es literal, es simbólico. Ahora bien, si es simbólico ¿cuál es? ¿Qué es lo que se nos quiere decir con ese pasaje?

Pertenencia espiritual a las tribus

Resulta claro que el mensaje que contiene el número es que hubo doce tribus en el antiguo Israel, y que en el Nuevo Pueblo de Dios habrá otras nuevas doce tribus. Pero estas doce nuevas tribus ya ni surgirán ni crecerán por generación biológica, sino espiritual. Las doce nuevas tribus son grupos espirituales. La Santa Iglesia Católica no es una sola tribu, no forma una masa homogénea, sino que es un nuevo pueblo diverso y variado, como lo era Israel con sus tribus. Eso es lo que se representa en la diversidad de las tribus.

Que en el tiempo de la predicación del Evangelio ya no estamos hablando de unas tribus materiales, se deduce de las palabras de san Pablo:

Más bien, es judío el que lo es interiormente. Y la circuncisión real es una cuestión del corazón, es espiritual y no material (Rom 2, 29).

Los cristianos pertenecen a esas tribus de un modo espiritual, porque *es judío el que lo es interiormente*. Jacob tuvo doce hijos, Jesús tuvo doce hijos espirituales. Y esos doce nuevos patriarcas tuvieron su descendencia.

La exclusión de la tribu de Efraim

Pero observemos varios detalles en esta lista. Para empezar, no aparece la tribu de Efraim. ¿Por qué? Efraín había ocupado la parte central de la tierra de Canaán, partes muy ricas. Esta tribu había ocupado un lugar de honor entre las tribus. Pero cuando Jerusalén llegó a ser la capital, comenzó el descontento y los celos. El cual acabó en una ruptura en los tiempos de Roboam (1 Reyes 12). En ese capítulo queda clara la posición de Efraim al retirarse:

¿Qué porción tenemos en David? No tenemos herencia en el hijo de Jesús (1 Reyes 12, 16).

Las palabras del salmo 78 reiteran la existencia de esta ruptura:

Los hombres de Efraim, aunque armados con arcos, dieron la espalda en el día de la batalla. No guardaron la alianza de Dios y rehusaron vivir según su ley (Salmo 78, 9).

Pero continuaron pecando contra Él, rebelándose en el desierto contra el Altísimo (Salmo 78, 17).

Rechazaron las tiendas de José, no eligió a la tribu de Efraim (Salmo 78, 67).

Ruptura que se consolidó, y así el profeta Oseas había dicho:

Efraim será dejada aparte en el día de la cuenta. (...) Efraim está oprimida, pisoteada en el juicio, y persigue ídolos (Oseas 5, 9 y 11).

Ciertamente hay una idea de castigo en el hecho de no incluirla en la lista de los selectos. Esta tribu representa a los cristianos que por celos y soberbia acaban separándose de Jerusalén (Roma), cayendo en el cisma primero y en la herejía después. Ése es el mensaje que subyace en la exclusión de esta tribu. Nada debe romper la unidad de las tribus del Pueblo de Dios, de la Santa Iglesia.

En 1 Reyes 12, 31-32 se explica cómo Jeroboam *instituyó sacerdotes de entre toda la gente que no eran hijos de Leví (...) y erigió un altar*. Aquí vemos cómo las divisiones en la Santa Iglesia tuvieron su precursora en esta tribu.

El texto no afirma que todos esos descendientes espirituales de Efraim se condenan. Simplemente no están mencionados entre los escogidos. Pero recuérdese que junto a la lista de los escogidos de entre las tribus también había una multitud inmensa de hombres con vestiduras blancas.

Pero del mismo modo que la sucesión de tribus tiene un mensaje (la flor y nata de la santidad proviene de todos los grupos y espiritualidades de la Iglesia), la exclusión también contiene un mensaje claro de Dios: la unidad debe preservarse a toda costa. El que siembre la división en la Iglesia, se excluye de la santidad.

La tribu de Dan

Otra tribu que no está presente en la lista es la tribu de Dan. Y es que esa tribu había sido culpable de idolatría. Véase Jueces 18, 14-31. Fue la primera gran desviación organizada en el antiguo Israel, que duró casi quinientos años, hasta la cautividad. De manera que en la literatura judía, mencionar a la tribu de Dan era como decir idolatría. De nuevo, el hecho de la exclusión de esta tribu de entre lo más selectos supone un mensaje del Apocalipsis: ni los cismáticos ni los idólatras estarán entre los 144.000.

Abundando más en lo dicho, habría que añadir las palabras de Jacob en su lecho de muerte acerca de esta tribu, cuando profetiza estas impresionantes palabras:

Será Dan serpiente junto al camino, víbora junto a la senda, que muerde los talones del caballo, y hace caer hacia atrás al jinete (Génesis 49: 17-18).

Por eso, se podría decir que espiritualmente hablando Judas Iscariote pertenecía a la tribu de Dan. Fue la serpiente al lado del camino de Jesús. Y esta tribu representa a todos los judas iscariotes de la historia de la Iglesia. Hasta el final de la Historia, entre los campamentos del Señor pulularán los descendientes de Efraim y de Dan.

La tribu de Leví

Los nuevos levitas del Pueblo de la Nueva Alianza ya no pertenecen a esta tribu por pertenencia biológica, sino por la vocación que lleva a la consagración como diáconos, presbíteros u obispos.

La tribu de Leví no entró en el reparto territorial al llegar a la tierra prometida. Simbolizando con ello que no debían buscar las posesiones materiales, sino dedicarse enteramente a Dios y a su

culto. Pero aunque esto es así respecto a la tierra, sí que tiene parte esta tribu entre los 144.000. También entre los escogidos habrá nuevos levitas: diáconos, presbíteros y obispos. No debe tener parte en la tierra, pero sí en el cielo.

Pero observemos que no están mencionados los levitas al comienzo de la lista, no encabezan ellos a los 144.000. Con ello se quiere expresar que no necesariamente serán los levitas los más santos. Cualquier laico puede encabezar este grupo de los más escogidos.

La tribu de José

¿Cómo interpretar que los pertenecientes a la descendencia de José sean incluidos en la lista, si José nunca fue patriarca de una tribu? Soy consciente de que se me va a acusar de sentimentalismo, pero en la mención de que de la tribu de José también hubo 12.000 escogidos, veo simbolizados a los devotos de san José, esposo de María. Para Dios es tan importante la devoción a san José que quiere recordar que entre los más escogidos tendrán parte sus hijos espirituales, los que más se destacaron por la devoción a tan gran patriarca. Sé que en esto algunos verán un criterio muy subjetivo, pero tanto la inclusión como la exclusión contienen un mensaje. Y qué otro mensaje puede querer darnos Dios al decirnos que entre los más escogidos tendrán su parte los hijos (espirituales) de José.

La tribu de Manasés

Manasés, hijo de José, había nacido de Asenath, una mujer egipcia y, por tanto, idólatra. Por si fuera poco, era la hija de Putifar, un sacerdote de la ciudad de On. Lo cual significaba mayor

impureza. Por ello debería habersele considerado excluido de entre los pocos que reciben la bendición de Jacob en su lecho de muerte.

Sin embargo, Jacob acepta a Manasés en su bendición y recibirá un lote en la Tierra Prometida. Es decir, Manasés es lo contrario de Dan. Manasés es el impuro que es hecho puro. Por eso su nombre, que significa “que causa perdón”.

Un hecho curioso es que en la bendición de Jacob, éste le dio preeminencia a Efraim sobre Manasés, que era el primogénito de José. Sin embargo, Efraín se haría indigno de esa bendición por las razones ya antes mencionadas: la soberbia que le llevó al cisma. Esto simboliza que incluso la predilección en las bendiciones pueden ser destruida por empecinarnos en nuestra soberbia.

En la lista de los 144.000 más escogidos de Dios, la tribu de Efraim simboliza a los predilectos que se ensoberbecen y pierden su lote entre los más santos. Mientras que la tribu de Manasés simboliza a los pecadores impuros y excluidos que acaban formando parte de los más santos.

Recapitulando

Como se ve, la lista de los 144.000 contiene muchos mensajes espirituales. Recapitulando, faltan dos tribus (Efraim y Dan), se añaden dos tribus (José y Leví) que completan el número 12. Los que debían estar perdieron su puesto. Y los que parecía que no debían estar por no ser tribu (José) o por ser de origen impuro (Manasés) por sus buenas obras merecieron un puesto entre los escogidos. Y los descendientes de Leví no aparecen en primer lugar. Como queriendo significar con ello que no por el hecho de pertenecer espiritualmente a esta tribu eso implica que está ya uno por delante de los laicos en la santidad.

El número es simbólico, simboliza lo mejor, lo más santo de cada grupo que compone la Iglesia. Bien seguro que cada grupo no producirá exactamente 12.000 escogidos. Aquí se expresa la idea de un antiguo Pueblo Elegido y de un nuevo Pueblo de Dios. Y que lo mismo que el antiguo Israel tenía sus patriarcas, príncipes y guerreros y sacerdotes, también el nuevo pueblo tendrá otro tipo de príncipes en el espíritu y de guerreros esforzados en las luchas espirituales, y también otro sacerdocio. Se contrapone así la precedente historia del Viejo Israel, frente la venidera historia de un Nuevo Israel.

Algunas características más de estos santos

He señalado en negrita algunos de estos rasgos mencionados. No resulta necesario glosar estas características, pues son claras:

Seguí mirando, y había un Cordero, que estaba en pie sobre el monte Sión, y con Él 144.000, que llevaban escrito en la frente el nombre del Cordero y el nombre de su Padre.

(...) **Cantan un cántico nuevo** delante del trono y delante de los cuatro Vivientes y de los Ancianos. Y nadie podía aprender el cántico, fuera de los 144.000 rescatados de la tierra.

Estos son **los que no se mancharon con mujeres**, pues son vírgenes.

Estos **siguen al Cordero** a dondequiera que vaya, y han sido rescatados de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero, y **en su boca no se encontró mentira: no tienen tacha** (Ap 14, 1-5).

Resulta bellísimo que el primer libro de la Biblia narra la creación del pueblo de Israel, y el último libro de esas mismas Escrituras acaba mostrando al Nuevo Israel.

Como se ve también, se distingue entre estos 144.000 que son unos escogidos, unas primicias, y una masa mucho más amplia de hombres salvos. Y así, más adelante, san Juan dice: *Y vi (...) a aquellos que habían conquistado a la Bestia (...) estando de pie (...) con harpas de Dios en sus manos* (Ap 15, 2-3). Es decir, en el Cielo, unos simplemente han sido salvados y otros han conquistado a la Bestia.

La Bestia de las siete cabezas



Y vi surgir del mar una Bestia que tenía diez cuernos y siete cabezas (Ap 13, 1).

Dado que el libro del profeta Daniel deja claro que estas bestias son reinos o imperios, no hay ninguna duda de que la Bestia no es ni una persona ni el Diablo, sino un poder político, es decir, un Estado. Como se ha dicho antes en esta obra, se distingue con claridad en el texto joánico entre el Dragón (el Diablo) y la Bestia (un Estado),

Y el Dragón le dio su poder y su trono y gran poderío (Ap 13, 2).

Este poder político es de naturaleza maligna, por eso el Diablo lo apoya. Satanás no puede entregar la victoria a quien quiere, él sólo puede tentar a los seres humanos. Pero todos los demonios sí que pueden obrar de forma coordinada y muy intensa para seducir internamente a los hombres a través de la tentación.

Esto hay que dejarlo muy claro: Satanás no tiene poder para que una nación prepondere sobre otra. Ese ángel caído no es omnipotente. Su único poder sobre la sociedad humana es la tentación. Ahora bien, san Juan afirma que este reino (la Bestia) tiene éxito, en parte, porque los poderes del infierno coadyuvan. Qué duda cabe que el régimen nazi se consolidó gracias a la acción invisible de los espíritus del infierno.

Se le dio poder de actuar durante cuarenta y dos meses (Ap 13, 5).

Este Estado sólo cuenta con tres años y medio para obrar sus grandes obras de iniquidad sobre una parte importante de la Humanidad. Este versículo no significa que la Bestia sólo existe durante un periodo tan corto de tiempo. Pues san Juan nos dice que este Estado tendrá diez cabezas consecutivamente.

Se le concedió poderío sobre toda raza, pueblo, lengua y nación (Ap 13, 7).

Esto indica que es un poder expansivo. Podríamos pensar que quizá se trata de un poder supranacional, pero de naciones independientes; es decir, que tal vez se trate más bien de una ideología. Y ciertamente será una ideología (de tipo blasfemo), pero las inmensas guerras que emprende (recuérdese que éstas son signo del fin del mundo en las palabras de Jesús) muestran su voluntad expansionista y conquistador. Lo cual indica que esta ideología tendrá un Estado (o conjunto de Estados) que tratará de llevar a la realidad estas ideas.

Este reino no dominará sobre todo el mundo, pues hasta el final del Libro del Apocalipsis continúan las guerras por lograr el dominio del planeta. Pero queda claro que la Bestia tiene dentro de sus fronteras a una buena parte de la población de la Tierra. Su influencia incluye también el poder que ejerce sobre los Estados que son aliados suyos, pues varias veces se mencionan a estos *reyes* que están a su lado.

Por todo lo cual se ve que la persecución contra los cristianos tendrá lugar en los territorios de esta nación y de las naciones que estarán bajo su órbita. En esto se observa un gran paralelismo con la persecución contra los judíos en la II Guerra Mundial. Durante

la cual, hubo deportaciones no sólo en Alemania, sino también en las naciones que estaban bajo el influjo de ella.

Las siete cabezas son (...) también siete reyes (...). Los diez cuernos que has visto son diez reyes que no han recibido aún el reino, pero recibirán con la Bestia la potestad real, sólo por una hora. (Ap 17, 9 y 12).

Si la Bestia sólo existiese durante tres años y medio, eso significaría que cada presidente sólo gobernaría, como media, durante cuatro meses.

Parece más adecuado pensar que la Bestia existe desde antes de ejercer ese dominio sobre una gran parte de la Humanidad, y que sus peores obras, sustancialmente peores que las anteriores, las realiza sólo durante ese breve periodo de tiempo.

Por qué establece una diferencia entre unos jefes de Estado que son cabeza y otros que son cuernos, no se explica. Pero siguiendo la lógica a la que nos induce la misma imagen, se puede decir que san Juan quiere expresar que ser cabeza es más que ser cuerno. El cuerno es parte de la cabeza. De manera que la Bestia pasará por siete mandatos presidenciales, y por tres periodos en los que alguien ejercerá un poder similar pero no tan pleno.

En medio de las convulsiones en las que se va a ejercer el Poder (guerras, persecuciones), no es de extrañar que haya turbulencias políticas, conspiraciones, complots, en la cúspide de ese Estado y que ningún jefe de Estado llegue a consolidarse durante mucho tiempo.

Pero ni parece creíble que cada presidente esté cuatro meses en el Poder (demasiado breve cada legislatura), ni que cada presidente permanezca una legislatura entera: lo cual significaría que la Bestia estaría ya conformada durante cuarenta años.

El que reciban la potestad *sólo durante una hora* indica la vorágine de pugnas por el Poder que va a existir en la capital de ese régimen anticristiano.

La Bestia que vi se parecía a un leopardo, con las patas como de oso, las fauces como fauces de un león (Ap 13, 2).

Esta descripción, por su similitud, remite indudablemente al profeta Daniel, cuyo capítulo 7 sobre las cuatro Bestias son como una explicación de esta Bestia.

La primera Bestia fue el reino de Babilonia (625-539 a.C.). Bajo este reino se toma Jerusalén.

La segunda Bestia fue el reino de los persas (550-331 a.C.) y que tuvo varias ciudades como capital.

La tercera Bestia fue el reino helénico fundado por Alejandro Magno. Las cuatro divisiones en que se divide este reino tras la muerte de Alejandro son las cuatro cabezas de esta bestia.

La cuarta Bestia es el dominio de Roma.

Después de escuchar las frías divisiones de la Historia, escuchemos las palabras poéticas del profeta Daniel, muchísimo más bellas e infalibles por ser de Dios:

Contemplaba yo en mi visión durante la noche lo siguiente: los cuatro vientos del cielo agitaron el mar grande, y cuatro bestias enormes, diferentes todas entre sí, salieron del mar. La primera era como un **león con alas de águila**. Mientras yo la miraba, le fueron arrancadas las alas, fue levantada de la tierra, se incorporó sobre sus patas como un hombre, y **se le dio un corazón de hombre** (Dan 7, 3-4).

El león es símbolo de la realeza, de la magnificencia de ese reino. Las alas símbolo de la rapidez con que se desplazaba. De acuerdo

a Daniel 4,16 significaría que al final este reino cruel se volvió más humano.

A continuación, otra segunda bestia, **semejante a un oso**, levantada de un costado, con tres costillas en las fauces, entre los dientes. Y se le decía: «Levántate, devora mucha carne (Dan 7, 5).

El oso simboliza un poder masivo. Ese ejército inmenso está simbolizado en las patas de oso que tiene la Bestia del Apocalipsis.

Después, yo seguía mirando y vi otra bestia **como un leopardo con cuatro alas de ave** en su dorso; la bestia tenía cuatro cabezas, y se le dio el dominio (Dan 7, 6).

El ejército de Alejandro era ligero y ágil, por eso se asemeja al astuto leopardo. Este ejército no sólo era ligero como el babilónico, sino el doble de ligero, por eso cuenta con cuatro alas.

Después seguí mirando, en mis visiones nocturnas, y vi una cuarta bestia, terrible, espantosa, extraordinariamente fuerte; tenía enormes **dientes de hierro**; comía, trituraba, y lo sobrante lo pisoteaba con sus patas. Era diferente de las bestias anteriores y tenía diez cuernos (Dan 7, 7).

Este reino de hierro es el dominio romano. Los dos reinos orientales anteriores y el de Alejandro Magno habían estado dominados por gobernantes que sólo buscaban botín e impuestos. Eran reinos de puro dominio. Mientras que este reino era diferente a los reinos anteriores. Y por ese gobierno mucho más racional también era mucho más fuerte.

Ahora, tras pasar revista a las cuatro bestias, es el momento de releer la descripción brevísima de la Bestia del Apocalipsis:

La Bestia que vi se parecía a un leopardo, con las patas como de oso, las fauces como fauces de un león (Ap 13, 2).

Es decir, ese poder mundial del fin de los tiempos tendrá características de los reinos citados por Daniel: astuto y ligero (leopardo), masivo y cruel (oso) y de legiones poderosas como las del Imperio Romano (león de dientes de hierro).

Incluso en Daniel se nos da luz acerca de porque la Bestia del Apocalipsis tenía diez cuernos pero sólo siete cabezas. Porque dice el texto al referirse a la última bestia:

Estaba yo observando los cuernos, cuando en esto despuntó entre ellos otro cuerno, pequeño, y tres de los primeros cuernos fueron arrancados delante de él. Tenía este cuerno ojos como los de un hombre, y una boca que decía grandes cosas (Dan 7, 8).

Es decir, uno de los presidentes de ese Estado acabará con tres, por ejemplo, generales o rangos menores a los del presidente. Este episodio es explicitado algo más por Daniel:

El habló así: «La cuarta bestia será un cuarto reino que habrá en la tierra, diferente de todos los reinos. Devorará toda la tierra, la aplastará y la pulverizará. Y los diez cuernos: de este reino saldrán diez reyes, y otro saldrá después de ellos; será diferente de los primeros y derribará a tres reyes (Dan 7, 23-24).

A este hecho de las luchas intestinas en la cúpula del Poder se une la profecía de Daniel de la persecución de los creyentes.

Proferirá palabras contra el Altísimo y pondrá a prueba a los santos del Altísimo. Tratará de cambiar los tiempos y la ley, y los santos serán entregados en sus manos por un tiempo y tiempos y medio tiempo (Dan 7, 25).

Es decir, uno de esos presidentes comenzará la gran persecución contra los cristianos durante tres años y medio. Y no sólo eso, tratará de cambiar la medida del tiempo (el año cristiano, la semana judía) para así acabar con el recuerdo de la religión

impreso en el modo de medir el tiempo. Algo que, como ya mencioné, intentó la Revolución Francesa y la Unión Soviética, intentando ésta implantar semanas en las que ya no existiera el domingo ni pudiera ser identificado: por ejemplo con semanas de seis o cinco días.

Pero el tribunal se sentará, y el dominio le será quitado, para ser destruido y aniquilado definitivamente. Y el reino y el imperio y la grandeza de los reinos bajo los cielos todos serán dados al pueblo de los santos del Altísimo. Reino eterno es su reino, y todos los imperios le servirán y le obedecerán. (Dan 7, 26-28).

Aquí veo profetizado el milenio del reinado de Cristo sobre la tierra.

La Bestia de los dos cuernos



Después que ha quedado clara la descripción de la Bestia, de éste régimen político anticristiano y expansivo, aparece una segunda bestia. Hasta el capítulo 13, el Libro del Apocalipsis sólo había hablado de la Bestia, por eso yo (en mi avance a través del Libro) he usado la misma nomenclatura, pero en ese capítulo hace aparición una segunda.

Es a partir de ese capítulo 13 cuando nos vemos obligados a hablar de una primera y una segunda. No olvidemos que ha sido la primera Bestia la que, hasta ese momento, ha llevado la guerra a las naciones. Aunque dada la brevedad de la descripción, da la impresión de que la segunda existe durante poco tiempo. Impresión reforzada por el hecho de que su aparición parece coincidir con la etapa paroxística de la persecución anticristiana.

Vi luego otra Bestia que surgía de la tierra y tenía dos cuernos como de cordero, pero hablaba como una serpiente. Después vi otra bestia que subía de la tierra; y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como dragón. Y ejerce toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella, y hace que la tierra y los moradores de ella adoren a la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada (Ap 13, 11-12).

Lo único que podemos saber de este régimen son los siguientes rasgos:

Sube de la tierra

La primera surge del mar: *Y vi surgir del mar una Bestia que tenía diez cuernos* (Ap 13, 1). Es cierto que más adelante se explica: *Las aguas que has visto, donde está sentada la Prostituta, son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas* (Ap 17, 15). Queda claro que la primera Bestia surge de las masas de las naciones. ¿Pero entonces qué se quiere expresar cuando se afirma que un Estado proviene del mar y otro de la tierra? ¿Un poder transatlántico (por ejemplo, como el de la OTAN) y otro continental (por ejemplo, el de China)? Por favor, entiéndase tal cosa únicamente como dos meros ejemplos. También podía haber puesto el ejemplo, en el siglo XIX, de un poder marítimo como el de Gran Bretaña, y continental como el de Napoleón; o el de Cartago frente al más terrestre de Roma.

Dos cuernos

Podría parecer a primera vista que los dos cuernos son meramente dos, porque así es necesario para un carnero, y, por lo tanto, que no tendrían un simbolismo especial. Pero, sin duda, los dos cuernos hacen referencia a un poder dual, consecutivo o simultáneo de este Estado, frente a la multiplicidad de siete cuernos del primer Estado. El bando germano en la Primera Guerra Mundial era dual, formado por Alemania y Austria. Puede ser así, o pueden ser dos gobernantes consecutivos, siguiendo las pautas indicadas para los cuernos en la primera Bestia.

Poseen un simbolismo concreto el hecho de que sean dos cuernos, porque en Daniel se enfrenta el carnero de occidente

contra el de oriente. Y del poder de occidente se dice: *El carnero tenía un cuerno entre sus ojos* (Dan 8, 5). Y se contrapone este poder de occidente al poder de oriente: *Fue hacia el carnero con los dos cuernos que había visto estando junto al río* (Dan 8, 6).

Que el tema de los cuernos en el libro del Apocalipsis (como en el libro de Daniel) nunca es casual y carente de sentido se observa en que se dice del carnero de occidente: *Entonces el carnero creció extremadamente grande, pero en la altura de su poder, el gran cuerno fue roto. Y en su lugar salieron cuatro cuernos prominentes hacia los cuatro vientos del cielo* (Dan 8, 8).

Parece un régimen bueno

Si el primer régimen parecía maligno, este tiene un discurso falsamente bueno. El que parezca un cordero da a entender que su discurso es pacifista. Pero detrás de este régimen está el demonio, porque *tenía dos cuernos como de cordero, pero hablaba como un dragón* (Ap 13, 11).

Las dos Bestias coexisten

Primero aparece un gran poder político, de carácter expansivo, que es blasfemo y anticristiano. Después, en un segundo momento, aparece otro gran poder político, pero se dice que *ejerce toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella*. De este segundo poder no se dice que tenga una naturaleza expansiva, pero sí idolátrica: *Diciendo a los habitantes de la tierra que hagan una imagen en honor de la Bestia* (Ap 13, 14).

Durante el tiempo de la primera bestia se ha dicho: *Y se postraron ante el Dragon (...) y se postraron ante la Bestia* (Ap 13, 4). Pero en el régimen de la primera Bestia se insiste más en la

blasfemia y en la guerra contra los santos. Y en el régimen de la segunda Bestia se insiste más en la idolatría.

Mezcla de lo político y lo religioso

De la primera bestia se insiste más en lo político (la guerra, la persecución contra los cristianos), mientras que la segunda Bestia tiene a su servicio al falso profeta que hace hechos portentosos:

También hace grandes señales, de tal manera que aun hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres. (Ap 13, 13).

Y fruto de esta mezcla de lo político y lo idolátrico se dice una cosa extraña de la segunda bestia:

Y hace que la tierra y los moradores de ella adoren a la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada (Ap 13, 12).

¿Significa esto que el Estado contaba con una imagen que lo representaba, y el segundo Estado decide unirse a la adoración de esa imagen? En este versículo también se observa que el primer régimen pasó por convulsiones que estuvieron a punto de hacerle perecer, pero sobrevivió a ellas. Algo antes, se había reiterado este hecho: *Una de sus cabezas parecía herida de muerte, pero su llaga mortal se le curó* (Ap 13, 3).

Que el inteligente calcule la cifra de la Bestia, pues es la cifra de un hombre. Su cifra es 666 (Ap 13, 18).

Este hombre es el Anticristo, aunque tal hombre nunca aparezca denominado así en el Apocalipsis. La Bestia sobre la que ejerce su autoridad es la segunda Bestia. En su reinado se marcará a los adoradores de la Bestia y se adorará al ídolo que representa a ella.

Obsérvese que la relación entre el Anticristo y la Bestia es paralela a la relación entre Cristo y la Iglesia. Otro aspecto del texto es que se resalta la contraposición entre las dos Bestias colosales y la humildad del *Cordero que estaba en pie sobre el monte Sión y con Él ciento cuarenta y cuatro mil* (Ap 14, 1).

En estas explicaciones acerca de cómo interpretar el texto joánico, explicaciones que he ofrecido con humildad, pueden contener errores. Pero he intentado, lo mejor que he podido, seguir las mismas directrices del texto. Pues el mismo libro nos guía acerca de cómo interpretar el texto: *Voy a explicarte el misterio de la mujer y de la Bestia que la lleva, la que tiene siete cabezas y diez cuernos* (Ap 17, 7).

Y es el mismo Libro el que nos incita a interpretar: *Aquí es donde se requiere inteligencia, tener sabiduría. Las siete cabezas son siete colinas sobre las que se asienta la mujer. Son también siete reyes* (Ap 17, 9). En otro pasaje se reitera esta invitación a la lectura que busca interpretar: *Que el inteligente calcule la cifra de la Bestia, pues es la cifra de un hombre. Su cifra es 666* (Ap 13, 18).

En el capítulo 7 de Daniel, se habla de las cuatro bestias que en el Apocalipsis son una sola. Y en el capítulo 8 de Daniel, el profeta describe al carnero de dos cuernos que es la segunda Bestia del Apocalipsis. El orden de las descripciones son iguales en el profeta y el apóstol.

Lo que diga Daniel sobre el carnero habrá de ser tomado como una explicación acerca del carnero del texto joánico. Ya al hablar del Apocalipsis de Daniel analicé la figura del carnero. Quiero tan solo recordar que el primer carnero en Daniel viene de

oriente, y que es el enfrentamiento con el segundo carnero (que viene de occidente) lo que produciría el Armagedón.

III parte

Cuestiones particulares

En esta parte, se desgranar una serie de cuestiones que son más de detalle. Lo grandioso del Apocalipsis es que incluso las cuestiones menores pueden resultar de gran interés y merecen que se reflexione acerca de ellas.



La mentalidad apocalíptica



Para distinguir entre una mentalidad recta y una distorsionada al hacer que nuestros pensamientos transiten por el texto joaneo, tenemos, por ejemplo, la luz que nos ofrece la época de Moisés. En el Éxodo es fácil imaginar cómo vivió toda la sociedad egipcia la irrupción de la ira de Dios. Evidentemente, esos capítulos iluminan el texto de San Juan. La Humanidad entera experimentará los padecimientos de Egipto en la época de Moisés.

Podemos discutir acerca de la interpretación de tal o cual versículo del texto joaneo. Pero, tomado éste como un todo, ya está descrito a escala menor en el pasaje del Éxodo. Los paralelismos son innegables: aguas que se convierten en sangre, úlceras, granizo, las tinieblas.

Algunos han intentado ofrecer una interpretación meramente natural a las plagas de Egipto: aguas torrenciales que verterían barro rojo en el Nilo, riada que causaría una migración de las ranas, muerte de ganado por la riada que provocaría una plaga de moscas, las cuales serían la razón de la epidemia que mata a muchos. Incluso la tiniebla podría haber sido causada por una tormenta de arena.

Pero esta explicación no concuerda con el texto. Moisés, él en persona, convierte el agua en sangre; llueve granizo que al caer mata hombres y animales; mucho menos concuerda con hechos

posteriores como la columna de fuego que aparece frente al Pueblo Elegido. Pero este intento racionalista de explicar la intervención de Dios resulta útil para nosotros. Porque nos muestra cómo los no creyentes siempre intentarán dar una explicación natural a lo que ocurra durante el apocalipsis. Tras lo visto vemos que lo que realmente caracterizará al verdadero y único apocalipsis será una mezcla de catástrofes humanas (guerra, hambre, peste), cósmicas (caída de dos meteoritos, pérdida de intensidad del sol) y divinas (granizo con fuego, el agua convirtiéndose en sangre, etc).

Es decir, lo que verdaderamente permitirá identificar que se está en el fin del mundo de un modo totalmente inequívoco no será tanto la aparición de un nuevo Stalin o de un nuevo Hitler, o una guerra de grandísima extensión, como la intervención directa e indudable de Dios. Ése será el sello infalsificable, los otros signos humanos estarán más sujetos al discernimiento de los que los vean. Mientras que los signos divinos son lo que permitirá afirmar: ésta no es una guerra más, ésta no es una peste más, éste no es un anticristo más.

Y como los hombres son proclives a equivocarse a la hora de discernir, esos portentos divinos deberán ir acompañados de los otros signos humanos y cósmicos del fin del mundo. La urdimbre de los tres elementos (humanos, cósmicos, divinos) es necesaria. Y no sólo eso, sino que, además, tendrá que producirse esa urdimbre siguiendo la secuencia progresiva del texto joánico y los detalles deberán cumplirse. Por ejemplo, en el terremoto de Jerusalén tendrán que morir 7.000 personas. Si murieran sustancialmente muchos hombres o menos no sería el terremoto profetizado.

Y he dicho que debe seguir la secuencia progresiva del texto joánico, porque a veces sí que el texto ofrece conexiones temporales. Por ejemplo el terremoto debe producirse tras la muerte de los dos testigos. Otro ejemplo de secuencia temporal: la

úlceras sobre la piel de los hombres debe producirse tras la impresión de la marca de la Bestia sobre manos y frentes. De manera que si, pongamos el caso, en este año de 2017 comenzaran a aparecer úlceras de piel en un gran tanto por cierto de la Humanidad, eso no sería signo del Apocalipsis, porque todavía no se ha impreso la marca.

Como se ve, la interpretación recta no cae en el racionalismo de querer explicarlo todo de un modo natural, ni cae en el irracionalismo de ver en todo y cada momento el comienzo del apocalipsis.

Permítase una comparación, el texto joaneo actúa como una bula papal medieval. En una bula no era uno sino varios los elementos de seguridad que aseguraban la autenticidad del documento. No era sólo el enviado que la portaba o la comitiva que le acompañaba (un enviado papal con un gran documento no era un perfecto desconocido que llegaba solo ante el rey o ante un concilio), no era sólo sello de plomo, sino también el tipo de letra completamente característica de la cancillería papal. Con el pasar de los siglos, hasta el entrelazamiento de los hilos del cordón del que pendía el sello se convirtió en un elemento identificativo.

En un mensaje papal, la identificación del emisor debía ser clara. En un mensaje divino como éste –avisar del fin del mundo–, la identificación debe ser clara con mayor razón.

La importancia de discernir bien si nos encontramos en el tiempo final de la Historia es tal que los elementos identificativos que se nos han otorgado son varios, y no sólo se nos ofrecen rasgos claros en sí mismos, sino también el modo en que deben combinarse. La identificación de ese tiempo traerá consuelo. Pero la mala interpretación traería desesperanza a los que, finalmente, se

sentirían engañados. De ahí la conveniencia de urdir un texto que no permitiera interpretaciones erróneas.

Por supuesto que el texto tiene en cuenta las interpretaciones razonables. Ya que el libro no puede tratar de apagar todos los fuegos que prendan las interpretaciones no razonables. El texto es razonable teniendo en cuenta las interpretaciones razonables. Si un texto tratara de tener en cuenta la irracionalidad, se embarcaría en una misión imposible que le haría caer a él mismo en la irracionalidad. No se puede razonablemente tratar de atajar toda irracionalidad en el modo de leer unas líneas. Por eso, Dios sabía, desde el principio, que si otorgaba a la Humanidad el Libro del Apocalipsis, surgirían, de vez en cuando, lectores visionarios.

Una cosa es leer el texto y someterse férreamente al texto, y otra cosa es usar el texto como plastilina entre las manos. El libro posee su lógica interna. Leerlo bien es introducirse en los caminos de esa lógica. Sin embargo, hay quienes (sin mala voluntad) fraccionan la unidad del texto en fragmentos lo suficientemente pequeños para encajarlos en la lógica de sus propias mentes imaginativas. Si una parte del Apocalipsis la dividimos y volvemos a dividir, acabará por encajar en cualquier espacio del puzzle. Por eso, en esta obra he insistido tanto en el Libro del Apocalipsis como unidad; por supuesto no he perdido tiempo en el vano intento de buscar coincidencias entre las minucias del libro y tal o cual detalle de nuestra época. Hoy día, en el año 2017, no veo coincidencia alguna.

Para no caer en una errónea mentalidad apocalíptica, lo que importa no es la interpretación de las minucias, sino la interpretación del libro entero en cuanto tal. El libro entero también nos ofrece un mensaje, no sólo sus partes.

No podemos ejercer violencia al texto bíblico. No podemos dar la espalda a las aristas de un versículo que no encaja en nuestro puzzle mental. No hace falta insistir en que el puzzle es imposible de completar hasta que llegue el tiempo profetizado. El texto sirve para identificar, sí, pero no debe ser visto como un saco repleto de piezas utilizables para la construcción de nuevas profecías.

He conocido a sujetos que sin ser conscientes de ello instrumentalizan el Apocalipsis. Lo instrumentalizan como sustrato inicial para generar nuevas profecías. Indudablemente, el Apocalipsis bien mezclado con las noticias de cualquier época, y agitado en la coctelera que es la mente de algunas personas, produce resultados nuevos y concretos: fechas concretas, vaticinio de desastres concretos, advertencia de la caída de tal o cual gobernante, el aviso de que se va a manifestar una élite maligna que maneja los hilos del mundo, etc, etc.

El Libro del Apocalipsis en sus manos se convierte en maquinaria productora, como si las grandes profecías bíblicas generaran nuevas profecías menores. Las piezas sueltas del Libro conforman infinitas combinaciones sobre el tablero de la mente. Combinando esas piezas textuales con las piezas de la realidad actual, las jugadas son infinitas. Algunas ridículas (y no por eso menos creídas), otras ingeniosas (no por eso verdaderas). Las teorías ingeniosas sin sustento no se mantienen en pie.

Esta clase de errores han llevado a alguna familia entera a mudarse de domicilio, dejando atrás amigos y puestos de trabajo. Otros no huyen, pero acumulan comida: hábito que algunos realizan ya desde antes del año 2000. Conocí a un matrimonio que sus pocos ahorros los invertía en diamantes pequeños para guardarlos en casa y así poderlos cambiar por bienes esenciales.

Todas estas personas de mentalidad apocalíptica están convencidas de que todo es inminente. El lector de la presente obra ya se ha dado cuenta de que incluso si nosotros fuéramos los elegidos para vivir ese fin del mundo, los septenarios requieren de veinte o treinta años para desplegarse, y todavía no han empezado; bien es cierto que tampoco estoy muy seguro, lector, de en qué siglo está usted leyendo esta obra.

Lo que no tiene sentido es acumular comida cuando no ha dado comienzo ni el primer sello. Tampoco tiene sentido gastar el dinero en comprar diamantes, porque si el fin del mundo comienza, el dinero, el oro o las joyas no valdrán nada. Si la gente lucha por alimentarse, lo último que pensará es en comprar alhajas.

Otra característica de estas personas obsesionadas es que se escandalizan de que los demás creyentes no vean con total claridad lo que ellos ven de forma tan evidente. Están seguros de que sus castillos en el aire se fundamentan de forma absoluta en el texto bíblico. Y eso que, en los discursos de los apocalípticos, los textos escriturísticos no constituyen ni un 1% del contenido. De cada versículo que les interesa, surgen largas cadenas de hipótesis. Unos pocos versículos les sirven, el resto del texto joaneo no tiene ningún interés para ellos.

Frente a esta desviación, hay que atenerse a la sobriedad del texto. ¿Cómo hubiéramos interpretado, reorganizado y unificado las profecías acerca del Mesías si hubiéramos vivido un siglo antes de su nacimiento? Estaba claro que la mayoría de esas profecías sólo quedarían claras cuando Él apareciera. En ese tiempo, reunir las profecías y meditarlas hubiera sido una labor útil. Pero tratar de suplir con imaginación la oscuridad de los textos para construir una figura humana mesiánica concreta hubiera sido una tarea destinada

al fracaso. Lo mismo pasa con el Apocalipsis. Debemos actuar respecto al texto de Juan, como hubiéramos actuado con las profecías mesiánicas antes del siglo I. Los criterios que hubiéramos deducido como justos y razonables si hubiéramos vivido en esas generaciones previas al Mesías son una enseñanza acerca de cómo actuar en el presente.

El mismo Jesús advirtió de este peligro:

Jesús les respondió: **Mirad que no os engañe nadie.** Porque vendrán muchos usurpando mi nombre y diciendo: "Yo soy el Cristo", y **engañarán a muchos.** Oiréis también hablar de guerras y rumores de guerras. **¡Cuidado, no os alarméis!** Porque eso es necesario que suceda, pero no es todavía el fin (Mt 24, 4-6).

Entonces, si alguno os dice: Mirad, el Cristo está aquí o allí, no lo creáis. Porque surgirán **falsos cristos y falsos profetas**, que harán grandes señales y prodigios, capaces de engañar, si fuera posible, a los mismos elegidos (Mt 24, 23-24).

Si mi libro ha servido para entender por qué es errada la mentalidad apocalíptica, me sentiré satisfecho. Y no olvidemos que incluso en la generación que le toque vivir el fin del mundo, existirán individuos con esa mentalidad. Es decir, incluso entonces, habrá quienes irán mucho más allá del texto bíblico, de la interpretación razonable, cayendo en interpretaciones ridículas, añadiendo infinidad de falsas revelaciones privadas. No sólo habrá individuos así, sino que precisamente en esos tiempos finales la floración de apocalípticos será mayor que nunca. Y éste será un elemento a tener en cuenta por lo distorsionador que resultará en las comunidades de creyentes.

Este exceso, esta obsesión, este cúmulo de malas interpretaciones, llevarán al error a algunos: eclosión de numerosísimas fechas, abrumadora cantidad de revelaciones privadas acerca de lo que va a suceder, de lo que deben hacer, de supuestos consuelos de lo alto que sin discernimiento alguno serán

creídos. No hace falta ser profeta para entender que cuanto mayores sean las desgracias planetarias, más pábulo se dará a personas que confundirán su imaginación con mensajes del cielo. ¿Cuál será el resultado de esto?: el empacho y hastío acerca del tema del fin del mundo. Es decir, incluso en esa generación, a causa de estos apocalípticos, habrá creyentes que ya no querrán oír ni una palabra más acerca del texto joaneo.

Hay una mentalidad apocalíptica sana que ve el texto sagrado cumpliéndose en la propia vida y en cada generación. Esta mentalidad lleva a ver la Mano de Dios en todo, lleva a la oración, la penitencia, a abandonar las vanidades del mundo y a poner la confianza sólo en Dios, porque todas las demás cosas de este mundo son torres que se derrumban. El Tiempo ya es una forma de lento apocalipsis.

Los hombres de oración identifican la presencia de los elementos integrantes de los septenarios aquí y allí con una visión del espíritu de la que carecemos las personas más materiales. Esta visión sana da paz a la persona. Es una interpretación espiritual que nada tiene de malo.

La interpretación apocalíptica insana inquieta a los espíritus, cree al primero que llega con supuesta revelación privada, le encanta hacer complicadas construcciones numéricas. No busca lo espiritual, sino advertir nerviosamente a todos de que ha logrado identificar tal o cual detalle del Libro.

En la interpretación espiritual, el cuándo no tiene mayor importancia que la consolación que pueda ofrecer al que le toque vivir ese tiempo. Lo importante es que es un libro vivificador ya ahora. En la interpretación insana, lo importante es identificar, desvelar lo que otros no han descubierto, advertir a los demás,

prepararse materialmente para un fin inminente. Como se ve, la mentalidad apocalíptica y la mentalidad sana son dos mundos interiores distintos. Lo único que tienen en común es que usan el mismo libro.

¿Puede un Papa llegar a ser el Anticristo?



Planteémonos ahora la cuestión teórica de si un Romano Pontífice podría llegar a convertirse en el Anticristo profetizado en el Apocalipsis. ¿Es esto posible? La respuesta categórica es no. La razón es muy simple y cargada de toda lógica: el Vicario de Cristo es el único que teóricamente poseería la capacidad de destruir la Iglesia con un solo acto de su potestad. Bastaría que reuniera a los cardenales y al pueblo fiel en la Plaza de San Pedro un día determinado avisándoles a todos que tiene que comunicar algo muy importante. Por supuesto que sus más cercanos colaboradores le preguntarían de qué se trata. Él les podría decir que prefiere guardarlo en secreto.

Llegado el día, una vez todos reunidos, les diría que va a proclamar un dogma en ese mismo momento. Y allí, con toda solemnidad, con calma, les diría que él, como Romano Pontífice, como Maestro de la Fe, quiere proclamar como verdad de fe que Dios no existe. Después, si lo deseara, podría ofrecer algunas razones para justificar la necesidad de haber realizado tal acto solemne, insistiendo en que se halla en perfecto uso de sus facultades. El discurso posterior tendría como fin dar muestras de que está en pleno uso de sus facultades y que esa decisión ha sido largamente meditada.

Precisamente por eso el Papa no puede ser el Anticristo, porque él es el único que puede destruir la Iglesia Católica. Del mismo modo que se dice que el Presidente de Estados Unidos tiene la capacidad de “apretar el botón” (el botón de la guerra atómica total), también se puede decir que el Papa tiene la capacidad de apretar el botón para dinamitar la entera institución eclesial. Así que él no puede ser, porque del Anticristo no decimos que sea una persona débil o con ciertas equivocaciones, sino que es un hombre con un supremo grado de maldad. Él es ejemplo de lo que es la consumación de la perversión de un alma. Por eso se le denomina con esa expresión: el Anticristo. Es decir, es lo contrario a Cristo. De ahí que si un Papa fuera el Anticristo no desearía hacer algo de daño a la Iglesia, sino el mayor daño posible.

Ha habido muchos individuos en la Historia que han sido contrarios a Cristo, que se le han opuesto, que han batallado contra Él. Individuos que han sido lo opuesto a la bondad de Jesús. Pero de esta persona que vendrá se afirma que es el Anticristo, es decir, el anticristo por antonomasia.

Un Papa puede ser pecador, un mal teólogo, mundano, puede vivir en pecado mortal. Incluso, como posibilidad, cabe que el obispo de Roma pierda la fe. Incluso un Papa sin fe no sería el Anticristo. Incluso un Papa que fuera un Judas no sería esa figura bíblica. Hay una diferencia radical entre que un clérigo haga lo contrario a lo que haría Jesús, a que busque su destrucción. Por esa razón el Anticristo no puede ser el Vicario de Cristo. No estamos hablando de mera maldad, sino de una figura profetizada que hará la guerra a los seguidores de Cristo, una guerra a muerte. Una figura que hará cesar el sacrificio en el templo de Dios y que colocará la abominación de la desolación sobre el altar del Señor.

El reencuentro del Arca de la Alianza



En el segundo libro de los Macabeos (II Mac 2, 4-8) se nos profetiza que el Arca de la Alianza será encontrada. El mencionado pasaje de Macabeos nos muestra cómo, antes de que Babilonia invadiera Jerusalén, el profeta Jeremías escondió en una cueva del monte Nebo la Tienda de la Reunión, el Arca y el altar del incienso, y por último añade:

Este lugar quedará desconocido hasta que Dios vuelva a reunir a su pueblo y le sea propicio. El Señor entonces mostrará todo esto y aparecerá la gloria del Señor y la Nube, como se mostraba en tiempo de Moisés, y cuando Salomón rogó que el lugar fuera solemnemente consagrado (II Mac 2, 7-8).

Fijémonos que si se encuentran estos objetos sagrados, algún malicioso racionalista podría acusar de que estos son falsificaciones. Por eso, para remachar la autenticidad de estos objetos, aparecerá la gloria del Señor y la Nube. Pienso que esto significa que cuando estos objetos se lleven a Jerusalén, una nube y una luz que no se sabrá de dónde salen, los rodeará; por eso dice nube y gloria.

Hay que hacer notar que lo que ahora pensamos que es el monte Nebo está situado en territorio de Jordania. Pero el verdadero monte desde el cual Moisés subió *para contemplar la heredad de Dios* (II Mac 2, 4) tal vez esté cerca del que se conoce actualmente como monte Nebo: cerca, pero quizá no es éste. Éste asunto no carece de importancia, porque esos objetos (tras ser

estudiados) convendrá que sean entregados a las autoridades religiosas judías para su veneración. Pienso que será entonces, cuando se coloquen en el lugar donde van a ser custodiados, cuando sucederá el descenso de la gloria de Dios.

Si Dios ha preservado esos objetos como signo de la verdad de su religión, conviene que la manifestación del poder de Dios sea un acontecimiento plenamente público, porque será la prueba de la verdad de las Sagradas Escrituras.

El que se mencione en Macabeos que sucederá esto lo mismo que cuando fue dedicado el Templo, parece dar a indicar que el Templo habrá sido reconstruido y que es en su recinto cuando ocurrirá este descenso de la gloria de Dios. Una de las posibilidades que pueden suceder es que ocurra cuando introduzcan el Arca en el *Sancta Sanctorum*, será cuando la Nube invada todo el santuario.

Está fuera de duda que este hecho avivará el fuego de la fe en el pueblo judío de todo el mundo. Puede que años después sea cuando suceda la predicación de los dos testigos. Los judíos serán avivados en su fe, pero se darán cuenta de que están viviendo los hechos profetizados en la Biblia cristiana, entonces sería el momento óptimo para que los dos testigos aparezcan, para rematar ese proceso y provocar conversiones judías en masa al cristianismo. Es curioso, el gran hecho que reavivará la fe judía está profetizado en un texto que es sagrado para los cristianos católicos y ortodoxos, pero no para los judíos ni los protestantes.

Por supuesto que todo puede suceder a la vez. Pero en vez de la acumulación de hechos extraordinarios, me inclino a pensar que la sucesión de hechos será la siguiente:

- reconstrucción del Templo

- hallazgo del Arca

- predicación de los dos testigos
- conversiones en masa
- invasión de Israel por el Estado que es la Bestia

Hay que dejar bien claro que en ningún lugar de la Biblia se afirma que se vuelva a reconstruir el Templo de Jerusalén. Este punto no está claro. Como ya se dijo, en el texto joánico se habla del Templo. Ese templo o es el de Jerusalén o es la Basílica de San Pedro del Vaticano. Si es el hierosolimitano, pienso que la sucesión de hecho más adecuada es la que he expuesto.

A eso hay que añadir que los dos Libros de Macabeos no son considerados sagrados ni por los judíos ni por los protestantes. Así que esta profecía cumplida sería un indicio para los judíos de que católicos y ortodoxos estaban en lo correcto al considerarlos parte del canon de libros sagrados. Sería un indicio, no una prueba. El que ni protestantes ni judíos consideren estos dos libros como sagrados es lo que ha hecho que, hasta el día de hoy, nadie mencione esta profecía del hallazgo del Arca. Incluso entre los católicos es un vaticinio que prácticamente nadie conoce.

Sería impresionante que el final de los tiempos sucediera con el Templo de Jerusalén reconstruido y con el Arca de la Alianza en su cámara más profunda, mientras Enoc y Elías predicán en Jerusalén y las masas hebreas se convierten a la Nueva Alianza. Si casi todo el pueblo judío se convirtiera al cristianismo, podría suceder que el Templo pasara a ser oficialmente un templo católico. Con la santa misa siendo celebrada en el altar de bronce acondicionado como altar cristiano, y con la Eucaristía dentro del Arca de la Alianza.

Si esto fuera así, es sólo una posibilidad, el culto comenzaría en el Templo en el momento en que éste pasara a ser oficialmente

católico. Pues hasta entonces no podría haber sacrificios, pues las líneas genealógicas de las tribus se han perdido irremediabilmente (las tribus se han mezclado) y el Antiguo Testamento es taxativo en que sólo los levitas podían ejercer esas funciones o entrar en el santuario.

Para una mentalidad cristiana, acostumbrada a seguir los preceptos bíblicos en el espíritu, con amplitud, puede parecer esto un problema menor. Pero para un judío fiel, no. Por ofrecer los sacrificios no se puede quebrantar la Ley, por eso si se reconstruye el Templo, éste carecería de culto levítico. Sería un lugar donde con licitud sólo podría haber oraciones y cantos. La conversión al cristianismo sería la única posibilidad de un retorno del culto sacrificial a ese templo.

Una última anotación respecto a la conversión de los judíos. En toda la literatura cristiana acerca del Apocalipsis, siempre se da por supuesto este hecho como signo del fin de los tiempos. Pero justo es reconocer que tal profecía se basa en un solo pasaje de la Biblia. Un solo pasaje de dos versículos, lo que sucede es que son muy claras las palabras de san Pablo:

Quiero que entendáis este misterio: un endurecimiento ha venido sobre parte de Israel, hasta que haya entrado el número completo de los gentiles. Y entonces todo Israel será salvado, como está escrito: *De Sión vendrá el Liberador, el desterrará la impiedad de Jacob* (Romanos 11, 25-26; la cita de san Pablo es de Isaías 59, 20).

Lo dicho, son sólo dos versículos, pero muy claros para toda la tradición cristiana de glosadores de este pasaje. Obsérvese que el episodio de la conversión judía se concatena al hecho de que el Evangelio haya sido predicado a todo el mundo. Esto recuerda un detalle profético de Jesús respecto al apocalipsis:

Y estas buenas noticias del Reino serán proclamadas a través de del mundo, como testimonio a todas las naciones. Y entonces el fin vendrá (Mt 24, 14).

Y el Evangelio debe primero ser proclamado a todas las naciones (Mc 13, 10).

A día de hoy, el Evangelio no se ha predicado en los países musulmanes (por ejemplo, en países africanos como Chad o Sudán), así como en grandes partes de Asia. La Buena Nueva no ha llegado a países enteros como Mongolia o Afganistán. Otras naciones permanecen sustancialmente sin haber recibido el mensaje de Jesús: como Japón o gran parte de la India.

Aunque todos los exegetas reconocen que verificar el cumplimiento de este signo no es tan claro como otros. ¿Deberá haberse predicado el Evangelio en todas y cada una de las naciones de la Tierra, o basta con que sustancialmente se haya cumplido este hecho? En cualquier caso, está claro que hoy día hay una franja que va desde Mauritania a Japón, a la que no ha llegado el Evangelio.

En los textos que hemos expuesto, hay dos referencias que pueden parecer algo difusas para su verificación:

El Evangelio debe primero ser proclamado a todas las naciones (Mc 13, 10).

Hasta que Dios vuelva a reunir a su pueblo y le sea propicio (II Mac 2, 7).

Son algo difusas, a no ser que se cumplan de un modo claro y radical: que ya no quedaran naciones ni asiáticas ni musulmanas a las que predicar el Evangelio, y que los judíos de todo el mundo retornaran en cantidades masivas a su solar patrio. Todo esto nos prueba, otra vez, que el fin del mundo no puede suceder en dos o tres años. Ésta es una verdad clara que conviene repetir: incluso si la maquinaria del fin del mundo se pusiera en marcha hoy, se

precisaría de una cantidad no pequeña de años para el desenvolvimiento de los signos.

Otros temas menores



La Unión Europea, la ONU y otras organizaciones

Son muchas las personas que en la Unión Europea, en la ONU y en cualquier estructura supranacional ven un gobierno mundial al servicio del Anticristo. No sé qué pueda ser de estas organizaciones en el futuro, tal vez algún día esto sea así. Pero en el presente, escribo este libro en el año 2017, tales organizaciones no son en ningún caso ni la Bestia del Apocalipsis ni el Anticristo se ha manifestado ni se verifican los signos anunciadores del Apocalipsis.

Otros ven esa Bestia en los *illuminati*, en el Gobierno Federal de Estados Unidos, en el Club Bilderberg, en cualquier supuesto grupo secreto en la sombra que mueve los hilos del mundo. No puedo dar ningún consejo a los urdidores de castillos de hipótesis en el aire. Porque el que tiene esta mentalidad no la va a cambiar por el hecho de que yo le dé un consejo. Pero a la gente crédula que lee estas teorías basadas en otras teorías, le recomendaría que ayune de esta literatura y viva tranquila en el Señor, que viva su fe en paz y sin inquietud.

Me gustaría recomendar a estas personas crédulas que se centren en el texto bíblico, en su sobriedad y belleza, pero es preferible que ayunen también de eso. Pues una vez que este veneno de la mentalidad apocalíptica ha entrado en una mente, se produce una verdadera deformación de la capacidad de

interpretación de la realidad de la que es difícil salir. En esos casos, se hace necesario ayunar de todo lo que tenga que ver con el fin de los tiempos.

A estas personas las he evitado llamar “milenaristas”, porque el texto joánico, ciertamente, habla de un milenio de reinado de Cristo. He evitado usar esa expresión por eso y porque la doctrina, así llamada, “milenarista” defiende algo muy concreto, en definitiva: una parusía de Cristo antes de la batalla de Gog. De manera que se suele usar esa expresión del milenarismo de un modo bastante amplio e impreciso.

Ni este libro ni ninguno podrá evitar que los apocalípticos vean en cada presidente de Estados Unidos y en cada Papa al Anticristo que ya está aquí. Pero libros como el presente sí que podrán vacunar a los todavía no infectados frente a ese virus de las mentes. Ojalá que esta obra haga dudar a los menos radicales: dudar de sus certezas inquebrantables fundadas en castillos en el aire.

Alguien, enfadado, alegará que sus teorías se basan en tal o cual versículo. A tal persona hay que recordarle que, basándose en uno, cinco o diez versículos, se puede fundar cualquier secta. El Apocalipsis debe ser interpretado como un todo, como una sinfonía armónica de signos. A ningún sectario le encajan todos los versículos, pues muchos de ellos (como se ha visto) son identificativos y lo hacen de un modo muy concreto.

El ecumenismo

Especial predilección tienen los cristianos apocalípticos por aborrecer de todo ecumenismo. Tienen el temor de que una especie de federación de iglesias les perseguirá. Para ellos, el Papa de Roma es el artífice demoníaco de esta nueva falsa iglesia, siendo el

fautor oculto la ONU, siempre la ONU. Un discurso tan simplista no merece pérdida de tiempo en estas páginas. Cuanto más grande es un teólogo más fácil resulta discutir de todo y esgrimir argumentos de un modo siempre constructivo para ambas partes. El fanático, por el contrario, sólo busca que le escuches.

El ecumenismo es algo querido por Dios que es Padre de todos y que quiere que vivamos en armonía. Aunque sí que es cierto que, como se ha visto en las páginas precedentes, el régimen de la Bestia será una mezcla de lo político y lo religioso. Sus dirigentes, para perseguir a los verdaderos seguidores de Cristo, sí que pueden basarse en la creación de una especie de federación de iglesias que defienda lo políticamente correcto. Esa amalgama de cristianos que se han adaptado al mundo puede ser el aval perfecto para perseguir inquisitorialmente a los que no se adapten a los preceptos constitucionales. Pero esto, que sí que pienso que pueda suceder, no ha sucedido en nuestro tiempo. No podemos perseguir a los malos del futuro en los inocentes de ahora. No podemos perseguir en el buen ecumenismo actual a los cristianos políticamente correctos del futuro que se amoldarán a los dictados de la inicua sociedad futura.

Cuando eso suceda, ya se verá claro. Y esa parte perseguida por la Bestia puede estar formada por católicos, protestantes y ortodoxos: los fieles perseguidos no tienen por qué pertenecer sólo a una confesión. Y, al mismo tiempo, la amalgama de cristianismo y valores constitucionales puede estar formada por miembros de diversas confesiones, católicos liberales incluidos.

De la imposición de lo políticamente correcto por parte de la sociedad, poco a poco se iría pasando a lo idolátrico. Esa etapa final es, por lo menos, lo que describe el texto joánico. En base al texto del Apocalipsis, no se puede afirmar que parte de la sociedad llegue a profesar una doctrina abiertamente satánica; tampoco se puede

descartar: el texto sagrado sólo habla de idolatría. La cual lleva en una etapa final a marcar a los cristianos y, por último, al martirio.

Los primeros pasos de la persecución

Al hablar de persecución, he mencionado a católicos, protestantes y ortodoxos. ¿No serán perseguidos los musulmanes o los budistas en esos tiempos finales? El budismo difícilmente será perseguido. Su doctrina está reducida a unos pocos principios esenciales que difícilmente van a molestar a los gobernantes de cualquier nación. Como un junco, los budistas serán flexibles.

Los musulmanes sin duda sí que serán perseguidos por ese régimen idolátrico futuro. Los cristianos debemos defender los derechos constitucionales de los musulmanes. Se equivocaría el cristiano que pensase que el Estado hace bien en perseguirles a ellos, porque lo que se les aplique a ellos acabará aplicándose a los cristianos. La medida que se les aplique, se nos aplicará. Las primeras medidas legales pueden estar adaptadas a ellos. Pero después se adaptarán a nosotros. Resulta inteligente, por parte del Estado, perseguir primero a unos y después a otros; aplicar el rigor de la Ley sobre un grupo, para después aplicarlo sobre otro.

La lucha contra el terrorismo, la discriminación de la mujer o la homofobia pueden ser excusas perfectas para el desarrollo de toda una línea legislativa que lleve a los grupos religiosos a perder sus derechos constitucionales. Los creyentes basamos nuestra libertad de culto en la Constitución, pero los que nos atacan, precisamente, alegarán que somos nosotros los que vamos contra la Constitución al no aceptar ni los valores comunes de una sociedad ni los derechos amparados por la Ley.

Por poner un ejemplo, usted no acepta la ordenación sacerdotal de la mujer. La Constitución ampara la igualdad de los ciudadanos. Luego usted va en contra de la Constitución.

Sin duda, el argumento legal que esgrimirá el Estado es que todos los grupos religiosos deben estar de acuerdo con los principios constitucionales. Y los parlamentos y congresos del mundo, progresivamente, irán aprobando leyes contrarias a la moral de las religiones. El Estado será taxativo: o aceptas la existencia de estos “derechos”, o el Estado no te reconocerá la personalidad jurídica. Sin personalidad jurídica, una denominación religiosa no puede tener ningún edificio a su nombre ni una cuenta bancaria para recibir donativos ni contratar a nadie para que trabaje para ella.

Al principio, la persecución puede comenzar por grupos más fanáticos. Y, poco a poco, ya acostumbrada la sociedad, la persecución judicial del Estado podrá engullir presas más grandes.

No hace falta que el texto joánico especifique todos los pasos, para entender que la persecución puede seguir esas fases aquí descritas hasta llegar al derramamiento de sangre de los mártires, porque se llega a eso: *También vi las almas de aquellos que habían sido decapitados por su testimonio de Jesús y por la Palabra de Dios* (Ap 20, 4b). Evidentemente, no se llega a la persecución sangrienta en nuestros Estados de la noche a la mañana. Lo más razonable es que la persecución siga estos pasos o similares:

- retirada de la personalidad jurídica
- persecución judicial contra individuos: de las multas se pasará a la cárcel
- en medio del crecimiento del odio a los cristianos, aparece un Estado totalitario, que hace del cristianismo no constitucional el culpable de todos los males
- encarcelamiento de mayor número de cristianos
- martirio

Resulta inconcebible actualmente que nuestras democracias puedan convertirse en una dictadura religiosa. Pero precisamente eso es lo profetizado por san Juan: *Ellos [los decapitados] no han adorado a la Bestia o a su imagen y no han recibido su marca en sus frentes o sus manos* (Ap 20, 4c). Ahora resulta inconcebible. Pero también era impensable en 1930 que, en poco más de tres años, los alemanes renunciaran a todos sus derechos (absolutamente a todos), adoraran a un hombre, se comenzara una persecución religiosa masiva (contra los judíos, bajo la excusa de la raza) y el Estado comenzara abiertamente a dar los primeros pasos en orden a lograr la paganización de toda la sociedad.

La ciudad de las siete colinas

Las siete cabezas son siete colinas sobre las que se asienta la mujer (Ap 17, 9).

Es algo evidente que únicamente hay dos ciudades identificadas en el Libro del Apocalipsis: Jerusalén y Roma. Resulta muy sorprendente el que se diga que la Bestia estará asentada sobre Roma. Pues esa ciudad hoy día, en el año 2017, tal capital no tiene ninguna importancia dentro de la Unión Europea, y menos todavía a nivel mundial. ¿Cómo es posible que una ciudad que es una más dentro de los 28 Estados de la Unión Europea se convierta en la gran urbe del planeta? Una respuesta posible es que mucho tienen que cambiar las cosas si ésta es la ciudad profetizada. Ciertamente que la aparición de este régimen que es la Bestia implicará un radical cambio en la geopolítica.

Sin embargo, existe otra interpretación posible al mensaje de ese versículo y es la que sostengo. Ya he dicho que la lectura preterista forma parte ineludible del texto joánico. *Revelación de*

Jesucristo, al cual Dios se la entregó para mostrar a sus siervos las cosas que deberán suceder en breve (Ap 1, 1). Por tanto, la lectura preterista no es una lectura añadida, forma parte del texto. El libro está escrito para buscar en él una lectura pasada, presente y futura, personal y colectiva, política y hasta levítica.

Los primeros cristianos, está fuera de toda duda, hacían esfuerzos por identificar las cabezas de la Bestia con los emperadores romanos, es algo natural. ¿Quién puede leer ese texto en el siglo I y no intentarlo? Trataban de buscar si el número 666 coincidía con el nombre de algún emperador.

Que esto es así, se ve palmariamente claro en que algunos copistas llegaron a pensar que el número 666 era un error de otro copista, y que lo que realmente debió haber en el manuscrito original era 616, cifra que sí que coincide con Nero Caesar transliterado al hebreo. Desgraciadamente, para estos convencidos correctores, los manuscritos más antiguos decían 666; por eso son los que más se extendieron. Siendo los manuscritos corregidos unos pocos. Pero, aun siendo pocos, nos dan una valiosa visión acerca de cómo entendían el número y, por ende, cómo interpretaban quienes eran las cabezas.

Todo esto nos ofrece lo que pienso que es la verdadera interpretación de la Gran Babilonia como la ciudad asentada sobre las siete colinas. Los lectores de los primeros siglos pensaban que era Roma. Ellos veían la realidad de su época reflejada en el texto joánico. El consuelo que ofrece el texto joánico les vino finalmente.

Ahora bien, ¿eso significa que la Bestia futura deberá estar asentada en una urbe que será Roma? En mi opinión, no. El mensaje de ese versículo de las siete colinas es que habrá una urbe futura que será como Roma, con su poder y sus vicios, con parecida tiranía constitucional (aunque revista otras formas legales) y su

crueldad para con los pueblos que sufran sus *patas de oso* y sus *fauces de león*.

¿La nueva urbe podría ser la Aldea Global, y la Bestia podría ser un régimen no político, sino un nuevo orden planetario que se hubiera implantado de forma universal? Eso no lo veo posible. Primero, porque se habla varias veces del trono de la Bestia, como si existiera una capital, una conurbación, una megápolis, que fuera, por antonomasia, la nueva Babilonia. Segundo, si la Bestia fuera un nuevo orden planetario universal, ¿contra quién lucharía? El texto deja claro que hay varios poderes que luchan entre ellos. Sí que podemos hablar de un nuevo orden mundial, siempre que sea extenso, pero no planetario de manera universal.

Así que la Gran Babilonia será como la Antigua Roma, pero eso no significa que se asiente sobre su solar. Y la Bestia sin duda será un nuevo orden con vocación planetaria, pero todavía en gestación y que requerirá de un régimen político para llevar la guerra al mundo.

Epílogo



EN 1996 COMENCÉ A ESCRIBIR una novela sobre el Apocalipsis, titulada *Cyclus Apocalypticus*. El primer libro que escribía en mi vida. Una obra cargada de defectos que reflejaba toda mi inexperiencia como literato, pero que en ese momento me llenó de enorme orgullo. Nadie debería escribir antes de los cuarenta años. Ahora, veintiún años después, he acabado esta obra exegetica, el 2 de mayo de 2017, festividad de san Waldeberto. Ha sido casi un cuarto de siglo meditando los textos de san Juan. No son los meses que he necesitado para escribir estas doscientas páginas, sino los años de reflexión y maduración que he precisado para llegar a las conclusiones que he puesto por escrito. ¿Eso me asegura la fiabilidad de mis aseveraciones o una cierta fiabilidad?

La respuesta sincera es la siguiente: Cuando acabé mi novela *Cyclus* el resultado me dejó muy satisfecho. No contaba en ese momento con la mochila de ignorancia que llevaba a mis espaldas. Ahora he dedicado mucho, muchísimo más trabajo, al estudio de la parte exegetica. También ahora estoy satisfecho, aunque menos de lo que lo estuve hace un cuarto de siglo. ¿Por qué? Porque ahora soy consciente de que desconozco las dimensiones y peso de la mochila de prejuicios y audacia necia que cargo sobre las espaldas de mi pensamiento.

Este ataque de humildad tiene sus límites. De lo contrario, no podríamos afirmar nada acerca de nada. Además, el Apocalipsis

está escrito para seres humanos, no para las eximias inteligencias de los arcángeles y querubines. En no pocos trechos de mi obra, he podido parecer excesivamente cándido en mi exégesis. Pero no fue la voluntad de san Juan escribir un texto críptico para un puñado de iniciados. El último libro de la Biblia es una carta para todos los seguidores de Jesús. Ése es el tono en el que debe ser leída.

Mi obra se ha centrado en las plagas y lo maligno en conexión con ellas (las bestias, el Anticristo), y ha dejado aparte temas tan interesantes como, por ejemplo, la angeología contenida en este libro, su cristología o sus teofanías.

Dicho de otra manera, me he centrado en la amargura de este libro: *Toma el librito (...) y cómelo: y amargará tu estómago* (Ap 10, 8-9). También hay una dulzura en el texto de san Juan que se siente en la boca, pero ése no ha sido el objeto de mi estudio en estas páginas.

El texto del apóstol que descansó su cabeza sobre el pecho de Jesús, el texto del discípulo al que se le entregó la custodia de María Santísima (y su escucha), culmina el Libro —la Biblia— que trata acerca de la relación entre la realidad de un Ser Divino y el mundo; la relación entre el Ser Infinito y el conjunto de seres que evolucionan a través de la Historia.

Un Dios que se desvela a través de los hechos de la Historia concluye su autorevelación en esa suma organizada de plagas, teofanías, batallas, de triunfos y Victoria que constituyen los últimos veintidós capítulos de las Escrituras. Veintidós capítulos para clausurar la Voz que habla en los siglos a través de las Escrituras, a través de una sola Escritura. El libro joánico al que desembocan los demás libros que constituyen el Libro.

El que escucha a la Virgen María cada día será elegido para concluir y culminar, para sellar la Voz. No, no podemos apropiarnos de estas palabras sagradas. Sólo podemos aproximarnos a ellas con respeto y postrarnos ante la última teofanía.

Ahora la obra de Dios ha sido acabada. Los sellos han sido impresos. En verdad podemos afirmar que ya todo está escrito. Incluso lo futuro ya está escrito. El Ser Supremo ya se ha definido a sí mismo. Se ha comunicado con palabras y con hechos; con palabras que son hechos. Dios que se ha mostrado grande en el crear, sanar y salvar, se muestra grande en el decreto de destrucción, en determinar el modo y momento de la hecatombe, al permitir la condenación.

Sí, nos guste o no nos guste, un lago de fuego arde *por los siglos de los siglos* en el final de las Escrituras (Ap 20, 10). No estoy distorsionando la imagen de Dios. A menos que repetir sus mismas palabras, las de Él, sea distorsionarle. Tanto si lo queremos aceptar, como si no, el Dios que curó al ciego y perdonó a la adúltera, sentencia a la Gran Babilonia: *Dadle como ella ha dado, dobladle la medida conforme a sus obras, en la copa que ella preparó preparadle el doble* (Ap 18, 6).

Alguien bienintencionado me recordará que el Apocalipsis acaba con el Árbol de la Vida y la Jerusalén Celeste. ¿Pero deberé repetir una vez más que éste es un libro centrado en las plagas, en las Bestias, en el Anticristo, en aquellos cuyos nombres no fueron encontrados en el Libro de la Vida?

Sí, para unos el Apocalipsis acaba a la vera del río que mana del Trono del Cordero. Pero para otros el Apocalipsis acaba en el capítulo 20 del texto joánico. Para algunos su Destino acaba en el lago de fuego. La eternidad de la existencia recostados en los márgenes del Río de la Vida es tan simultánea y paralela como la

existencia en el seno del Lago de Fuego. En realidad, el texto joánico no tiene un final único, sino dos finales paralelos. En cierto modo, el libro acaba con dos victorias. Porque los moradores de ese lago sienten, y tienen razón, que han vencido en su lucha por desterrar a Dios de sus existencias.

El Apocalipsis es un libro violento porque llega un momento en que la máxima violencia sólo se puede destruir por la fuerza. Llega un triste momento en el que ante las decisiones definitivas individuales sólo cabe la aceptación definitiva por parte de Dios. El libro también es un libro salvífico acerca de la condenación.

El texto joánico es una extensión del libro de Job. También es la respuesta de Dios a unos individuos que se han amarrado a sus voluntades y esas voluntades están produciendo violencia. Cuando ya se han intentado todos los medios, se alcanza una situación en la sólo hay un modo de cerrar la fuente de la violencia. El libro es la respuesta de Dios cuando el Evangelio no basta para ellos. Fue entonces cuando Dios añadió el Apocalipsis. Cuando la no-violencia no basta, cuando la violencia debe ser erradicada con la Violencia, es cuando surge el Apocalipsis.

Es cierto que los mártires ponen no sólo su mejilla sino incluso su cabeza: *Vi también las almas de los que fueron decapitados por el testimonio de Jesús y la Palabra de Dios* (Ap 20, 4). Su acto es virtuoso y será recompensado, pero llega un momento en que el Señor decide cortar la mano del que decapita.

¿Significa esto que he hecho una exégesis de condenación en vez de salvación? Sí, también existe esta exégesis, por más que a algunos les moleste. Llega un momento en que la salvación de la víctima no puede pasar por otro camino que la condenación del verdugo.

Alguien me acusará de no haber hecho una exégesis de liberación, un comentario que destruya el miedo. Disiento, mi obra son los comentarios a un Dios que no es débil, a un Dios que cuando libera lo hace con fuerza. Tras las palabras de san Juan (precisamente él), sabemos que no hay que tener miedo, porque Dios es un Dios que sabe decir *¡Basta!* El Apocalipsis sólo debería atemorizar a los creadores del miedo.

Algunos han contrapuesto al Dios del Antiguo Testamento con el del Nuevo. Pero no es eso lo que claman Moisés y san Pablo:

Mía es la venganza y la retribución; a su tiempo el pie de ellos resbalará, porque el día de su calamidad está cerca, ya se apresura lo que les está preparado (Deut 32, 35).

Amados, nunca os venguéis vosotros mismos, sino dad lugar a la ira de Dios, porque escrito está: *Mía es la venganza, Yo pagaré*, dice el Señor (Rom 12, 19).

Curiosamente, estas palabras citadas de Moisés vienen precedidas, justo en el versículo anterior, de estas otras que al lector del primer septenario no le resultarán desconocidas: *¿No tengo yo esto guardado conmigo, **sellado** en mis almacenes⁴?* (Deut 32, 34).

Ahora algunos lectores esperarán que acabe con un mensaje de esperanza, que hable del Dios que es amor, del Árbol de la Vida o algo así. Pero si lo hiciera, y me resultaría muy fácil, sentiría que estoy traicionando el modo en que debo acabar esta obra. El libro de san Juan tiene dos finales. Todos los libros y sermones sobre el tema siempre acaban con un final feliz. Hacen bien. Lo digo con sinceridad. Pero dejadme acabar mi libro, esta vez, con el otro final: tan final como el otro. De hecho ni siquiera es uno más final que el otro. Los dos lo son.

Dejadme esta vez acabar con la tristeza de Jesús al comprobar (Él ya lo sabía) que su sangre no fue derramada por todos. Es decir, con un Jesús que comprueba (año tras año) que su sangre ha

⁴ 1ª acepción, tesoro. 2ª, almacén. :פֶּאֱזָרֶתֶי. Almacenes de Dios para la nieve, la lluvia, el viento o el granizo. Véase Deut 28, 12; Job 38,22; Salmo 33, 7, Salmo 135, 7.

quedado vana para muchos; demasiados, sea cual sea su número. El Apocalipsis con toda su violencia es el violento intento de todo un Dios por arrebatarse almas de ese lago.



www.fortea.ws



José Antonio Fortea Cucurull, nacido en Barbastro, España, en 1968, es sacerdote y teólogo especializado en el campo relativo al demonio, el exorcismo, la posesión y el infierno.



En 1991 finalizó sus estudios de Teología para el sacerdocio en la Universidad de Navarra. En 1998 se licenció en la especialidad de Historia de la Iglesia en la Facultad de Teología de Comillas. Ese año defendió la tesis de licenciatura *El exorcismo en la época actual*. En 2015 se doctoró en el Ateneo Regina Apostolorum de Roma con la tesis *Problemas teológicos de la práctica del exorcismo*.



Pertenece al presbiterio de la diócesis de Alcalá de Henares (España). Ha escrito distintos títulos sobre el tema del demonio, pero su obra abarca otros campos de la Teología. Sus libros han sido publicados en ocho lenguas.



www.fortea.ws